

J. L. ESTRADA

7/2586

D/2654

LOS MISTERIOS DE PARIS

POR

EUGENIO SOL.

SEGUNDA PARTE.



Málaga.

IMPRESA Y LIBRERIA DE MARTINEZ DE AGUILAR.

Calle del Marques.

1844.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104462399



LOS MISTERIOS DE PARIS.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

Una casa de la calle del Temple.



fin de utilizar las noticias que el baron de Graun habia recojido acerca de la Guillabaora, y acerca de Germain, hijo del Dómine, debia Rodolfo ir á la calle del Temple y á casa del escribano Santia-

go Ferrand.

A casa de éste, para tratar de obtener de Mad. Seraphin algunos indicios acerca de la familia de Flor Celestial.

A la casa de la calle del Temple, recientemente habitada por Germain, á fin de descubrir el retiro de este jóven por medio de la señorita Rig-

lette; tarea bastante difícil, sabiendo quizá esta costurera que el hijo del Dómine tenía el mayor interés en dejar completamente ignorar su nueva morada.

Alquilando en la casa de la calle del Temple la habitación ocupada poco había por Germain, Rodolfo facilitaba así sus investigaciones y se ponía en estado de observar de cerca las diferentes personas que vivían en aquella casa.

El mismo día de la conversación de Alberto y del baron, fué Rodolfo á eso de las tres, á la calle del Temple en un triste día de invierno.

Esta casa, situada en el centro de un barrio comerciante y populoso, no ofrecía nada particular en su aspecto; constaba de un piso bajo ocupado por un destilador, y de cuatro cuerpos con su guardilla.

Un callejon oscuro, estrecho, conducía á un patinillo, mas bien á una especie de pozo cuadrado de cinco ó seis pies de ancho, completamente privado de aire y de luz, receptáculo hediondo de todas las inmundicias de la casa que llovían allí de los cuerpos altos, porque caían perpendicularmente por unas ventanillas sin rejas, que había en cada meseta.

Al pié de una escalera húmeda y opaca, una luz rojiza anunciaba la habitación del portero; habitación ahumada por la combustión de una lámpara, necesaria hasta medio día para iluminar la caverna oscura donde seguiremos á Rodolfo poco mas ó menos vestido como un dependiente del comercio en día de trabajo.

Llevaba un paletot de color oscuro, un sombrero un poco diforme, corbata encarnada, paraaguas y grandes zuecos. Para completar la ilusion de su papel, tenia debajo del brazo un gran paquete de telas envuelto cuidadosamente.

Un quinqué colocado detras de una botella redonda de cristal llena de agua, que le servia de reflector; iluminaba el cuarto; en el fondo se veia una cama cubierta con una colcha hecha de pedazos de géneros de todas especies y de todos colores; á la izquierda una cómoda de nogal, sobre la cual estaban por adorno:

Un san Juan pequeño de cera, con su carnero blanco y su peluca rubia, metido en una urna de cristal roto, cuyas rajas estaban ingeniosamente unidas con tiras de papel azul.

Dos candeleros de metal viejo enrojecido por el tiempo, y teniendo en lugar de bujias, naranjas, sin duda ofrecidas recientemente á la potera como regalo de año nuevo.

Dos cajas, una de paja de colores variados, la otra cubierta de conchitas. Estos dos objetos del arte ohan á una legua á cárcel ó á presidio.

En fin, entre las dos cajas y bajo un fanal de reloj, llamaban la atencion un par de botas chiquitas, de tafilete encarnado, verdaderas botas de muñeca, pero hechas con mucho primor.

Esta *obra maestra*, como decian los antiguos artesanos, reunida á un abominable olor á cuero viejo y á fantásticos arabescos dibujados en las pa-

redes con una innumerable cantidad de hormas viejas, anunciaba suficientemente que el portero de aquella casa habia trabajado en lo *nucvo* antes de descender á componer zapatos viejos.

Cuando Rodolfo se aventuró á entrar en aquel chirimibil, Mr. Pipelet, el portero, ausente en aquel momento, estaba representado por Mad. Pipelet. Esta, sentada junto á una estufa de metal colocada en medio de la vivienda, parecia escuchar gravemente *cantar* á su olla, (tal es la espresion consagrada.)

El Hogarth frances, Enrique Monnier, ha estereotipado tan admirablemente á la *portera*, que nos contentaremos con suplicar al lector, si quiere figurarse á Mad. Pipelet, que evoque en su memoria la mas fea, la mas arrugada, la mas granujenta, la mas puerca, la mas andrajosa, la mas indigesta, la mas *ponzoñosa* de las porteras inmortalizadas por este eminente artista.

El solo rasgo que nos atreveremos á añadir á este ideal que no puede dejar de ser maravillosamente real, es el peinado raro, compuesto de una peluca á lo Tito, peluca en su origen rubia, pero matizada por el tiempo de una porcion de colores rojos y amarillentos, negros y leonados, que esmaltaban por decirlo asi, una confusion cumarañada de mechones duros, erizados y enredados. Mad. Pipelet no dejaba nunca aquel único y eterno adorno de su sesagenario cráneo.

Al ver á Rodolfo, pronunció la portera con to-

no arrogante estas palabras sacramentales:

--Dónde vais?

--Señora, hay, según creo, un cuarto y un gabinete que alquilar en esta casa? preguntó Rodolfo apoyándose en la palabra señora, lo que no dejó de lisongear á Mad. Pipelet.

Respondió con menos acritud:

--Hay una vivienda vacia en el cuarto piso, pero no se puede ver..... Alfredo ha salido.....

--¿Vuestro hijo, sin duda, señora? ¿Volverá pronto?

--No, señor, no es mi hijo, es mi marido..... ¿Por qué, pues, Pipelet no se há de llamar Alfredo.

--Tiene derecho á ello, señora; pero si me lo permitis, esperaré un momento su vuelta; quisiera alquilar esa vivienda; el barrio y la calle me convienen, la casa me agrada, porque está admirablemente gobernada; sin embargo, antes de ver la habitación que deseo ocupar, quisiera saber si podriais señora, encargáros de mi asistencia..... Tengo la costumbre de no emplear nunca sino á los conserjes, con tal que consientan en ello.

Esa proposicion, espresada en términos tan lisongeros, conserjel ganó completamente á Mad. Pipelet; respondió ésta:

--Ciertamente, caballero..... os asistiré..... tendré en ello el mayor honor, y por seis francos al mes estareis servido como un príncipe.

--Por seis francos, corriente..... Señora, cómo os llamais?

--Pomona Fortunata Anastasia Pipelet.

--Pues bien, Mad. Pipelet, convengo en los seis francos al mes por vuestro salario. Y si la vivienda me conviene.... ¿cuál es su precio?

--Con el gabinete, 150 francos, caballero; ni un liar menos.... el inquilino principal es un perro... un perro que os esquilaria un huevo.

--Cómo se llama?

--Mr. brazo-rojo.

--¿Y habita?

--Calle de Feves, núm. 13; tiene una taberni-lla en los fosos de los campos Eliseos.

No habia que dudar, era el mismo hombre.... Este encuentro parecia extraño á Rodolfo.

--Si brazo-rojo es el inquilino principal, dijo el ¿cuál es el dueño de la casa?

--Mr. Bourdon, pero no hay que tratar con él sino con Mr. Brazo-rojo.

Queriendo grangearse la confianza de la portera, repuso Rodolfo:

--Mirad, mi querida Mad. Pipelet, estoy un poco cansado, el frio me ha helado.... hacedme el favor de ir á casa del destilador que vive aquí, y traedme un frasco de canela y dos vasos.... ó mas bien tres, puesto que vuestro marido debe volver.

Y dió cien sueldos á la portera.

--Ah! ya caballero ¿quereis, pues, que se os adoye desde la primera palabra, exclamó la portera cuya nariz granujenta pareció iluminarse con todos los fuegos de un háquico apotito.

--Si, Mad. Pipelet, quiero ser adorado.

--Esto me agrada, esto me agrada; pero no traeré mas que dos vasos; yo y Alfredo bebemos siempre en el mismo. Pobre mio, es tan goloso por todo lo que toca á mujeres!

--Id, Mad. Pipelet, esperaremos á Alfredo....

--Ah! ya, ¿si viene alguien..... tendreis cuidado con el cuarto?

--Desconfiad.....

Se fué la vieja.

Ya solo, Rodolfo reflexionó en la estraña circunstancia que le acercaba el Zurdillo; tan solo se admiró de que Francisco Germain hubiese podido vivir tres meses en aquella casa sin ser descubierto por los cómplices del Dominé que estabau en relacion con el Zurdillo.

En este momento llamó á la ventana un cartero, metió el brazo, y entregó dos cartas diciendo: *tres sueldos.*

--Seis sueldos, pues son dos cartas, dijo Rodolfo.

--Una viene franqueada, dijo el cartero.

Despues de haber pagado, miró Rodolfo en un principio maquinalmente las cartas que acababan de entregarle; pero pronto le parecieron dignas de un curioso eesmén.

La una, dirigida á Mad. Pipelet, exhalaba, al traves de su sobre de papel arrasado, un buen olor. Sobre su sello de papel encarnado se veian estas dos letras C. R., superadas de un casco, y apoya-

das sobre un soporte estrellado de la cruz de la Legion de honor; el sobre estaba escrito con mano firme; la pretension heráldica de este casco y de esta cruz hizo sonreír á Rodolfo y le confirmó en la idea de que aquella carta no estaba escrita por una muger.

¿Pero quien era el perfumado corresposal.... de Mad. Pipelet?

La otra carta, de papel comun, cerrada con oblea, picada con alfiler, era para M. Cesar Bradamanti, sacamuelas.

Evidentemente contrachecha, la letra de este sobre se componia de letras mayúsculas.

Fuese presentimiento, fantasia de su imaginacion ó realidad, esta carta pareció á Rodolfo de una apariencia triste...., notó algunas letras del sobre medio borradas en un lugar en que el papel estaba un poco ajado.

Habia caido en él una lágrima.

Volvió Mad. Pipelet, con el frasco de canela y dos vasos.

--Me he tardado, no es verdad? Pero cuando se va á la tienda del tío José, no hay medio de salir de ella.... Ah! viejot.... ¿Creeréis que á una muger de mi edad.... me recuerda todavia?

--Qué demonio! si Alfredo supiese eso.

--No me habéis de ello, la sangre se me hiela de pensarlo.... Alfredo es tan celoso como un beduíno; y sin embargo, en cuanto al tío José es cosa de reírse de veras.

--Aquí están dos cartas que ha traído el cartero, dijo Rodolfo.

--Ah! Dios mio..... dispensadme, caballero..... Y las habeis pagado?

--Sí.

--Sois muy bueno..... Entónces voy á descontar eso del dinero que os traigo..... Cuanto es?

--Tres sueldos, respondió Rodolfo sonriéndose del modo singular de reembolso adoptado por Mad. Pipelet.

--Como tres sueldos?..... Seis sueldos, hay dos cartas.

--Podria abusar de vuestra confianza haciendo separar de mi dinero seis sueldos en lugar de tres..... pero soy incapaz de ello..... Mad. Pipelet... Una de las dos cartas está franqueada. Y, sin ser indiscreto, os haré observar que teneis un correspondal cuyos billetes huelen muy bien.....

La portera, tomando la carta perfumada, dijo:

--Veamos, á fé mia es verdad..... esto tiene la apariencia de un billete amoroso! Ah! bien! por ejemplo..... quien es el disoluto que osaria?

--¿Y si Alfredo se hubiese hallado aqui, Mad. Pipelet?

--No digais eso, porque me desmayo en vuestros brazos.

No digo mas, Mad. Pipelet.

--Pero que bestia soy..... toma, dijo la portera encogiéndose de hombros, ya..... ya..... es del comandante..... Ah, que susto he tenido..... Pero esto

no impide contar: veamos, tres sueldos por la otra carta, no es eso?.... Así decimos: quince sueldos de la canela y tres del porte de la carta que tengo aquí, hacen diez y ocho; diez y ocho y dos que están aquí hacen veinte, y cuatro francos, componen cien sueldos; las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

--Y he ahí veinte sueldos para vos, Mad. Pipelet; tenéis una manera de reembolsar los adelantos que se hacen por vos, que es menester protegeros.

--Veinte sueldos, me dais veinte sueldos.... Y por qué es eso? exclamó Mad. Pipelet al parecer espantada y admirada á la vez de aquella fabulosa generosidad.

--Esto será prenda del ajuste si tomo la vivienda.

--Como tal lo acepto; pero prevendré á Alfredo de ello.

--Ciertamente; pero he aquí la otra carta, tiene el sobre á Mr. Cesar Bradantini.

--Ah, si.... el saca-muelas del tercer cuerpo.... Voy á ponerla en la bota de las cartas.

Rodolfo creyó haber entendido mal, pero vió á Mad. Pipelet echar gravemente la carta en una bota vieja que estaba colgada en la pared.

Rodolfo la miró con sorpresa.

--¿Cómo? le dijo.... poneis esa carta....

--Y bien, caballero, la echo en la bota de las cartas.... De este modo ninguna se estrayia; cuan-

do los inquilinos entran, Alfredo y yo moneamos la bota; se mete la mano y cada una lleva la soya.

--Vuestra casa está tan perfectamente arreglada, que tengo deseo de vivir en ella; sobre todo esta bota para las cartas me encanta.

--Por Dios, eso es bien sencillo, repuso modestamente Mad. Pipelet, Alfredo tenía esta bota descabalada; así se utiliza en servicio de los inquilinos.

Diciendo esto, había la portera abierto la carta que venía dirigida á ella, le daba vueltas en todos sentidos y despues de algunos momentos de perplejidad dijo á Rodolfo.

--Alfredo es siempre el obligado á leer, porque yo no sé. ¿Querriais..... caballero hacer lo que Alfredo?

--¿Leer esta carta? de muy buena gana, dijo Rodolfo, muy deseoso de conocer al corresponsal de Mad. Pipelet.

Leyó lo que sigue en un papel lustrado, en cuyo ángulo estaban el casco, las letras C. R., el soporte heráldico y la cruz de honor.

„Mañana viérnes, á las once, se encenderá un buen fuego en las dos piezas, y se limpiarán bien los espejos, y se quitarán las fundas de los taburetes y demas muebles, teniendo cuidado de limpiar bien el dorado. Si por acaso no hubiere yo ido cuando llegare una señora en un coche de alquiler, á eso de la una, preguntando por Mr. Char-

Jes, se le hará subir á la habitacion, cuya llave se llevará abajo, y se me entregará cuando vaya.,,

A pesar de la redaccion poco académica de este billete, Rodolfo comprendió perfectamente de lo que se trataba, y dijo á la portera:

--¿Quien habita el primer cuerpo?

La vieja puso su dedo amarillo y arrugado sobre su lábio inferior, y respondió con una maliciosa risa falsa:

--Chito!..... estas son intrigas.

Os lo pregunto, mi querida Mad. Pipelet.... porque antes de vivir en una casa.... se desea saber....

--Esto es muy sencillo.... „dime con quien andas.... te diré quien eres,, ¿no es así?

--Iba á deciros.

--Fuera de esto, bien puedo comunicaros lo que sé, que no será muy largo.... Hace unas seis semanas, vino aquí un tapicero, examinó el primer cuerpo, que estaba vacío, preguntó su precio, y al día siguiente volvió con un jóven bello, rubio, con vigotes pequeños, cruz de honor, bien vestido. El tapicero le llamaba.... comandante.

--¿Es pues un militar?

--Militar! dijo Mad. Pipelet encogiéndose de hombros, vamos pues!..... es como si Alfredo se titulase conserge....

--Cómo?

--Es nada mas que de la guardia nacional, del estado mayor; el tapicero le llamaba comandan-

te para adularlo.... Lo mismo que se le adula á Alfredo, cuando se le llama conserge. En su cuando el comandante (no lo conocemos sino por este nombre) lo hubo visto todo, dijo al tapicero: „Está bueno, me conviene, arreglarlo, ved al dueño.“ --Sí, mi comandante, „dijo el otro,--Y al día siguiente el tapicero firmó la escritura de arrendamiento, en su propio nombre, con Mr. Brazorajo, y le pagó seis meses adelantados, porque parece que el jóven no quiere ser conocido. Inmediatamente despues, vinieron trabajadores á componerlo todo, trageron sofás, cortinas de seda, espejos dorados, muebles soberbios, está tan hermosa como un cafe de los baluartes..... sin contar las alfombras, tan tupidas y tan suaves que parece que se anda sobre animales.... Cuando estavo concluido, vino el comandante á verlo, y dijo á Alfredo:--Podeis hacer os cargo de cuidar esta habitacion, donde no vendré muy á menudo, encender la chimenea de tiempo en tiempo, y prepararlo todo para recibirme, cuando os escribiere por la estafeta. --Sí, mi comandante, le dijo el adulator Alfredo.--¿Y cuanto me llevaréis por ello? Veinte francos al mes, mi comandante.--Veinte francos... Vamos, os chanceais, portero.--Y se puso á regatear como un roñoso. Ved pues por una ó dos malas piezas de cinco sueldos, cuando es preciso hacer gastos rhominables, para una casa que no se habita! En fin, á fuerza de batallar obtuvimos doce francos..... doce francos..... decid pues, no es os-

to incomodo?..... Comandante de dos liars, vaya. ... Que diferente de vos..... añadió la portera dirigiéndose á Rodolfo con aire de agrado, no os haceis llamar comandante, no teneis apariencia de serlo, y habeis quedado conmigo en seis francos á la primera palabra.

--Y luego ¿volvió ese jóven?

--Vais á lo mas gracioso; parece que el comandante se cuida lindamente. Ha escrito ya tres veces, como hoy, que se encienda la chimenea, que se arregle todo, pues vendrá una señora. Ah bien, si? vaya si viene.

--Nadie ha parecido?

--Escuchad..... la primera de las tres veces, vino el comandante tan flamante tarareando y haciendo el papelen; esperó dos horas largas..... nadie; cuando pasó por delante de mi cuarto, lo achamos Pipelet y yo, para ver su cara y vejatlo, hablándole. -- „Mi comandante, no ha venido la señorita á buscaros, le dije. -- „Bien, bien, me respondió como avergonzado y se fué mordiéndose las uñas de cólera. La segunda vez, antes que llegase, trajo un mandadero una esquela dirigida á Mr. Carles, sospeché que se llevase tambien chasco esta vez; nos divertiamos Pipelet y yo de esto, cuando llegó el comandante. -- „Mi comandante, le dije llevándome la mano á la peluca, como un verdadero soldado, he aquí una carta; parece que hay tambien contramarcha hoy. „Me mira, fiero como Artaban, abre la carta, se pone encarnado como la

gana; luego nos dice, queriendo hacer parecer que no se había incomodado: „Bien sabia que no vendrid hoy, he venido para recomendaros que lo cuidéis todo bien.,--No era verdad, era para ocultarnos que lo dejaban plantado por lo que nos decía eso, y en seguida se fué cantando entre dientes pero incomodado, vaya.... Bien hecho! comandante de dos liars, esto te enseñará á no dar mas que doce francos al mes por cuidar tu casa.

--Y la tercera vez?

Ah! la tercera vez crei que iba de buenas. El comandante llega; los ojos se le saltaban: tan contento, y seguro parecia estar.... bien puesto y oliendo á las mil maravillas.... Toma la llave y nos dice, al subir á su habitacion, con aire truan y orgulloso, como para vengarse de las otras veces: „Prevendreis á esa señora que la puerta está entornada.,.... bien! nosotros los Pipelet deseábames tanto ver á la señora aunque no creiamos que viniera. que salimos de nuestro cuarto para ponernos á la espera en el umbral del portal... Esta vez, un pequeño cohe de alquiler con las cortinillas echadas, se para delante de nuestra casa. „Buena! ella es, dijo Alfredo.... Retirémonos un poco para no espartarla.,--El cochero abre la portezuela. Entonces vemos á una señora con un maguito sobre las faldas y un velo negro que le tapaba la cara, sin contar con su pañuelo que lo tenia en la boca, porque parecia que lloraba; pero he aqui que puesta la tarimilla, en vez de bajar dijo la seño-

ra algunas palabras al cochero que enteramente pasmado, cierra la portezuela.

--La muger no bajó?

--No señor, se echó en la testera del coche poniéndose las manos en los ojos. Me acerco, y antes que el cochero hubiese subido al pescante, le digo --Ota? buen hombre..... os volveis? --Sí, me dijo.-- Y á donde? le pregunto.-- Á donde vine.-- Y de donde vinisteis? --De la calle de santo Domingo, esquina de la Belle Chasse.

¡Eran las señas de la casa de Mad. Harville!

¿Era la marquesa de Harville la que así corría á su perdición? ¿Tenia su marido sospechas de su mala conducta? su mala conducta..... seria causa quizá de la tristeza que al parecer le devoraba!

Estas dudas se agolpaban al pensamiento de Rodolfo. Sin embargo conocia la sociedad íntima de la marquesa y no se acordaba de haber visto nunca á nadie que se pareciese al *comandante*. La jóven de que se trataba podia además haber tomado un coche de alquiler en aquel parage, sin vivir en aquella calle. Nada probaba á Rodolfo que fuese la marquesa. No obstante conservó vagas y penosas sospechas.

Su aire inquieto y absorto no se le fué por alto á la portera.

--Y bien caballero en que pensais? le dijo.

--Procuro adivinar por que razon esta muger

que vino hasta la puerta cambió de pronto de parecer?

--¿Qué queréis, caballero.....? una idea, un temor, una superstición..... Nosotras las pobres mujeres somos tan débiles..... tan cobardes..... dijo la horrible portera con aire tímido y espantado.--Me parece que si hubiese ido como ella á hurtadillas... á pegársela á Alfredo.... me hubiera visto obligada á suspender mi vuelo no sé cuantas veces; pero nunca jamás! Pobre mio..... no hay un habitante de la tierra que pueda jactarse.....

--Os creo Madama Pipelet..... pero esa joven?.....

--No sé si era joven; no se le veía ni la punta de la nariz..... Se fué como vino, sin tambor ni trompeta..... si nos hubieran dado diez francos, á Alfredo y á mí, no hubiéramos quedado más contentos.

--¿Por qué?

--Pensando en la cara que iba á poner el comandante..... debíamos tener motivo para reventar de risa..... á buen seguro..... por otra parte, en vez de ir á decirle inmediatamente que la señora se había vuelto..... lo dejamos esperar y desesperarse una hora larga. Entonces subo; no llevaba puesto en mis pobres pies mas que los escarpines; llego á la puerta que estaba entornada..... La empujo, suena: la escalera estaba oscura como boca de lobo, y tambien la entrada de la habitacion... He aqui que al entrar, el comandante me echa los brazos

diciéndome con tono cariñoso: „Angel mio, que tarde vienes!.....“

A pesar de la gravedad de los pensamientos que le dominaban, Rodolfo no pudo dejar de reirse, sobre todo viendo la grotesca peluca y la abominable cara arrugada, granulenta, de la heroína de este ridiculo quid-pro-quo.

Mad. Pipelet continuó, haciendo gestos de alegría, lo que le ponía aun mas horrorosa:

—Ay, ay, ay! he aquí una cosa graciosa! pero vais á ver.... Yo no respondo nada, y contengo un resuello, me abandono al comandante..... pero de repente hélo que esclama rechazándome, grosero! con un aire tan disgustado como si hubiese tocado un animal ponzoñoso:--Qué demonios es esto?--Soy yo, mi comandante, Mad. Pipelet, la portera; por eso debiais tener quietas las manos, no cogerme por el cuerpo, ni llamarme vuestro angel, ni decirme que vengo muy tarde..... Si Alfredo hubiese estado ahí:--Qué queréis? me dijo enfurecido. Mi comandante, la señora acaba de venir en un coche de alquiler.--Pues bien, hacedla subir, sois una estúpida; no os he dicho que la hagais subir? Si, mi comandante, es verdad, me habeis dicho que la hiciera subir.--Pues bien.—Es que la señora.... Hablad pues.--Es que la señora se fue.. --Vamos, habreis dicho ó hecho alguna bestialidad! gritó aun mas furiosamente.--No mi comandante, la señora no bajó del coche; cuando el coche abrió la portezuela, le dijo la volviere al pa-

rage de donde habia venido.--El coche no debe de estar muy lejos! exclamó el comandante corriendo hácia la puerta.--Ah bien! hace mas de una hora que se fué, le respondi.--Una hora.... una hora! Y por qué habeis tardado tanto en prevenir-melo? exclamó con redoblada cólera.--Vaya.... porque temiamos que os incomodáseis mucho --Salid de aqui, no haceis ni decis mas que necedades, dijo con rabia, quitándose su bata á lo tártaro y tirando al suelo su gorro griego de terciopelo bordado de oro... Hermoso gorro en efecto... Y la bata que linda; el comandante parecia una luciérnaga

--Y despues, ni él, ni la señora han vuelto?

--No; pero esperad el fin de la historia.... dijo Mad. Pipelet. El fin de la historia es este. Bajé corriendo á buscar á Alfredo. Jostamente estaba la portera del núm. 19, y la abridora de ostras que para en la puerta del destilador; le cuento como el comandante me habia llamado su angel y me habia abrazado.... Vayan carcajadas! y Alfredo tambien reia aunque está muy triste.... si, melancólico, como él lo llama, aunque está bien melancólico desde la mala pasada del monstruo *Cabron*.....

CAPITULO II.

Los tres pisos.



odolfo miró á la portera con admiracion.

--Un dia, dijo Mad. Pipelet, cuando seamos mas amigos..... sabreis lo de Cabrion..... En fin, Alfredo, á pesar de su melancolia se pone á llamarme su ángel..... En este momento sale el comandante de su habitacion y cierra la puerta para irse; pero como nos oia reir, no se atreve á bajar: de temor de que nos burlásemos de él, porque no podia dejar de pasar por delante del cuarto. Adivinamos el golpe, y he aqui que la abridora de ostras, con su voz gruesa, se pone á gritar: „Pipelet, vienes muy tarde, angel mio.“ El comandante que aun estaba arriba vuelve á entrar en su habitacion, y cierra la puerta con un ruido espantoso; con la rabia que tenia, porque ese hombre debe ser furioso como un tigre..... tiene blanca la punta de la nariz..... finalmente abrió mas de diez veces su puerta para escuchar si habia gente en el cuarto..... La habia, pero nos estábamos quietos..... Al fin, viendo que

no se iban, tomó su partido, bajó los escalones cuatro á cuatro, me tiró su llave sin decir nada: y se fue muy enfurecido en medio de nuestras carcajadas, y mientras la abridora de ostras repetía: „Vienes muy tarde angel miol

--Pero os esponiais á que el comandante no os ocupase mas.

--Ab, sí! no se atreveria..... Lo tenemos cogido..... Sabemos donde vive su pique; y si nos dijese alguna cosa, lo amenazariamos con descubrir el pastel!..... Y luego, por sus malos doce francos, quien se encargaria de su casa? Una muger de afuera? le haríamos pasar á la tal una mala vida. Picaro roñosol! En fin, caballero, creeriais que tiene la roñoseria de ecsaminar su leña y el número de troncos que se han debido quemar cuando se le aguarda?..... Es un rico de ayer de mañana, seguramente, un piojo resucitado. Tiene cabeza de señor y cuerpo de pobre; gasta por un lado, y escasea por otro. No le desco otro mal, pero me divierte graciosamente que su dama lo haga volverse..... Apuesto á que mañana sucederá lo mismo. Voy á prevenir á la abridora de ostras que no deje de estar aqui, esto nos divertirá. Si la señora viene, veremos si es morena ó rubia y si es bonita. Decidme, caballero..... cuando se piensa que hay un bendito marido de por medio!..... Esto es una linda farsa no es verdad? Pero eso le toca á él, á ese podre hombre. En fin, mañana veremos á la señora; y á pesar de su velo, será menester

que baje lindamente su nariz para que sepamos de que color son sus ojos.... Y ved aquí una acción fea por dos lados! como se dice en mi país, va á casa de un hombre, y afecta tener miedo. Pero dispensadme, escuchadme.... que quite la olla del fuego que ya ha dejado de cantar. Esto quiere decir que está para comerse. Es menudo.... le gusta mucho á Alfredo; porque como el mismo dice, por menudo vendería la Francia.... su hermosa Francia!.... ese querido viejo.

.....
 Mientras que Mad. Pipelet se ocupaba de este port menor doméstico, Rodolfo se entregaba á tristes reflexiones.

La mujer de que se trataba (fuese ó no la marquesa de Harville) habia sin duda largo tiempo titubeado mucho, y combatido antes de conceder la primera y la segunda cita; luego horrorizada de las resultas de su imprudencia, un saludable remordimiento le habia probablemente impedido cumplir su arriesgada promesa.

En fin, cediendo á un impulso irresistible, llega llorosa, agitada de mil temores, hasta el umbral de la puerta.... pero, en el momento de perderse para siempre, la voz del deber se deja oír, se libra aun otra vez del deshonor.

Y por quien arrostra tanta vergüenza, tantos peligros?

Rodolfo conocia el mundo y el corazón, juzgó casi con severidad el carácter del coman-

dante, por algunos rasgos bosquejados por la portera con grosera naturalidad.

¿No era este un hombre neciamente orgulloso para envanecerse con el título de un grado absolutamente insignificante bajo el punto de vista militar; un hombre con tan poco tacto que no se disfraza del mayor incógnito á fin de encubrir con un misterio impenetrable los culpables pasos de una muger que lo arriesgaba todo por él, un hombre en fin tan necio y tan mezquino, que no comprendia que por aborraz algunos luises esponia á su dama á las insolentes é inuobles burlas de la gente de aquella casa?

Así, el día siguiente, impulsada por una fatal influencia, pero conociendo la inmensidad de su culpa, no teniendo para sostenerse en medio de sus terribles angustias mas que su fe ciega en la discrecion, en el honor del hombre á quien da mas que su vida, esta infeliz jóven iba á la cita..... palpitante, desatinada; y le seria preciso soportar las miradas curiosas y descaradas de algunos miserables..... quiza oir sus inmondas burlas.

Qué vergüenzal..... que leccion..... que desengaño para una muger estraviada, que hasta entonces no hubiese vivido sino con las mas encantadoras, las mas poéticas ilusiones del amor!

Y el hombre por quien ella arrostra tanto oprobio, tantos peligros se conmovirá al menos con las despedazantes ansias que causa?

No.....

Pobre muger..... la pasion le ciega y la arroja por segunda vez al borde del abismo..... Un animoso esfuerzo, la virtud la salva aun.... Qué sentirá este hombre al pensar en esta lucha dolorosa y santa?

Sentirá despecho, cólera, rabia, al pensar que se ha incomodado tres veces para nada, y que su boba fatuidad está gravemente comprometida..... á los ojos de su portera.....

En fin, último rasgo de insigne y grosera torpeza: Este hombre habla de tal suerte, se viste de tal manera para esta primera entrevista, que debe hacer morir de vergüenza á una muger ya aniquilada bajo el peso de la confusion y de la vergüenza!

Oh! pensaba Rodolfo, que terrible leccion si esa muger hubiese podido oir en que términos tan feos se hablaba de una accion culpable sin duda, pero que le costaba tanto amor, tantas lágrimas, tantos terrores, tantos remordimientos!

Y despues, pensando que la marquesa de Harville podia ser la triste heroina de esta aventura.. Rodolfo se preguntaba á si mismo porque aberracion, porque fatalidad Mr. de Harville, jóven con talento, amable, generoso, y sobre todo tiernamente enamorado de su muger, podia ser sacrificado á un ente necesariamente tonto, avaro, egoista y ridiculo. Estaba quizá la marquesa enamorada de la figura de aquel hombre que se decia ser bien parecido?

Rodolfo conocia no obstante á Mad de Harville por una muger de ánimo, de talento y de gusto, de un carácter lleno de elevacion; nunca la menor hablilla habia ajado su reputacion... . Donde habia conocido á ese hombre? Rodolfo la veia con bastante frecuencia, y no se acordaba de haber encontrado á nadie en la casa de Harville que se pareciese al comandante. Despues de maduras reflexiones, concluyó casi persuadiéndose que no se trataba de la marquesa.

Mad. Pipelet, habiendo cumplido con sus deberes de cocinera, continuó su conservacion con Rodolfo.

--¿Quien habita en el segundo piso? preguntó este á la portera.

--La tia Burette, muger como ella sola para las cartas. Lee en vuestra mano como en un libro. Hay personas muy decentes que vienen á su casa para que les diga la buena ventura.... y gana mas dinero del que parece.... Y sin embargo tiene otros oficios mas que el de adivina.

--¿Qué otra cosa hace?

Tiene como quien no dice nada un monte de piedad casero?

--¿Cómo?

--Os digo esto porque sois un jóven, y porque no puedo menos de querer afirmaros en la idea de venir á ser nuestro inquilino.

Por qué?

-- Una suposicion; henos ya pronto en los dias

de la estacion en que nos ostigan los acreedores en esa época, los mas encopetados son algunas veces molestados..... Pues bien! siempre es cómodo tener un recurso en su casa en vez de verse obligado á ir á casa de mi tia! Donde es mas humillante..... porque se va á vista y ciencia de todo el gobierno.

-- En casa de vuestra tia?..... ¿Presta sobre alhajas?

-- Qué no sabeis?..... Vamos, vamos truan..... La echais de inocente, en vuestra edad!.....

-- La echo de inocente? en qué, Mad. Pipplet?

-- En preguntarme si es mi tia la que empeña prendas.

-- Por qué?

-- Porque todos los jóvenes en edad de razon saben que ir á empeñar alguna cosa en el Monte de Piedad se llama ir en casa de mi tia.

-- Ah! comprendo..... la vecina del segundo piso presta tambien sobre prendas?....

-- Vamos señor socarron, ciertamente presta sobre prendas..... y menos caro que un gran monte..... luego no hay nada de embrollo..... no hay la confusion de un monton de papeles de reconocimientos, de números..... nada..... nada..... supongamos: se lleva á la tia Burette una camisa que vale tres francos, os presta diez sueldos; al cabo de ocho dias le llevan veinte..... si no, se queda con la camisa..... Estoy es muy sencillo, que tal.....

siempre cuentas redondas..... un niño lo comprendería.

--Es muy claro en efecto; pero creia que estaba prohibido prestar así sobre prendas.

--Ah! ah! ah! exclamó Mad. Pipelet, riéndose á carcajadas, salís ahora de vuestra aldea, pobre hombre? perdonadme..... pero os hablo como si fuera vuestra madre..... y fuéseis mi hijo.

--Sois demasiado buena.

--Sin duda está prohibido prestar sobre prendas..... pero si no se hiciese mas que lo que está permitido, se estaria una primorosamente con los brazos cruzados. La tia Burette no escribe, no dá recibo..... no hay pruebas contra ella y se burla de la policia. Es muy gracioso ver las cosas que traen á su casa. No creerías sobre qué prendas presta algunas veces!..... la he visto dar dinero sobre un loro gris..... que juraba el picaro como un endemoniado.....

--Sobre un loro?..... pero que valor....

--Atended..... era conocido; era el loro de la viuda de un comisionista que vive aqui cerca. Mad. de Herblot, se sabia que cuidaba mucho á su loro; la tia Burette le dijo: os presto diez francos sobre vuestro loro; pero si dentro de ocho dias á las doce no tengo mis veinte francos.....

--Sus diez francos.

--Con los premios eran justamente veinte francos; siempre cuentas cabales..... si no tengo mis veinte francos y los gastos de la comida, doy á Jac-

quot una ensaladita de peregril.... aliñada con arsénico. Conocía bien su efecto.... Con este miedo, la tía Burette tuvo sus veinte francos al cabo de siete días.... Y Mad. de Herblot se llevó su picaro animalito que no cesaba todo el día de estar diciendo cosas que hacían sonrojar á Alfredo que es tan recatado.... Esto es muy sencillo, su padre era cura.... en la revolucion, sabeis.... hay curas que se casaron con religiosas.

--Y la tía Burette, supongo no tiene otro oficio?

--No tiene otro.... No obstante, no sé muy bien que especie de entruchada revuelve algunas veces en una alcobita donde no entra nadie mas que Mr. Brazo-rojo y una vieja tuerta que llaman el Mochuelo.

Rodolfo miró á la portera con admiracion.

Esta, interpretando la sorpresa de su futuro inquilino, le dijo:

--No es verdad que ese nombre el Mochuelo es algo chusco?

--Sí; y esa muger viene aqui á menudo?

--Había seis semanas que no venia; pero antes de ayer la vimos cojeaba un poco.

--¿Y que viene á hacer en casa de esa decidora de la buena ventura?

--Eso es lo que no sé; al menos, en cuanto á la entruchada de la alcobita de que os he hablado, donde el Mochuelo entra sola con Mr. Brazo-rojo y la tía Burette; tan solo he notado que esos días,

la tuerta trae siempre un lio en su canastillo, y Mr. Brozo-rojo otro bajo su capa pero que nunca se llevan nada.

— Y esos lios, que contienen?

— No sé, sino que hacen con ellos un amasijo del diablo; porque se percibe un olor á azufre, á carbon de piedra y á estaño fundido al pasar por la escalera, y luego se les oye soplar..... soplar..... como los herreros. Bien seguro es que la tía Burette hará cualquier entuchada de buena ventura ó de magia..... al menos, así me lo ha dicho M. Cesar Bradamanti, el inquilino del tercer piso. Este Mr. Cesar sí que es un sabio singular! que digo singular, es un italiano, aunque habla frances tan bien como nosotros; menos el acento; pero es lo mismo, es un sábio que conoce los simples..... y os saca las muelas no por el dinero, sino por el honor..... Si, señor..... por honor, tenéis seis muelas malas, dice el mismo al que lo quiere escuchar, os sacaré las cinco primeras de valde..... no os haré pagar mas que la sesta. No es culpa suya que no tengais mas que la sesta.

— Eso es generoso!

— Vende además un agua muy buena que impide que se caiga el pelo, que cura las enfermedades de los ojos, los callos de los pies, las debilidades del estómago y mata las ratas sin arsénico.....

— La misma agua que cura las debilidades del estómago.

La misma agua:

--Mata tambien las ratas?

--Sin dejar una, porque es muy sana para el hombre y muy dañosa para los animales.

--Es muy positivo, Mad. Pipelet, no habia pensado en ello.

--Y la prueba de que es una agua muy buena, es que está hecha con simples, que Mr. Cesar cogió en los montes del Libano, en aquella costa de América de donde trajo tambien su caballo que parece un tigre: es todo blanco con manchas va-
yas: mirad, cuando Mr. Cesar Bradamanti está montado en su caballo con su vestido encarnado con vueltas amarillas y su sombrero de plumage... se podia dar dinero por verlo; porque hablando respectivamente, se parece á Judas Iscariote con su grande barba rubia. De un mes á esta parte tiene consigo al hijo de Mr. Brazo-rojo, Jorobeta, que lo ha vestido como quien dice de payaso, con una gorra negra, y un saco color de albaricoque: toca el tambor en las inmediaciones de la casa de Mr. Cesar para llamar parroquianos, ademas cuida el caballo del sacamuclas.

Rodolfo no pudo menos de decir á la portera.

--Me parece que el hijo de vuestro inquilino principal desempeña un empleo bien modesto.

--Su padre dice que quiere hacer pasar trabajos á ese muchacho, que sin eso concluiria sus dias en un patibulo: de hecho es el mono mas ma-

ligno..... y malvado..... ha pegado mas de un chasco á ese pobre Mr. Cesar Bradamanti que es la flor de las personas honradas. Como curó á Alfredo de un reumatismo, le tenemos en nuestro corazon. Pues bieo! caballero, hay personas tan inhumanas..... pero..... esto hace erizar los cabellos en la cabeza..... Alfredo dice que si es verdad, era cosa de presidio.

--Pero que cosa.....

--Ah! no me atrevo..... no me atreveria nunca.....

--No hablemos mas de eso.....

--Es que, á fe de muger honrada decir esto á un jóven.....

--No hablemos mas de ello, Mad. Pipelet.

--El caso, como sereis nuestro inquilino..... mas vale que esteis prevenido de que estas son mentiras. Estais, no es asi? en posición de trabar amistad y sociedad con Mr. Bradamanti, si creyéseis en esas hablillas, no os gustaria quizá su trato.

--Hablad..... os escucho.

--Se dice que cuando..... á veces una jóven soltera ha hecho una tonteria..... comprendeis..... no es asi? y que tiene sus resultas.....

--Y bien?

--Mirad, eso es lo que no me atrevo.....

--Que mas.....

--No, por otra parte, son disparates.....

--Decidlo pues.

--Mentiras.

--Vamos, decidlo.

--Son malas lenguas.

--Vamos adelante.....

Personas que tienen envidia del caballo tigre de Mr. Cesar.

--En horabuena; pero en fin que dicen de él?

--Me dá vergüenza.

--Pero que relacion hay entre una jóven soltera que ha cometido una falta y el saltimbanco?

--No digo que eso sea verdad.....

--Pero en nombre del cielo, que hay pues? dijo Rodolfo, impaciente con las reticencias impertinentes de Mad. Pipelet.

--Escuchad, jóven, repuso la portera con tono solemne; me jurais por vuestro honor no repetir nunca á nadie?.....

--Cuando supiere lo que es, os haré ó no ese juramento.

--Si digo esto..... no es por los seis francos que me habeis prometido, ni por la bebida.....

--Bien, bien.

--Es por la confianza que me inspirais.

--En hora buena.

Y para servir á ese pobre Mr. Cesar Bradamanti disculpándole.

--Vuestra intencion es excelente, no lo dudo; y bien?.....

--Se dice pues..... pero que no salga de Vd.

--Ciertamente; se dice pues?.....

--Vamos, he aquí lo que no me atrevo á decir todavía; pero mirad..... os lo diré al oído, esto me hará menos efecto..... direis que soy un niño, he?.....

Y la vieja murmuró muy bajo algunas palabras á Rodolfo, que se este emeció de espanto.

--Oh! eso es horrible..... exclamó este levantándose por un movimiento maquinal y mirando á su alrededor casi aterrorizado, como si la casa hubiese estado maldecida.

--Dios mío! Dios mío! murmuró en un estupor doloroso, son posibles crímenes tan abominables. Y esta horrorosa vieja, que es casi indiferente á la horrible revelacion que acaba de hacerme....

La portera no entendió á Rodolfo y siguió haciendo sus haciendas.

--¿No es verdad que hay muy malas lenguas? Qué! Un hombre que ha curado á Alfredo de reumatismo, un hombre que ha traído un caballo tigre del Líbano..... un hombre que os propone sacaros cinco muelas gratis de cada seis..... un hombre que tiene certificados de toda la Europa, y que paga exactamente. Ah! sí..... primero morir que creer en eso!.....

Mientras que Mad Pipelet manifestaba su indignacion contra los calumniadores, Rodolfo se acordaba de la carta dirigida á este santibanco, carta escrita en papel grueso, con letra contrahecha y medio borrada por las señales de una lágrima.

En esta lágrima, en esta carta misteriosa dirigido á aquel hombre, vió Rodolfo un drama.

Un terrible drama....

Un presentimiento involuntario le decia que los rumores atroces que corrian acerca del italiano eran fundados.

--Mirad, aquí está Alfredo.... exclamó la portera, que os dirá, lo mismo que yo, que hay malas lenguas que acusan de cosas horribles á este pobre Mr. Cesar Bradamanti, que lo curó de reumatismo.

CAPITULO III.

Mr. Pipelet.



Recordarémos al lector que estos sucesos pasaban en 1838.

Entró Mr. Pipelet en el cuarto con aire grave, magistral; tenia unos sesenta años, nariz enorme, facia respetable, una cara gruesa y colorada como los muñecos *cascanueces* de Nuremberg. Esta extraña máscara tenia puesto un sombrero de grandes alas, pajizo de puro viejo.

Alfredo, que no dejaba aquel sombrero como una mujer su peluca fantástica; se pavoneaba con un

frac verde de faldones inmensos, emplomado por decirlo así de manchas, pues las muchas que tenía le daban un color gris lustroso. A pesar de su gran sombrero y frac verde, que no eran sino un ceremonial, Mr. Pipelet no había dejado el modesto emblema de su oficio: un mandil de cuero.

El saludo que el portero hizo á Rodolfo no dejó de ser afable: pero, ay! la sonrisa de este hombre era amarga....

Se leía en ella la espresion de una profunda melancolia, como Mad. Pipelet había dicho á Rodolfo.

--Alfredo, el señor es un inquilino para la vivienda y gabinete del cuarto piso, dijo Mad. Pipelet presentando á Rodolfo á Alfredo, y te hemos esperado para beber un vaso de canela que ha hecho traer.

Esta delicada atencion puso al instante á Mr. Pipelet en confianza con Rodolfo; el portero llevó la mano al ala delantera de su sombrero, y dijo con una voz de bajo, digna de un sochantre de la catedral.

--Cumpliremos con vos, caballero, como porteros, del mismo modo que cumplireis con nosotros como inquilino; los que se parecen, se juntan...

--Luego, interrumpiéndose, dijo á Rodolfo con ansiedad:

A menos sin embargo, caballero, que no seais pintor.

--No, soy comisionado de comercio.

--Entonces, cumpliré con vos mis humildes deberes. Felicito á la naturaleza de no haberos hecho nacer igual á esos monstruos de artistas!

--Los artistas.....monstruos? preguntó Rodolfo.

Mr. Pipelet, en vez de responderle, levantó sus dos manos hácia el techo de su cuarto é hizo oír una especie de quejido airado.

--Los pintores han emponzoñado la vida de Alfredo. Ellos son los que han causado la melancolia de que os he hablado, dijo en voz baja Mad. Pipelet á Rodolfo.--Luego contiouó en voz alta y con tono cariñoso.--Vamos, Alfredo, sé razonable, no pienses en ese pillo..... Te vas á poner malo, no podrás comer.....

--No, tendré valor y razon, respondió Mr. Pipelet con dignidad triste y resignada..... Me ha hecho mucho daño..... ha sido mi perseguidor..... mi verdugo..... por espacio de mucho tiempo; pero ahora lo desprecio..... Pintores! añadió volviéndose á Rodolfo, oh! caballero, son la peste de una casa..... son su borrachera, son su ruina.

--¿Habeis tenido algun vecino pintor?

--Ay! si, caballero, hemos tenido uno, dijo Mr. Pipelte con amargura, un pintor, ademas se llamaba Cabriou.

A este recuerdo, á pesar de su aparente moderacion, el portero cerró convulsivamente los puños.

--¿Era ese el último inquilino que ha ocupado la vivienda que acabo de alquilar?

--No, no, el último inquilino era un guapo, un digno jóven, llamado Mr. Germain; pero antes de él lo era Cabrion. Ah! despues de haberse ido el tal Cabrion, me ha faltado poco para estar loco, atontado....

--Hasta ese punto lo habeis sentido? preguntó Rodolfo.

--Cabrion..... sentido..... replicó el portero como pasmado: sentir á Cabrion!

--Pero al ménos ese Mr. Germain, de quien hablásteis; os ha idemnizado de Mr. Cabrion.

--Oh! si caballero..... ese es un guapo y digno jóven: fino como el oro, servicial, y no orgulloso, y alegre..... pero con una verdadera alegría, que no hacia mal á nadie en vez de ser insolente y burlon como Cabrion, que Dios confunda!

--Vamos, tranquilizaos, mi querido Mr. Pipelet, no pronuncieis ese nombre..... y ahora cual es el propietario tan dichoso que posee á Mr. Germain, esa perla de los inquilinos?

--Ni visto, ni conocido..... nadie lo sabe ni lo sabrá..... donde vive al presente Mr. Germain..... Cuando digo nadie..... esceptuo á la señorita Rigolette.

--Y quien es esa señorita Rigolette? preguntó Rodolfo.

--Una costurerita; la otra inquilina del cuarto piso, respondió Mad. Pipelet: esa es otra perla!... pagando siempre adelantado..... y tan primorosa, y tan linda, y tan alegre..... un verdadero ángel de

Dios.... tan complaciente, y festiva.... ademas laboriosa como un castor, gana á veces dos francos diarios.... pero sin embargo, con mucho trabajo.

--¿Pero como la señorita Rigolette es la que solo sabé donde vive Mr. Germain?

--Cuando salió de esta casa, repuso Mad. Pipelot, nos dijo:--„No espero cartas.... pero si casualmente me tragesen alguna la entregareis á la señorita Rigolette....„ y en esto era digna de su confianza.... aun cuando la carta fuese certificada.... no es asi, Alfredo.

Lo cierto es que no hay nada que decir acerca de la conducta de la señorita Rigolette, dijo severamente el portero, si no hubiese tenido la debilidad de dejarse requetbrar del infame Cabrion.

--En cuanto á eso, Alfredo, replicó la portera, bien sabes tú que no es por culpa de la señorita Rigolette.... eso era á causa del local.... pues lo mismo sucedia con el comisionado viajante que ocupaba la vivienda antes que Cabrion, como despues de este malvado pintor con Mr. Germain que la requetbraba; lo repito, no puede ser de otro modo; eso depende del local....

--Asi, dijo Rodolfo, los vecinos del cuarto piso que quiero alquilaros obsequian necesariamente á la señorita Rigolette.

--Necesariamente, caballero; vais á comprenderlo: las dos viviendas se tocan; pues bien, entró. jóvenes.... se ofrece pedir luz, un poco de fuego....

ó bien agua.... Oh! en casa de la señorita Rigolette, nunca le falta, lo tiene á lujo, es un verdadero patio; así que tiene un momento desocupado, se pone inmediatamente á aljofifar su cuarto, su chimenea.... Así está todo tan aseado.... lo veréis....

--¿Así Mr. Germain, por causa de la localidad, fué, como decís, un buen vecino de la señorita Rigolette?

--Si señor, es menester decir que nacieron el uno para el otro. Tan guapos, tan jóvenes, daba gusto verles bajar las escaleras, el Domingo, solo día de descanso para los pobres niños! ella engalanada con un lindo gorro y su traje de veinte y cinco sueldos la vara, que ella misma se hace, le sentaba como á una reina; él un verdadero elegante.

--¿Y Mr. Germain no ha vuelto á ver á la señorita Rigolette despues que salió de esta casa?

--No señor; á menos que no lo haga los Domingos, porque los demas días no tiene la señorita Rigolette tiempo de pensar en los enamorados, vaya! Se levanta á las cinco ó la seis, y trabaja hasta las diez, algunas veces hasta las once de la noche; no sale nunca de su vivienda: escepto por las mañanas para ir á comprar la comida para ella y para sus dos canarios; y los tres no dejau de comer, vaya!.... ¿Qué es lo que necesitan? dos sueldos de leche, un poco de pan, carnero, ensalada, alpiste.

y agua clara, lo cual no les impide charlar y gorgear á todos tres, la niña y sus dos pájaros, que es una bendición!.....Ademas de esto, buena y caritativa en lo que puede..... trabajando algunas veces mas de doce horas al dia, es muy justo que gane con que vivir..... Mirad, esos infelices de la guardilla..... que Mr. Brazo-rojo vá á poner en medio de la calle lo mas tarde dentro de tres ó cuatro dias..... la señorita Rigolette y Mr. Germain han cuidado á sus hijos durante muchas noches!

--¿Hay aqui alguna familia desgraciada?

--Desgraciada! Dios del alma..... ya lo creo. Cinco hijos de poca edad, la madre en cama, casi moribunda, la abuela idiota; y para mantener todo esto un hombre que no gana para comer trabajando como un negro; porque es un famoso artesano!..... Tres horas de sueño de las 24; he aqui todo lo que descansa; y..... qué sueño!..... ya le despiertan los hijos que piden *pan!* ya una mujer enferma que gime sobre un gergon de paja..... la anciana idiota que se pone á bramar como una loba..... de hambre tambien..... porque no tiene mas razon que una bestia..... Cuando tiene muchas ganas de comer, se le oye desde las escaleras..... ahuya.....

--Ah, eso es horroroso. exclamó Rodolfo; y nadie los socorre?

--Vaya, caballero, se ha hecho lo que se ha podido entre gente pobre. Desde que el comandante me da sus doce francos al mes por cuidarle su

habitacion, pongo la olla una vez á la semana y esos infelices de la guardilla tienen caldo..... La señorita Rigolette, trabaja para ellos de noche y esto le cuesta siempre la luz, para hacer, con retales de géneros, ropita y capillos para los niños chicos. El pobre Mr. Germain que no estaba muy adelantado, fingia recibir de cuando en cuando algunas buenas botellas de vino de su casa..... y Morel..... (este es el nombre del artesano) bebia uno ó dos buenos tragos que le confortaban y le volvian por un momento el alma al cuerpo.

--¿Y el saltimbanco no ha hecho nada por esta pobre gente?

--¿Mr. Bradamanti?.....dijo el portero; me curó mi reumatismo, es verdad, lo venero; pero desde aquel dia..... dije á mi esposa.--Anastasia..... Mr. Bradamanti..... Hum! hum! te lo dije, Anastasia?

--Es verdad, me lo dijiste..... pero á ese hombre le gusta reirse..... al menos á su manera, porque no despega los labios para ello.

--¿Qué es pues lo que hizo?

--Lo siguiente: cuando le hablé de la miseria de la familia de Morel, con motivo de quejarse de que la idiota habia estado ahullando de hambre toda la noche, y que no le habia dejado dormir... me dijo:--«Una vez que son tan infelices, si tienen que sacarse algunas muelas, no les haré pagar la sesta, y les daré una botella de mi agua por la mitad de su valor.»

--Pues bien, exclamó Mr. Pipelet, aunque me curó mi reumatismo, sostengo que eso es una burla indecente. Pero si fuera la sola..... y si no fuesen mas que indecentes.....

--Piensa pues, Alfredo, que es italiano, y que ese es quizá el modo de chancoarse entre ellos.

--Decididamente, Mad. Pipelet, dijo Rodolfo, tengo mala opinion de ese hombre, y no trabaré, como decís, ni amistad, ni sociedad con él....

--¿Y la que presta sobre prendas ha sido mas caritativa?

--Hum! ó los precios de Mr. Bradamanti, dijo la portera, les ha prestado sobre sus pobres vestidos. Todo ha pasado allí, hasta el último colchon, este es el apuro, nunca ha tenido mas que dos.

--¿Y ahora, no los ayuda?

--¿La tia Burette? Ah, ya si, es tan roñosa en su especie como su enamorado en la suya; porque Mr. Brazo-rojo y la tia Burette..... añadió la portera con una guiñada y un meneo de cabeza extraordinariamente maliciosos.

--¿Es verdad? dijo Rodolfo.

--Así lo creo.... de positivo.... y vamos pues! Los veranos de S. Martín son tan calientes como los demas, no es así, querido viajero?

Mr. Pipelet, por toda respuesta, dió vuelta melancólicamente á su sombrero.

Despues que Mad. Pipelet mostró un sentimiento de caridad respecto á los infelices de la guar-

dilla, le parecia menos repugnante á Rodolfo.

--¿Y cuales es el oficio de ese pobre artesano?

--Lapidario de piedras falsas; trabaja por piezas..... y tanto y tanto como se afana en ese oficio; podeis haceros cargos..... Ademas, un hombre es un hombre, no puede mas que lo que puede, no es asi? Y cuando es preciso dar de comer á una familia de siete personas, sin contarse, hay trabajos..... Y tambien su hija mayor le ayuda en lo que puede, y no es poco.

--Y que edad tiene esa hija?

--Diez y siete años, y bella, bella..... como el dia; es sirviente de la casa de un viejo tacaño..... tan rico que puede comprar á Paris, un escribano, Mr. Santiago Ferrand.

--Mr. Santiago Ferrand? dijo Rodolfo admirado de este nuevo encuentro, porque en casa de este escribano ó al menos de su ama de gobierno, era donde debia tomar noticias relativas á la Guilla-baora. Mr. Santiago Ferrand que vive calle de Sentier? volvió á preguntar.

---Justamente!..... ¿Le conoceis?

--Es el escribano de la casa de comercio á que pertenezco.

--Pues bien, entonces debeis saber que es un famoso avaro..... pero es menester ser justo, honrado y devoto..... todos los Domingos va á la misa y á visperas.... si chancea, no le hace sino con los clérigos; bebiendo agua bendita, devorando el pan bendito.... un santo..... la caja de ahorros de las

personas pobres que depositan las economías en su casa..... pero vaya, avaro y duro de cocer para los demás y para si mismo..... diez y ocho meses hace que la pobre Luisa, la hija del lapidario, está sirviendo en su casa..... Es un cordero en amabilidad..... un caballo para el trabajo..... Ella lo hace todo..... y diez y ocho francos de salario..... ni más, ni menos; guarda seis francos al mes para vestirse, y da el resto á su familia, esto es siempre; pero cuando se trata de que coman siete personas que hay allá arriba.

--Pero el trabajo del padre..... si es laborioso?

--Si es laborioso? Es un hombre que en su vida ha bebido; es arreglado, es muy benigno, no pedirá á Dios más recompensa que hacer que los días tengan cuarenta y ocho horas, para poder ganar un poco más de pan para su gurullada.

--Su trabajo le produce muy poco!.....

--Ha estado en cama tres meses; esto lo ha atrasado, su muger ha destruido su salud asistiéndolo, y ahora está moribunda: por espacio de tres meses le ha sido preciso vivir con los doce francos de Luisa..... y con lo que les ha prestado sobre prendas la tia Burette, y también algunos escudos que le prestó la tratante en piedras falsas á quien le trabaja.--Pero ocho personas! no dejo de pensar en ello..... y si vieses su chirititil. Pero, caballero, no hablemos más de esto, ya está lista nuestra comida, y no hay que pensar en su guardilla.... me se resuelve el estómago..... Afortunada-

damente Mr. Brazo-rojo va á librar la casa de esa gente.... Cuando digo afortunadamente no es por maldad..... Pero ya que es preciso que sean infelices, esos pobres Morel, y que no podemos remediarlos.. mas vale que lo sean en otra parte. Cuando menos esto parte el corazon.

--Y si se les echa de aquí donde irán?

---No lo sé.

--Y cuando puede ganar al dia ese pobre artesano?

---Sí no tuviese que asistir á su madre, á su mujer y á los niños, ganaria muy bien de cuatro á cinco francos, porque él se quita la vida; pero como pierde las tres cuartas partes del tiempo en las haciendas de la casa, lo mas que gana es cuarenta sueldos.

--En efecto es bien poco..... pobre gente!....

---Sí, pobre gente, vaya..... está bien dicho... Pero hay tantas personas pobres como ellos, que pues no se puede nada, es menester consolarse..... No es así, Alfredo?.... Pero á propósito de consolarse, y la cautela! no le decimos nada?

--Francamente, Mad. Pipelet, lo que me habeis contado me ha oprimido el corazon, bebereis á mi salud con Mr. Pipelet.

--Sois muy honrado, dijo el portero, pero no quereis ver la vivienda de arriba?

De buena gana; si me conviene os daré la señal.

El portero salió de su cueva, y Rodolfo lo siguió.

CAPITULO III.

Los cuatro pisos.



a escalera sombría, húmeda, parecía aun mas oscura en este día triste de invierno.

La entrada de cada una de las habitaciones de esta casa ofrecia, por decirlo así, al ojo del observador una fisonomía particular.

La puerta de la habitación que servia de casa al *comandante* estaba bien pintada de un color oscuro con vetas imitando la caoba; un boton sobredorado relucia en la cerradura, y un hermoso cordon de campanilla con borla de seda encarnada contrastaba con la sordida vejez de las paredes.

La puerta del segundo piso habitado por la adivina, prestadora sobre prendas, presentaba un aspecto mas singular: una lechuza rellena de paja, pájaro en grado supremo simbólico y cabalístico, estaba clavada por los pies y por las alas sobre las jambas de la puerta; un postiguello, con rejilla de alambre, permitia examinar, antes de abrir, á los que llamaban.

La habitación del saltimbanco italiano que se sospechaba que ejercía un oficio horroroso, se distinguía también por su extraña entrada.

Se leía su nombre trazado con dientes de caballo incrustados en una especie de cuadro de madera negra ajustado en la puerta.

El cordón de la campanilla, en vez de concluir como todos, estaba asido á un antebrazo y á una mano de mono hecha momia.

Causaba horror ver aquel brazo disecado, aquella mano pequeña con cinco dedos articulados por falanjes y terminados en uñas.

Se hubiera dicho que era la mano de un niño....

En el momento de pasar Rodolfo por delante de aquella puerta que le pareció fatal, creyó oír algunos quejidos ahogados; luego de repente un grito doloroso, convulsivo, horrible, un grito que parecía salir del fondo de las entrañas resonó en el silencio de la casa.

Rodolfo se estremeció.

Por un movimiento mas rápido que el pensamiento, corrió á la puerta y llamó violentamente.

---¿Qué tenéis, caballero? dijo el portero sorprendido.

--Este grito.... dijo Rodolfo, no lo habeis oido?

---Si, señor. Es sin duda algun paciente á quien Mr. Cesar Bradamanti saca una muela.... quizá dos.

Esta explicacion era verosimil; sin embargo no satisfizo á Rodolfo.

El grito terrible que acababa de oír no le parecía solo una exclamación de dolor físico, sino también, si esto puede decirse.... el grito de un dolor moral....

Su campanillazo fué violento en extremo.

Respondieron al momento.

Se cerraron muchas puertas unas tras otra: luego por el vidrio de una claraboya que había junto á la puerta, y á la cual aplicaba la vista maquinalmente Rodolfo, vió confusamente aparecer una figura descarnada, de una palidez cadavérica; una maraña de cabellos rubios encaucidos coronaba aquel feo semblante que se terminaba con una larga barba del mismo color que el pelo.

Esta vision desapareció al cabo de un segundo.

Rodolfo quedó petrificado.

En el poco tiempo que duró esta aparición, creyó reconocer las facciones bien características de aquel hombre.

Los ojos verdes y brillantes como el alga marina bajo gruesas pestañas leonadas y erizadas, la palidez livida, la nariz delgada, saliente, encorbada como pico de águila, y cuyas ventanillas, de un modo raro abiertas y sesgadas, dejaban ver una parte de la membrana nasal, le recordaban de una manera sorprendente a un cierto clérigo Polidori, cuyo nombre fué maldecido por Murph durante su conversacion con el baron de Graun.

Aunque habia diez y seis ó diez y siete años que Rodolfo no veia al clérigo Polidori, tenia mil

razones para no olvidarlo; pero lo que confundía sus recuerdos, lo que le hacía dudar de la identidad de aquellos dos personajes, es que el clérigo que creía volver á encontrar bajo el nombre de aquel saltimbanco con barba y cabellos rubios era muy moreno.

Rodolfo (suponiendo que sus sospechas fuesen fundadas) no se admiraba por otra parte de ver un hombre revestido de un carácter sagrado, un hombre cuya superior inteligencia, cuyo vasto saber, cuyo raro talento conocia, bajar á aquel punto de degradacion..... quizá de infamia, porque sabia que aquel raro talento, que aquella inteligencia superior, que aquel vasto saber, se aliaban con una perversidad tan profunda, con una conducta tan desarreglada, con unas inclinaciones tan crapulosas, y sobre todo con tal cínico y cruel desprecio de los hombres y de las cosas que, reducido á una miseria merecida, habia podido, casi diremos, habia debido buscar los recursos menos honrosos, y encontrar una especie de satisfaccion irónica y sacrílega en verse él, verdaderamente distinguido por los dones del alma; él revestido de un carácter sagrado, ejercer el vil oficio de impudente charlatan.

Pero, lo repetimos, aunque dejó al clérigo Polidori, en la fuerza de la edad, y aunque este debiese tener entonces la edad del saltimbanco, habia entre estos dos personajes ciertas diferencias tan notables, que Rodolfo dudaba en extremo de su identidad.

No obstante dijo al portero:

--Y hace mucho tiempo que Mr. de Bradamanti vive en esta casa?

--Habrá como un año....si, eso es, vino por Enero. Es un inquilino exacto: me ha curado un reumatismo..... pero, como decia ahora pcco, tiene un defecto: tiene mala lengua, no respeta nada en sus conversaciones.

--Cómo es ese?

--Caballero, dijo gravemente Mr. Pipelet, no soy una doncella, pero hay risa de risas.

--Es muy festivo?

--No es porque sea festivo; por el contrario, tiene el aire de un muerto..... no se rie nunca con la boca..... se rie siempre en palabras; para él no hay padre ni madre, ni Dios ni diablo, de todo se burla..... hasta de su propia agua, caballero..... hasta de su propia agua! Pero, no os lo oculto, sus burlas algunas veces me causan miedo..... me horripilan..... Cuando ha estado un cuarto de hora indecentemente hablando acerca de las mugeres de los diferentes paises salvages que ha andado, y me encuentro solo con Anastasia..... yo que hace treinta y siete años, me he acostumbrado, me he hecho una ley de quererla... Anastasia... pues bien!.... me parece que la quiero menos. Vais á reiros.... pero tambien algunas veces, cuando se vá Mr. Cesar, después de haberme hablado de los festines de los principes á que ha asistido me sabe la comida amarga, no tengo gana..... En fin, estoy contento

con mi estado, me honro con él..... Hubiera podido ser zapatero de obra prima como una multitud de ambiciosos..... pero creo prestar igual servicio remendando zapatos viejos..... Y bien, hay dias en que ese demonio de Mr. Cesar, con sus burlas, me haria sentir no ser zapatero de botas, bajo mi palabra de honor! Y luego... tiene un modo de hablar de las mugeres salvages, que ha conocido..... Os lo repito, no soy una doncella, pero algunas veces me escandalizo, me sonrojo..... añadió Mr. Pipelet, con aire de castidad indignada.

--¿Y Mad. Pipelet tolera esto?

--Anastasia es tonta; y Mr. César, á pesar de su mal tono, tiene..... tiene mucho talento..... asi se lo pasa todo.

--Me ha hablado tambien de ciertos rumores horribles.

--¿Os ha hablado de eso?.....

--Tranquilizaos, soy discreto.

--Pues bien! esas voces, no las creo, no las creeré nunca, y no obstante no puedo dejar de pensar en ello, y esto aumenta el pícaro efecto que me producen las chanzas de Mr. César Bradamanti; para decirlo todo, aborrezco á Mr. Cahrión, es un odio que llevaré á la tumba. Pues bien! alguna veces me parece que mejor querria las innobles farsas que tenia la desvergüenza de hacer en la casa, que las burlas que nos dice Mr. César con su aire de matarlas callando, conteniendo sus ábios con un movimiento desagradable que me re-

cuerda siempre la agonía de mi tío Rousselot, que al morirse contraía los labios enteramente como Mr. Bradamanti.

Algunas palabras de Mr. Pipelet acerca de la perpétua ironía con que el saltimbanco hablaba de todo y de todos, y marchitaba los mas modestos placeres con sus amargas burlas, confirmaban bastante las primeras sospechas de Rodolfo; porque el clérigo, cuando deponía su máscara de hipocresía, había afectado siempre el escepticismo mas audaz y mas escandaloso.

Bien decidido á aclarar sus dudas, porque la presencia de este clérigo en aquella casa podia incomodarle, sintiéndose cada vez mas dispuesto á interpretar de una manera lúgubre el grito terrible que le había hecho tanta impresion, Rodolfo siguió al portero al piso alto donde estaba la habitación que quería alquilar.

La vivienda de la señorita Rigolette, inmediata á aquella, era fácil de reconocer, gracias á la galantería del pintor, el enemigo mortal de Mr. Pipelet.

Media docena de cupidillos mosfetudos, pintados con mucha facilidad y gracia segun el gusto de Wateau, se agrupaban al rededor de una especie de ornato alegórico, uno tenia un dedal, otro unas tigras, aquel una plancha, este un espejito de tocador: enmedio del adorno, sobre un fondo azul claro, se leían en letras color de rosa, *La señorita Rigolet, costurera*. Todo estaba guarnecido

con una girnalda de flores, que sobresalía perfectamente sobre el fondo verde claro de la puerta.

Este pequeño cuadro era muy gracioso, y formaba también un contraste admirable con la fealdad de la escalera.

A riesgo de irritar las heridas sangrientas de Alfredo, le dijo Rodolfo, mostrándole la puerta de la señorita Rigolette.

--Esto sin duda es obra de Mr. Cabrion?

--Sí, señor, ese caballerito se tomó la libertad de pintar esta puerta con indecentes mamarrachos de niños enteramente desnudos, que él llama los amores. A no ser por las súplicas de la señorita Rigolette y por la debilidad de Mr. Brazo-rojo, hubiera borrado todo como la muestra con que aquel monstruo obstruyó la puerta de vuestra habitación.

En efecto, una muestra cargada de colores, que parecía estar colgada de un clavo, se veía pintada sobre la puerta á manera de cuadro de engañifa.

Rodolfo siguió al portero á aquella habitación bastante espaciosa, precedida de un gabinete pequeño, y alumbrada por dos ventanas que daban á la calle del Temple, algunos borrones fantásticos pintados sobre la segunda puerta por Mr. Cabrion, habían sido escrupulosamente respetados por Mr. Germain.

Rodolfo tenía muchos deseos de habitar aquella casa para detenerse en alquilar esta vivienda; dió

pues modestamente cuarenta sueldos al portero, y le dijo.

Esta habitacion me conviene, aqui teneis la señal; mañana enviaré los muebles? No es necesario, que vea al inquilino principal, M. Brazor-rojo.

--No señor: no viene aqui sino de tarde en tarde, excepto para sus entruchadas con la tia Burette.... con quien se trata siempre directamente es conmigo, tan solo ecsigiré vuestro nombre.

--Rodolfo.

--Rodolfo.... de qué?

--Rodolfo nada mas, Mr. Pipelet.

--Eso es diferente; yo insistia por curiosidad; los nombres y las voluntades son libres.

--Decidme, Mr. Pipelet, mañana como vecino nvevo no deberé ir á ofrecerme á la familia Morel por si puedo ser útil en alguna cosa, pues mi predecesor, Mr. Germain, los ayudaba tambien segun sus medios?

--Si, señor; se puede; es verdad que esto no les servirá de gran cosa, puesto que se les echa: pero siempre los lisonjará.

Luego, como impresionado por una idea súbita, Mr. Pipelet exclamó mirando á su inquilino con aire fino y malicioso:

--Comprendo, comprendo; es un principio, para ir á echarla tambien de buen vecino en casa de la vecinita del lado.

--Pienso en ello!

--No hay en eso nada, malo, esa es la costumbre; y estoy seguro que la señorita Rigolette ha oído que se visitaba la vivienda, y que está en acecho para vernos bajar. Voy á hacer ruido espresamente al echar la llave; mirad bien al pasar por su puerta.

En efecto, Rodolfo advirtió que la puerta, tan graciosamente adornada con cupidillos de Wateau, estaba entreabierta, y distinguió vagamente, por la estrecha abertura, la punta de una pequeña nariz color de rosa y un ojo grande vivo y curioso; pero como contuvo el paso, se cerró la puerta repentinamente.

--Cuando os decía que nos escuchaba! dijo el portero; luego añadió:--Perdonad, excusad, caballero..... voy á mi pequeño observatorio.....

--¿Que es eso?

--En lo último de esta escalera de mano está la meseta que dá á la puerta de la guardilla de Morrel y detras un tabique en el cual hay un agujerito negro donde me pongo á observar..... veo su casa y los oigo como si estuviese allí dentro..... No lo hago, por espiarlos! justo cielo!..... Pero voy algunas veces á verlos como quien vá á un melodrama muy triste..... y al bajar á mi cuarto me hallo como en un palacio..... Pero, subid, si el corazon os lo ha dicho antes que se vayan..... Es triste pero curioso, porque cuando os ven, son como los salvages..... se incomodan.....

--Sois muy bueno, Mr. Pipelet, otro dia, ma-

ñana quizá me aprovecharé de vuestra oferta.

--Como gustéis.... pero es preciso que suba á mi observatorio porque necesito un pedazo de bandana.... si queréis bajar, os seguiré.

Y Mr. Pipelet comenzó á hacer por la escala una ascension peligrosa para su edad.

Rodolfo dirigió una mirada á la puerta de la señorita Rigolette, pensando que esta jóven, la antigua compañera de la pobre Guillabaora, sabia sin duda el retiro del hijo del Dómine, cuando oyó en el piso inferior salir á alguna persona de casa del saltimbanco; reconoció el paso lijero de una muger, y distinguió el crujido de un vestido de seda. Se paró Rodolfo un momento por discrecion.

Cuando no oia ya nada, bajó.

Llegado al segundo piso, vió y cojió un pañuelo en los últimos escalones, sin duda pertenecia á la persona que acababa de salir de la habitacion del saltimbanco.

Se acercó Rodolfo á una de las estrechas ventanas que alumbraban la escalera, examinó el pañuelo, magnificamente guarnecido de encages, tenia bordadas en unos de sus picos, una L y una N y sobre ellas una corona ducal.

El pañuelo estaba mojado de lágrimas....

El primer pensamiento de Rodolfo fué echar á andar de prisa, á fin de poder entregar el pañuelo á la persona que lo habia perdido; reflexionó que este paso parecia, en aquellas circuns-

tancias, una accion de curiosidad intempestiva; lo guardó, hallándose así, sin quererlo en la huella de una misteriosa y sin duda siniestra aventura.

Cuando llegó al cuarto de la portera, le dijo:

--No acaba de bajar una muger?

--Si, señor..... es una bella dama, alta y delgada, con un velo negro. Salia de la casa de Mr. Cesar..... El jorobado fue á buscar un coche, donde acaba de subir..... Lo que me admira es que este tunante se sentó en la trasera; quizá para ver donde va esta dama; porque es tan curioso como una urraca y tan vivo como un huron á pesar de su pie contrahecho.

Así, pensó Rodolfo, el nombre y la casa de esta señora serán quiza sabidos por el saltimbanco, en el caso en que hubiese mandado al jorobado seguir á la desconocida.

Y bien! os conviene la vivienda? preguntó la portera.

Me agrada mucho, la he tomado, y mañana enviaré los muebles.

--Dios os bendiga por haber pasado por nuestra puerta. Tendremos un famoso inquilino mas. Pareceis un buen muchacho, Pipelet os querrá pronto. Le hareis reir como le hacia Mr. Germain, el cual siempre tenia alguna cosa graciosa que decirle..... porque á este pobre hombre no le gusta mas que reirse; así piense que antes de un mes se-reis amigos.

--Vamos, me adulais, Mad. Pipelet.

--Nada de eso, lo que os he dicho es como si os manifestase mi corazón. Y si sois galante con Alfredo, os estaré reconocida; vereis vuestros muebles; soy una elegante para la limpieza; y si quereis comer con nosotros los Domingos, os guisaré cosas que os chupeis los dedos.

--Convenido, Mad. Pipelet, me cuidareis la casa, mañana traerán los muebles, y vendré à arreglar su colocacion.

Se fué Rodolfo.

Los resultados de su visita á la casa de la calle del Temple eran demasiado importantes, ya para la solucion del misterio que queria descubrir, ya por la noble curiosidad con que buscaba la ocasion de hacer el bien y de impedir el mal.

Tales eran estos resultados:

La señorita Rigolette sabia necesariamente la nueva habitacion de Francisco Germain hijo del Dómine.

Una jóven que, segun las apariencias, podia desgraciadamente ser la marquesa de Harville, habia dado al comandante, para el dia siguiente, una nueva cita que la perderia quizá para siempre.....

Y, por mil razones, Rodolfo tomaba el mas vivo interes por Mr. de Harville, cuyo reposo y honor parecian tan cruelmente comprometidos.

Un artesano honrado y laborioso, sumido en la mas horrorosa miseria, iba á ser, él y su familia, echados á la calle [por intermedio de Brazo-rojo.

En fin, Rodolfo habia involuntariamente descubierto algunos rastros de una aventura en que el saltimbanco Cesar Bradamanti (quizá el clérigo Polidori) y una muger que pertenecia sin duda á la mas alta sociedad eran los principales actores.

Ademas, la Tuerta, recientemente salida del hospital donde habia entrado despues de la escena del paseo de las Vindas, tenia inteligencias sospechosas con Mad. Burette, adivina y usurera, que ocupaba el segundo piso de la casa.

Habiendo recogido estas diversas noticias, Rodolfo entró en su casa calle de Plumet, dejando para el dia siguiente su visita á casa del escribano Santiago Ferrand.

Aquella misma noche, como se sabe; debia Rodolfo ir á un gran baile en la embajada de***

Antes de seguir á nuestro héroe en esta nueva escursion, echarémos una mirada retrospectiva sobre Tom y Sarah, personajes importantes de esta historia.

CAPITULO IV.

Tom y Sarah.



arah Seyton, entonces viuda del conde Mac-Gregor, y de edad de treinta y ocho años, era de una excelente familia escocesa é hija de un baronet.

Sarah, completamente hermosa, huérfana á los diez y siete años, dejó á Escocia con su hermano Tom Seyton de Halsbury.

Las absurdas predicciones de una vieja montañesa, su nodriza, habian escaltado casi hasta la demencia los dos vicios capitales de Sarah, el orgullo y la ambicion, prometiéndole, con una increíble persistencia de conviccion; los mas altos destinos..... por qué no decirlo? un destino soberano.

La jóven escocesa se habia dejado llevar de las predicciones de su nodriza, y se repetia sin cesar, para corroborar su fé ambiciosa; que una adivina habia tambien prometido una corona á la bella y excelente criolla que se sentó un dia en el trono do Francia y que fué reina por la gracia y por la bondad, como otras lo son por la razon y por la magestad.

Cosa estraal! Tom Seyton, tan supersticioso como su hermana, fomentaba sus locas esperanzas y habia resuelto consagrar su vida, á la realizacion del sueño de Sarah..... de aquel sueño tan deslumbrante como insensato.

Sin embargo el hermano y la hermana no eran tan ciegos que creyesen rigorosamente en la prediucion de la montañesa, y aspirasen absolutamente á un trono de primer órden; con tal que la bella escocesa ciñese un dia su frente imperiosa con una corona soberana, la orgullosa pareja cerraria los ojos atento á la importancia de las posesiones de aquella corona.

Con ayuda del almanaque de Gotha para el año de gracia de 1819, Tom Seyton hizo en el momento de dejar á Escocia una especie de cuadro sinóptico por años de las edades de todos los reyes y principales soberanos de la Europa, que no eran casados.

Aunque muy absurda, la ambicion de los hermanos estaba pura de todo medio vergonzoso; Tom debia ayudar á Sarah Seyton á udir la trama conyugal en que esperaba entlazar á una testa coronada cualquiera. Tom debia ir á medias en todos los ardidés, en todas las intrigas que podrian producir este resultado; pero hubiera matado á su hermana primero que verla ser dama de un príncipe, aun con la certeza de un casamiento reparador.

La especie de inventario matrimonial que re-

sultó de las investigaciones de Tom y de Sarah en el almanaque de Gotha, fué satisfactorio.

La confederacion germánica suministraba un numeroso contingente de jóvenes soberanos presuntos; Sarah era protestante; no ignoraba Tom la facilidad del matrimonio alemán llamado de la mano izquierda, matrimonio legítimo, con el cual se hubiera él resignado en el último extremo para su hermana. Se resolvió pues entre los dos ir desde luego á Alemania á comenzar la cacería.

Si este proyecto pareciese improbable, estas esperanzas insensatas, responderémos desde luego que una ambicion desenrenada, cesagerada por una creencia supersticiosa, raras veces cuida de ser razonable en sus designios, y no intenta sino lo imposible; sin embargo, recordándose ciertos hechos contemporáneos, desde los augustos y respetables matrimonios morgauáticos entre soberanos y súbditos, hasta la amorosa Odisca de mis Penelope y del príncipe de Capua, no se puede negar alguna probabilidad de feliz suceso á los sueños de Tom y de Sarah.

Añadirémos que esta reuña una maravillosa belleza, raras disposiciones por su talento y un poder de seducción tanto mas peligroso, cuanto que á un alma seca y dura, un talento hábil y maligno, un disimulo profundo, un carácter pertinaz y absoluto, reuña todas las apariencias de un alma generosa, ardiente y apasionada.

En lo físico su organizacion mentia tan per-

fidamente como en lo moral.

Sus grandes ojos negros, sucesivamente relumbrantes y lánguidos bajo sus cejas ebúrneas, podían fingir los incendios del deleite.... Y no obstante, las ardientes inspiraciones del amor no debían nunca hacer palpitár su helado pecho; ninguna sorpresa del corazón ó de los sentidos debían desbaratar los crueles cálculos de aquella muger astuta, egoísta y ambiciosa.

Al llegar al continente, Sarah, según consejos de su hermano, no quiso comenzar sus empresas antes de haber estado en París, donde deseaba pulir su educación, y domoñar su dureza británica con el trato de una sociedad llena de elegancia, de gracias y de libertad de buen gusto.

Sarah fué introducida en la mejor y en la mas grande sociedad, gracias á algunas cartas de recomendacion y al benévolo patronazgo de la embajadora de Inglaterra y del viejo marqués de Harville, que habia conocido en Inglaterra al padre de Tom y de Sarah.

Las personas falsas, frias, reflexivas, imitan con una prontitud maravillosa el lenguaje y las maneras mas opuestas á su carácter; en ellas todo es esterioridad, superficie, apariencia, corteza, barniz; así que se le penetra, así que se le descubre, son perdidas; tambien la especie de instinto de conservacion de que están dotadas las hace eminentemente propias para el disimulo moral. Se visten y desnudan con la preteza y habilidad

de un cómico consumado.

Es decir que á los seis meses de estar en París, hubiera Sarah podido apostárselas á la parisiense mas parisiense del mundo en la gracia picante de su talento, en el hechizo de su alegría, en la ingenuidad, en la coqueteria y en la sencillez provocativa de sus miradas castas y apasionadas á la vez.

Viendo á su hermana perfectamente armada, partió Tom con ella para Alemania, provisto de excelentes cartas de introduccion.

El primer Estado de la Confederacion-Germánica que se hallaba en el itinerario de Sarah era el gran ducado de Gerolstein, asi designado en el diplomático é intalible „almanaque de Gotha,, para el año de 1819.

GENEALOGIA DE LOS SOBERANOS DE LA EUROPA Y DE SU FAMILIA. GEROLSTEIN.

„Gran duque, Macsimiliano Rodolfo, nació el 10 de Diciembre de 1764. Succedió á su padre Carlos Federico Rodolfo, el 24 de Abril de 1786.
„--Viudo, Enero 1808, de Luisa, hija del príncipe Juan Augusto de Barglen „

HIJOS.

„Gustavo-Rodolfo, nacido el 17 de Abril de 1803. „

„La grande duquesa Judith, viuda del gran duque Cárlos Federico Rodolfo, el 21 de Abril de 1785.»

Tom, con bastante sentido, había en un principio inscrito en la lista los mas jóvenes de los principes que codiciaba para cuñados, pensando que la estremada juventud es mucho mas fácil de seducir que una edad madura. Por otra parte, lo hemos dicho, Tom y Sarah habian sido particularmente recomendados al gran duque reinante de Gerolstein por el viejo marqués de Harville, preocupado como todo el mundo, de Sarah, cuya hermosura, gracia y encanto natural no podia admirar suficientemente.

Es inútil decir que el heredero presunto del gran ducado de Gerolstein Gustavo Rodolfo, tenia apenas diez y ocho años cuando Tom y Sarah fueron presentados á su padre.

La llegada de la jóven escocesa fué un acontecimiento en aquella pequeña corte alemana, tranquila, sencilla, formal y por decirlo asi patriarcal. El gran duque, el mejor de los hombres, gobernaba sus estados con una firmeza sabia y una bondad paternal; nada mas materialmente, mas moralmente feliz que aquel principado; su poblacion laboriosa y grave, sobria y religiosa, ofrecia el tipo ideal del carácter aleman.

Estas buenas gentes disfrutaban de una felicidad tan profunda, estaban tan completamente satisfechos de su condicion, que la solícitud ilustrada del gran duque habia tenido poco que hacer para preservarlos de la mania de innovaciones.

En cuanto á los modernos descubrimientos, en cuanto á las ideas prácticas que pueden tener algun influjo saludable sobre el bienestar y sobre la moralizacion del pueblo, el gran duque se informaba de ellas y las aplicaba incesantemente, no teniendo, por decirlo asi, sus residentes cerca de las diferentes potencias de la Europa otra mision que la de tener á su amo al corriente de todos los progresos de las ciencias bajo el punto de vista de utilidad pública y práctica.

Lo hemos dicho, el gran duque tenia gran afecto y mucho reconocimiento al viejo marqués de Harville, que le habia prestado en 1815 inmensos servicios; tambien; gracias á la recomendacion de este último, Tom y Sarah Seyton de Halsbury fueron recibidos en la corte de Gerolstein con una distincion y una bondad muy particulares.

Quince dias despues de su llegada, Sarah, dotada de un profundo talento de observacion, penetró facilmente el carácter firme, honrado y franco del gran duque; antes de seducir al hijo, cosa infalible, quiso asegurarse sabiamente de las disposiciones del padre. Este parecia que amaba tan ciegamente á su hijo Rodolfo, que Sarah lo creyó

por un momento capaz de consentir en un casamiento desigual antes que ver á su querido hijo desgraciado para siempre. Pero prouto la escocesa se convenció de que aquel padre tan tierno no prescindiria nunca de ciertos principios, de ciertas ideas acerca de los deberes de los príncipes.

No era esto orgullo por parte suya; era conciencia, razon, dignidad.

Luego, un hombre de temple enérgico tanto mas afectuoso y bueno cuanto mas fuerte, no cede nunca nada de lo que toca á su conciencia, á su razon, á su dignidad.

Sarah estuvo á punto de renunciar á su intento, á vista de estos obstáculos casi invencibles; pero reflexionando que en compensacion Rodolfo era muy jóven. que se alababa generalmente su amabilidad, su bondad, su carácter á la vez tímido y extravagante, creyó al jóven príncipe débil, irresoluto; persistió pues en su proyecto y en sus esperanzas.

En esta ocasion su conducta y la de su hermano fueron una obra maestra de habilidad.

La jóven supo conciliarse á todo el mundo, y sobre todo las personas que hubieran podido tener celos ó envidia de sus ventajas: hizo olvidar su belleza, sus gracias, llegó á ser el ídolo no solamente del gran-duque, sino de su madre, la gran-duquesa viuda Judith, que, á pesar ó á causa de sus noventa años amaba locamente todo lo que era jóven y encantador.

Muchas veces Tom y Sarah hablaron de su partida. Nunca el Soberano de Gerolstein quiso consentir en ello, y, para atraerse del todo al hermano y á la hermana, suplicó al baronet Tom Seyton de Halsbury y aceptase el empleo vacante de primer caballero, y pidió á Sarah no dejase á la gran-duquesa Judith, que no podía pasar sin ella.

Después de numerosas perplejidades, combatidas por las mas urgentes influencias, Tom y Sarah aceptaron estas brillantes proposiciones, y se establecieron en la corte de Gerolstein, donde habian llegado dos meses antes.

Sarah, excelente músico, sabiendo el gusto de la gran duquesa por los maestros antiguos y entre otros por Gluck, hizo venir las obras de este hombre ilustre, y fascinó á la vieja princesa con su agotable complacencia y con el superior talento con que le cantaba aquellas antiguas arias, de una belleza tan sentida, tan espresiva.

Tom, por su lado, supo hacerse muy útil en el empleo que el gran duque le habia confiado. El escocés conocia perfectamente los caballos, tenia mucho orden y firmeza, en poco tiempo transformó casi completamente el servicio de las caballerizas del gran duque, servicio que la negligencia y la rutina habian casi desorganizado.

El hermano y la hermana fueron pronto amados, festejados y atendidos en aquella corte. La preferencia del amo determinó las preferencias secundarias. Sarah necesitaba, para sus futuros pro-

yectos, muchos puntos de apoyo, para no emplear su hábil seducción en hacerse partidarios. Su hipocresía, revestida de las formas más atractivas, engañó fácilmente á la mayor parte de aquellos honrados alemanes, y un afecto verdadero consagró pronto el excesivo cariño del gran duque.

He aquí á nuestra pareja establecida en la corte de Gerolstein, perfecta y honorablemente colocada, sin que se hubiese hablado un momento de Rodolfo. Por un acaso feliz, algunos días después de la llegada de Sarah, este último había partido para una inspección de tropas con un edecán y el fiel Murph.

Esta ausencia, doblemente favorable para las miras de Sarah, le permitió disponer á su placer los primeros hilos de la trama que urdía sin ser incomodada por la presencia del jóven príncipe, cuya admiración muy marcada hubiera quizá despertado los temores del gran duque.

Este, en la ausencia de su hijo, no pensó por desgracia que acababa de admitir en su intimidad á una jóven de rara hermosura, de talento encantador, que debía encontrarse con Rodolfo cada instante del día.

Sarah, fué interiormente insensible á la acogida tan tierna, tan generosa, á la noble confianza con que se la introducía en el corazón de aquella familia soberana.

Ni esta jóven ni su hermano retrocedieron un momento de sus malos designios; venían á sabicu-

das á introducir la disension y la pena en aquella córte pacífica y feliz. Calculaban friamente los resultados probables de las crueles divisiones que iban á sembrar entre un padre, y un hijo hasta entonces afectuosamente unidos.

CAPITULO V.

Sir Walter Murph, y el Clérigo Polidori.



Rodolfo, durante su infancia, habia sido de complecion muy delicada. Su padre hizo el siguiente razonamiento, extravagante en la apariencia, en el fondo muy sensato.

Los caballeros de lugar ingleses son generalmente notables por una salud robusta. Estas ventajas sirven mucho para su educacion física; sencilla, recia, agreste, desarrolla su vigor. Rodolfo vá á salir de las manos de las mugeres; su complecion es delicada; quizá, habituando este niño á vivir como los hijos de un arrendatario inglés (salvo algunos miramientos), se fortificaria su constitucion.

El gran-duque hizo buscar en Inglaterra un

hombre digno y capaz de dirigir esta especie de educacion fisica; Sir Walter Murph muestra atlética del caballero del lugar de Yorkshire, fué encargado de este importante servicio. La direccion que dió al jóven principe correspondió perfectamente á las intenciones del gran-duque.

Murph y su discipulo habitaron, durante muchos años, una deliciosa alqueria situada en medio de los campos y de los bosques, á algunas leguas de la ciudad de Gerolstein; en la posicion mas pintoresca y mas saludable.

Rodolfo, libre de toda etiqueta, ocupandose con Murph en trabajos agrícolas proporcionados á su edad, hizo la vida sobria, varonil y arreglada de los campos, teniendo por placeres y por distracciones los egercicios violentos, la lucha, la equitacion, la caza.

En medio del aire duro de los prados, de los bosques y de los montes, el jóven principe pareció trasformarse, creció vigoroso como un roble, su palidez un poco enfermiza cedió el lugar á los brillantes colores de la salud; aunque siempre esbelto y nervudo, salió victorioso de las mas recias fatigas; la destreza, la enerjia, el valor, supliendo lo que le faltaba de poder muscular, pudo pronto luchar con ventaja contra los jóvenes de mucha mas edad que él; tenia entonces unos quince ó diez y seis años.

Su educacion científica se habia necesariamente resentido de la preferencia dada á la edu-

cacion física.

El buen Walter Murph no era sabio; no pudo dar á Rodolfo sino algunos primeros conocimientos; pero nadie mejor que él podía inspirar á su discípulo la conciencia de lo que era justo, honrado, y generoso; el horror á lo bajo, vil, ruin.

Estos aborrecimientos, estas admiraciones enérgicas y saludables se arraigaron para siempre en el alma de Rodolfo; mas adelante, estos principios fueron violentamente conmovidos por la borrasca de las pasiones, pero nunca fueron arrancados de su corazón..... El rayo hiere destreza y rompe un árbol sólido y profundamente plantado; pero la sabia corre siempre en sus raíces; mil verdes ramas brotan pronto de aquel tronco, que parecia seco.

Murph dió á Rodolfo, si puede decirse, la salud del cuerpo y la del alma; lo hizo robusto, ágil y valiente, simpático á lo que era bueno y benéfico, antipático á lo malo y perverso.

Cumplida así admirablemente su tarea, el escudero, llamado á Inglaterra por graves intereses, dejó á Alemania por algun tiempo, con gran sentimiento de Rodolfo, que lo amaba tiernamente.

Murph debia volver á fijarse definitivamente en Gerosstein, con su familia, cuando algunos negocios muy importantes para él se hubiesen terminado. Esperaba que su ausencia duraria á lo mas un año.

Asegurado acerca de la salud de su hijo, pen-

só el gran-duque sériamente en la instruccion de este heredero querido.

Cierto clérigo, César Polidori, fisiólogo afamado, médico distinguido, historiador, erudito, sabio versado en el estudio de las ciencias esactas y físicas, fué encargado de cultivar, de fecundar el suelo rico pero virgen, tan perfectamente preparado por Murph.

Esta vez la eleccion del gran-duque fué bien desgraciada, ó mas bien fué cruelmente engañado por la persona que le presentó el clérigo y le hizo aceptar, á un clérigo católico, por preceptor de un príncipe protestante. Esta innovación pareció á muchas personas una enormidad, y generalmente de un funesto presagio para la educacion de Rodolfo.

El acaso ó mas bien el abominable carácter del clérigo realizó una parte de estas tristes predicciones.

Impio, embustero, hipócrita, despreciador sacrilego de lo que habia de mas sagrado entre los hombres, lleno de astucia y de travesura, disimulando la mas peligrosa inmoralidad, el mas espantoso escepticismo; bajo una corteza austera y religiosa; esagerando una falsa humildad cristiana para encubrir su arte insinuante, lo mismo que una benevolencia expansiva, un optimismo ingenuo, para ocultar la perfidia de sus adulaciones interesadas; conociendo profundamente á los hombres, ó mas bien no habiendo conocido sino la

parte mala, sino las pasiones vergonzosas de la humanidad, el clérigo Polidori era el mas detestable Mentor que podia darse á un jóven.

Rodolfo, abandonando con estremo pesar la vida independiente, animada, que habia pasado hasta entonces al lado de Murph, para ir á palidecer sobre los libros y someterse á los ceremoniosos usos de la córte de su padre, cobró desde un principio aversion al clérigo.

Esto debia suceder.....

Al dejar á su discipulo, el pobre escudero lo comparó, no sin razon, con un potro silvestre lleno de gracia y de fuego, que se le sacaba de los hermosos prados donde se holgaba libre y contento para ir á someterse al freno, á la espuela y enseñarle á moderar, á utilizar las fuerzas que no habia hasta entonces empleado sino en correr y saltar á su capricho.

Rodolfo manifestó al clérigo desde un principio que no tenia ninguna vocacion al estudio, que tenia antes de todo necesidad de egercitar sus brazos y sus piernas, de respirar el aire de los campos, de correr los bosques y los montes; una buena escopeta y un buen caballo le parecian preferibles á los mas bellos libros de la tierra.

El clérigo respondió á su discipulo que nada habia en efecto mas fastidioso que el estudio; pero que nada habia mas grosero que los placeres que él preferia al estudio, placeres dignos de un rápido colono aleman..... é hizo una pintura tan

burlesca, tan chocarrera de aquella vida sencilla y agreste, que, por primera vez, se avergonzó Rodolfo de haber sido tan feliz; entonces preguntó sencillamente al clérigo, en qué podía pasar su tiempo, sino amaba ni el estudio, ni la caza, ni la vida libre de los campos.

El clérigo le respondió que mas tarde le instruiria de ello.

Bajo otro punto de vista, las esperanzas de este clérigo eran tan ambiciosas como las de Sarah.

Aunque el gran ducado de Gerolstein no fuese sino un estado de segundo orden, el clérigo se habia imaginado ser un dia el Richelieu de él, y adiestrar á Rodolfo en el papel de príncipe harágan.

Comenzó pues por tratar de hacerse agradable á su discipulo y hacerle olvidar á Murph, á fuerza de condescendencia y de obsequios. Rodolfo, continuando en su resistencia á las ciencias, el clérigo disimuló al gran-duque la repugnancia del jóven príncipe al estudio; encomió por el contrario su asiduidad, sus admirables progresos; y algunos interrogatorios concertados de antemano entre él y Rodolfo, pero que parecian muy improvisados, mantuvieron al gran-duque es preciso decirlo, muy poco inteligente, en su ceguedad y confianza.

Poco á poco el desapego que el clérigo habia inspirado á Rodolfo se cambió por parte del jóven príncipe en una familiaridad cortés muy di-

ferente del afecto serio que tenia á Murph.

Poco á poco Rodolfo se encontró unido al clérigo (aunque por causas muy inocentes) por la especie de compromiso que une á dos cómplices. Debia temprano ó tarde despreciar á un hombre del carácter y de la edad de aquel clérigo que menta indignamente para escusar la pereza de su discípulo.....

El clérigo sabia esto.

Pero tambien sabia que, el que desde luego no se aleja con disgusto de los seres corrompidos, se habitua á pesar suyo á ellos, insensiblemente se les llega á escuchar, sin vergüenza y sin indignacion, burlarse y ájar lo que se veneraba en otro tiempo.

El clérigo era ademas bastante fino para chocar de frente contra algunas nobles convicciones de Rodolfo, fruto de la educacion de Murph. Despues de haber redoblado las burlas acerca de la rusticidad del pasatiempo de los primeros años de su discípulo, el clérigo, medio deponiendo su máscara de austeridad, despertó vivamente su curiosidad por confianzas á medias, acerca de la existencia deliciosa de ciertos príncipes de los tiempos pasados; en fin, cediendo á las instancias de Rodolfo, despues de infinitas miramientos y muy vivas chanzas acerca de la gravedad ceremoniosa de la corte del gran-duque, el clérigo inflamó la imaginacion del jóven principe con las relaciones ecsajeradas y ardientemente coloreadas de los pla-

ceres y las galanterias que habian ilustrado los reinados de Luis XIV, del Rejente y sobre todo de Luis XV, el héroe de Cesar Polidori.

Afirmaba á este desgraciado niño, que lo escuchaba con una avidez funesta, que los deleites, aun excesivos, léjos de desmoralizar á un príncipe felizmente dotado, lo hacian por el contrario clemente y generoso, por la razon de que las buenas almas nunca están mejor predisuestas á la benevolencia y al efecto que cuando son felices.

Luis XV *el bien amado* era una prueba irrecusable de esta asercion.

Y tambien, decia el clérigo, que los grandes hombres de los tiempos antiguos y modernos habian ampliamente sacrificado al epicurismo mas refinado, desde Alcibiades hasta Mauricio de Sajonia, desde Antonio hasta el gran Conde, desde César hasta Vendome.

Semejantes conversaciones debian hacer espantosos estragos en un alma jóven, ardiente y virgen; ademas, el clérigo traducia elocuentemente á su discipulo las odas de Horacio en que este raro genio ecsaltaba las muelles delicias de una vida enteramente delicada al amor y á las sensualidades esquisitas. A veces, para encubrir el peligro de estas teorias y satisfacer lo que habia sustancialmente de generoso en el caracter de Rodolfo, el clérigo lo embaucaba con las mas deliciosas utopias.

Decia que un príncipe inteljente y voluptuoso podia mejorar los hombres con el placer; mora-

rizarlos con la felicidad, y atraer á los mas incrédulos al sentimiento religioso, ecsaltando su gratitud para con el Criador que, en el órden material, colmaba al hombre de gozes con una inagotable prodigalidad.

Gozar de todo y siempre era, segun el clérigo, glorificar á Dios en la magnificencia y en la eternidad de sus dones.

Estas teorías fructificaron.

En medio de esta córte arreglada y virtuosa, habituada, por el ejemplo del soberano, á los placeres honestos, á las distracciones inocentes, Rodolfo, instruido por el clérigo, soñaba ya con las noches de Versalles, las orgias de Choisy, los violentos deleites del parque de los ciervos, y otras veces, por contraste, con algunos amores romancescos.

El clérigo no habia dejado nunca de demostrar á Rodolfo que un príncipe de la confederacion germánica no podia tener otra pretension militar que la de enviar su contingente á la Dieta.

Ademas el espíritu del siglo no estaba ya por la guerra.

Pasar deliciosa y perezosamente sus días en medio de las mugeres y de la demasiada delicadeza del lujo, descansar sucesivamente de la embriaguez de los placeres sensuales en los deliciosos recreos de las artes, buscar alguna vez en la caza, no como el silvestre Nemrod, sino como inteligente epicúreo, las fatigas pasajeras que aumentan el en-

canto de la indolencia y de la pereza....

Tal era, según el clérigo, la sola vida posible para un príncipe que, (oh! colmo de la felicidad!) hallaba un primer ministro capaz de sacrificarse valerosamente á la fastidiosa y pesada carga de los negocios del Estado.

Rodolfo, dejándose llevar á suposiciones que nada tenían de criminales porque no salían del círculo de las probabilidades fatales, se proponía, cuando Dios llamase á sí al gran-duque su padre, dedicarse á esta vida que el clérigo Polidori le pintaba bajo tan ardiente y tan risueños colores, y tener á este clérigo por primer ministro.

Lo repetimos, Rodolfo amaba tiernamente á su padre, y lo hubiera sentido profundamente aunque su muerte le hubiese permitido hacer el Sardanápalo. Es inútil decir que el joven guardaba el mas profundo secreto atento á las esperanzas que fermentaban en él.

Sabiendo que los héroes predilectos del gran-duque era Gustavo-Adolfo, Carlos XII y el gran Federico (Maximiliano-Rodolfo tenía el honor de pertenecer muy de cerca á la casa real de Brandebourg), Rodolfo pensaba con razon que su padre, que profesaba una admiracion profunda á aquellos reyes capitanes siempre con las botas y las espuelas puestas, cabalgando y guerreando, miraria á su hijo como perdido si lo creyese capaz de querer reemplazar en su corte la gravedad tudezca con las costumbres débiles y licenciosas de la

Referencia. Un año..... diez y ocho meses se pasaron así; Murph no estaba de vuelta, pero anunciaba próximamente su llegada.

Vencida su primera repugnancia por la obsesividad del clérigo, Rodolfo se aprovechó de las lecciones científicas de su preceptor, y adquirió sino una instrucción muy estensa, á lo menos conocimientos superficiales, que, unidos á un talento natural, vivo y sagaz, le permitían pasar por mucho más instruido de lo que realmente estaba, y hacer honor á los desvelos del clérigo.

Murph volvió de Inglaterra con su familia, y lloró de alegría al abrazar á su antiguo discípulo.

Al cabo de algunos días, sin poder penetrar la razón de un cambio que le afligía profundamente, el digno escudero encontró á Rodolfo frío, afectado con él y casi irónico, cuando le recordó su vida ruda y agreste.

Cierto de la bondad natural del corazón del joven príncipe, advertido por un secreto presentimiento, Murph le creyó momentáneamente pervertido por la perniciosa influencia del clérigo Polidori á quien detestaba por instinto, y á quien se prometía observar atentamente.

Por su parte, el clérigo, vivamente contrariado por la vuelta de Murph, cuya franqueza, buen sentido y penetración temía, no tuvo más que un pensamiento, el de perder al caballero en el ánimo de Rodolfo.

En esta época es cuando Tom y Sarah fueron presentados y acogidos en la corte de Gerolstein con la mas estremada distincion.

Algun tiempo antes de su llegada, habia Rodolfo salido con un edecan para inspeccionar las tropas de algunas guarniciones. Siendo esta escursion enteramente militar, habia el gran duque juzgado conveniente que el maestro no fuese á este viage. El clérigo, con gran sentimiento, vió á Murph volver á ejercer por algunos dias sus antiguas funciones cerca del jóven principe.

El escudero contaba mucho con esta ocasion para enterarse de la causa de la frialdad de Rodolfo. Por desgracia, este, sabiendo ya el arte de disimular, y creyendo peligroso dejar penetrar sus proyectos futuros á su Mentor, estuvo con él muy cordial, fingió echar menos el tiempo de su primera juventud y sus rústicos placeres, y le tranquilizó casi completamente.

Decimos *casi*, porque ciertos afectos tienen un instinto admirable. A pesar de las muestras de afecto que le daba el jóven principe, presentia Murph vagamente que habia algun secreto entre ellos dos; en vano quiso aclarar sus sospechas; sus tentativas se frustraron ante la doblez precoz de Rodolfo.

Durante este viage no estuvo el clérigo ocioso.

Los intrigantes se descubren y se reconocen por ciertos signos misteriosos, que les permiten observarse hasta que su interes los decide á una alian-

za ó á una hostilidad declarada.

Algunos días despues de establecida Sarah y su hermano en la córte del gran-duque, Tom estaba particularmente unido con el clérigo Polidori.

Este declaraba con un odioso cinismo, que tenia una afinidad natural casi involuntaria con los trapaceros y con los malvados, asi, decia él, sin descubrir positivamente el fin á que aspiraban Tom y Sarah, se encontraba atraido hácia ellos por una simpatia muy viva para no suponerles algun designio diabólico.

Algunas preguntas de Tom Seyton acerca del caracter y de los antecedentes de Rodolfo, preguntas insignificantes para un hombre menos despierto que el clérigo, lo enteraron de las tendencias del hermano y de la hermana; no creyó en la jóven escocesa miras á la vez honestas y ambiciosas.

La venida de esta encantadora jóven pareció al clérigo un juego de la suerte; Rodolfo tenia la imaginacion inflamada de amorosas quimeras; Sarah debia ser la realidad maravillosa que reemplazase á tantos sueños deliciosos; porque, pensaba el clérigo, que antes de llegar á la eleccion en el placer, y á la variedad en el deleite, se comienza casi siempre por una aficion única y romancesca. Luis XIV y Luis XV no fueron quizá fieles sino á Maria Mancini y á Rosa de Arcy.

Segun el clérigo, sucederia asi á Rodolfo y á

la jóven escocesa. Esta adquiriria sin duda una inmensa influencia, sobre un corazon sometido al hechizo delicioso de un primer amor: dirigir, esplotar esta influencia, y servirse de ella para perder á Murph para siempre, tal fué el plan del elérigo.

Como hombre hábil, hizo perfectamente entender á los dos ambiciosos que seria preciso contar con él, siendo el solo responsable al gran-duque de la vida privada del jóven príncipe.

Habia mas; era menester desconfiar de un antiguo preceptor de este último, que lo acompañaba entonces en una inspeccion militar; este hombre toseco, grosero, lleno de preocupaciones absurdas habia tenido en otro tiempo una grande autoridad sobre el animo de Rodolfo, y podia llegar á ser un vigilante peligroso, y lejos de escusar á de tolerar los necios y gratos errores de la juventud, se miraria como obligado á denunciarlos á la severa moral del gran-duque.

Tom y Sarah se comprendieron á la media palabra aunque no hubiesen en nada instruido al elérigo de sus secretos designios. A la vuelta de Rodolfo y del escudero, todos tres, reunidos por su interes comun, se habian tácitamente coligado contra Murph, su mas terrible enemigo.

CAPITULO VI.

Un primer amor.



o que debía suceder..... sucedió.

Cuando volvió Rodolfo, viendo todos los días á Sarah, llegó á enamorarse perdidamente de ella, pronto le manifestó esta que participaba de su amor, aunque debiese, según proveia, causarle violentas penas..... Nunca podian ser felices! Los separaba una gran distancia! También recomendó á Rodolfo la mas profunda discrecion, por temor de despertar las sospechas del grau-duque, que seria incesorable, y los privaria de su sola felicidad, la de verse todos los dias.

Rodolfo prometió ser circunspecto y ocultar su amor. La escocesa era muy ambiciosa, y estaba muy segura de sí misma para comprometerse y descubrirse á los ojos de la córte. El jóven príncipe conócía tambien la necesidad de ser disimulado. Imitó la prudencia de Sarah. El secreto fué guardado perfectamente por espacio de mucho tiempo.

Cuando el hermano y la hermana vieron la pasion desenfrenada llegada á su parasismo, y la

esaltacion creciente mas difícil de contenerse cada dia, á punto de estallar y de perderlo todo, dieron el gran golpe.

Al clérigo, que autorizaba estas relaciones de moralidad, hizo Tom las primeras insinuaciones acerca de la necesidad de un casamiento entre Rodolfo y Sarah; si no, añadía muy sinceramente, él y su hermana dejarían inmediatamente á Gerolstein.... Sarah participaba del amor del príncipe, pero prefería la muerte al deshonor, y no podía ser sino la mujer de S. A.

Estas pretensiones dejaron estupefacto al clérigo: no había creído que Sarah fuese ambiciosa tan andazmente. Semejante matrimonio, cercado de dificultades sin número, de peligros de todas clases, pareció imposible al clérigo: dijo francamente á Tom las razones porque el gran-duque no consentiría en semejante union.

Tom aceptó estas razones, reconoció su importancia; pero propuso, como un *mezzo término* que podía conciliarlo todo, un casamiento secreto en regla, y declarado después de la muerte del gran-duque reinante.

Sarah pertenecía á una noble y antigua casa; á semejante union no le faltaban precedentes; Tom dió al clérigo, y por consiguiente al príncipe, ocho dias para decidirse: su hermana no soportaría mas tiempo las crueles angustias de la incertidumbre; si le fuese preciso renunciar al amor de Rodolfo, tomaría esta dolorosa resolu-

tion lo mas pronto posible.

Al fin de dar un colorido á la pronta partida que entonces debia seguirse, habia Tom, en todo caso, enviado, segun se decia, á uno de sus amigos, de Inglaterra, una carta que debia écharse en el correo en Lóndres para Alemania: esta carta contendria los motivos de su vubita suficientemente poderosos para que Tom y Sarah se viésen obligados á dejar, por algun tiempo, la corte del gran-duque.

Esta vez, al menos, el clérigo, servido por su mala opinion de la humanidad, descubrió la verdad.

Buscando siempre una segunda intencion en los sentimientos mas honrados, cuando supo que Sarah queria legitimar su amor con un matrimonio, vió en ello una prueba no de virtud, sino de ambicion; apenas hubiera creido en el desinterés del amor de la jóven, si esta hubiese sacrificado su honor á Rodolfo, como la habia en un principio creido capaz de ello, suponiéndole solamente la intencion de ser la querida de su discipulo.

Cierto de no haberse equivocado acerca de las miras de Sarah, el clérigo quedó muy perplejo. Además, el deseo que inanicestaba Tom en nombre de su hermana era de los mas honrosos. ¿Qué pedia? O una separation ó una union legítima.

A pesar de su cinismo, el clérigo no se habia atrevido á dejar de admirarse delante de Tom de

los honrosos motivos que parecían dictar la conducta de este último, ni á decirle sin rebozo que él y su hermana habían trabajado hábilmente para conducir al príncipe á un matrimonio desproporcionado.

El clérigo tenía tres partidos que tomar:

Advertir al gran-duque de esta trama matrimonial.

Abrir los ojos de Rodolfo acerca de las maquinaciones de Tom y Sarah.

Dar la mano á este matrimonio.

Pero:

Prevenir al gran-duque, era enagenarse para siempre al heredero presunto de la corona.

Instruir á Rodolfo de las miras interesadas de Sarah, era esponerse á ser recibido como recibe un enamorado, cuando se vá á rebajar el valor del objeto querido; y luego qué terrible golpe para la vanidad ó para el corazón del jóven príncipe... revelar le que se querían desposar con su autoridad soberana; y en fin, cosa estraña ir el clérigo á vituperar la conducta de una jóven que quería quedar pura y no conceder sino á su esposo los derechos de un amante!

Prestándose á lo contrario, se atraía el clérigo al príncipe y su mujer por un vínculo de profundo reconocimiento, ó al menos por la mancomunidad de un acto peligroso.

Todo, sin duda, podía descubrirse, y se esponía entónces á la cólera del gran-duque; pero el

matrimonio estaria concluido, la union seria válida, la tormenta pasaria, y el futuro soberano de Gerolstein se hallaria tanto mas ligado con el clérigo cuanto mas peligros hubiese corrido por servirlo.

Despues de maduras reflexiones, se decidió pues, á servir á Sarah, sin embargo con una restriccion de que hablaremos mas adelante.

La pasion de Rodolfo habia llegado á su último periodo; violentamente ecsasperado por la fuerza y por las habilísimas seducciones de Sarah, que parecia sentir aun mas que él los obstáculos insuperables que el honor y el deber oponian á su felicidad..... Algunos dias mas, y el jóven principie se despeñaria.

Era su primer amor, un amor tan ardiente como natural, tan confiado como apasionado; para escitarlo, habia Sarah desplegado los recursos infernales de la mas refinada coqueteria. No, nunca las conmociones virjenes de un jóven lleno de ánimo, de imaginations y de llama, fueron irritadas por mas tiempo, ni mas sábiamente; nunca ha habido mujer mas peligrosamente atractiva que Sarah..... Sucesivamente jugetona y triste, casta y apasionada, púdica y provocativa; sus grandes ojos negros, lánguidos y abrasadores encendieron en el alma de Rodolfo un fuego inestinguible.

Cuando el clérigo le propuso no ver nunca á esta jóven, á poseerla por un casamiento secreto, se lanzó Rodolfo al cuello del clérigo, le lla-

mó su salvador, su amigo, su padre. Si el templo y el ministro hubiesen estado allí, el joven príncipe se hubiera casado al instante.

El clérigo quiso, por interés, encargarse de todo.

Buscó un ministro, los testigos, y la union (todas sus formalidades fueron cuidadosamente observadas y comprobadas por Tom) se celebró secretamente durante una corta ausencia del gran-duque, llamado á una conferencia de la Dieta germánica.

Las predicciones de la montañesa escocesa estaban realizadas: Sarah se casó con el heredero de una corona.

Sin amortiguar los fuegos de su amor, la posesion hizo á Rodolfo mas circunspecto y calmó la violencia que podia haber comprometido el secreto de su pasion á Sarah. La joven pareja, protegida por Tom y por el clérigo, se entendió tan bien, guardó tanta reserva en sus relaciones, que se ocultaron á los ojos de todos.

Durante los tres primeros meses de su matrimonio, fué Rodolfo el mas feliz de los hombres; cuando sucediendo la reflexion al atractivo, contempló su posicion á sangra fria, no sintió haberse ligado á Sarah con un lazo indisoluble; renunció sin pesar para lo sucesivo aquella vida galante, voluptuosa, afeminada, que en un principio habia ideado é hizo con Sarah los mas bellos proyectos del mundo acerca de su futuro reinado.

En estas lejanas hipótesis, el papel de primer ministro, que el clérigo se había destinado *in petto*, disminuía mucho en importancia. Sarah se reservaba sus funciones gubernamentales: demasiado imperiosa para no ambicionar el poder y la dominación, esperaba reinar en el lugar de Rodolfo.

Un acontecimiento esperado con impaciencia por Sarah cambió pronto esta calma en tempestad.

Llegó á ser madre.

Entonces se manifestaron en esta muger ec-sijencias enteramente nuevas y espantosas para Rodolfo; le declaró, desecha en lágrimas hipócritas, que no podía soportar la sujecion en que vivía, sujecion que su preñez hacia mas penosa aun.

Proponia resueltamente á Rodolfo declarar todo al gran-duque: este habia, como tambien la gran duquesa madre, cobrado cada vez mas afecto á Sarah. Sin duda, añadía ella, se indignará en un principio, se enfadará, pero ama tan ciegamente á su hijo; tenia tanto afecto á Sarah, que el enojo paternal se apaciguaria poco á poco, y ocuparía ella en la corte de Gerolstein el puesto que le pertenecía, por dos lados, pues iba á dar un hijo al heredero presunto del gran-duque.

Estas pretensiones espantaron á Rodolfo; conocia el profundo afecto que su padre profesaba á Sarah; pero no se le ocultaba tampoco la inflexibilidad de los principios del gran duque respec-

para parecerse al vencedor de la serpiente Pithou!

--Perdonadlo, Monseñor; no lo abruméis más con el peso de esa mitología, dijo Murph riéndose; salgo fiador á V. A. que en mucho tiempo tendrá cuidado de no decir.... una adulacion, pues en el nuevo vocabulario de Gerolstein la palabra verdad se traduce así.

--Cómo! tu tambien, viejo Murph? en este momento te atreves....

--Monseñor, este pobre de Graun me aflige.... deseo participar de su castigo.

--Señor carbonero ordinario mio, este es un sacrificio á la amistad que os honra; pero, seriamente, mi querido Graun, cómo olvidais que no permito adulaciones sino á de Harmeins y á sus semejantes; porque, es menester ser justo, no podrian decir otra cosa; es el canto de sus plumas; pero un hombre de vuestro gusto y de vuestro talento!.... vaya! baron.

--Pues bien! monseñor, dijo resueltamente el baron, hay mucho orgullo en que V. A. me perdone, segun vuestra aversion á las alabanzas.

--En buen hora! baron, mejor quiero eso, es-
plicas.

--Pues bien, Monseñor, esto es absolutamente como si una mujer muy linda dijese á uno de sus admiradores; Dios mio, sé que soy hechicera: vuestra aprobacion es vana y fastidiosa. ¿De qué sirve afirmar la evidencia? ¿Se grita por las calles: el sol alumbra?

--Esto es mas hábil y mas peligroso; tambien para variar vuestro suplicio, os confesaré que el infernal clérigo Polidori no hubiera hallado cosa mejor para disimular el veneno de la adulacion.

--Monseñor; me; calle.

--Asi. V. A., dijo seriamente Murph, dudará ahora que sea ese clérigo el que se ha encontrado bajo los exteriores de saltimbanco?

--No lo dudo, pues estabais prevenido que habia algun tiempo se hallaba en Paris.

--Se me habia olvidado ó mas bien habia omitido hablaros de él, Monseñor, dijo tristemente Murph, porque sé cuan odioso es á V. A. la memoria de ese clérigo.

Las facciones de Rodolfo se entristecieron de nuevo y sumido en tristes reflexiones guardó silencio hasta el momento en que el coche entró en el patio de la embajada.

Todas las ventanas de esta grande casa brillaban iluminadas en medio de la oscura noche: una hilera de lacayos en grande librea se estendia desde el portico y las antesalas hasta los salones de recibimiento donde estaban los criados de escalera arriba; habia un lujo imponente y real.

El conde*** y la condesa*** habian tenido la atencion de estar en su primer salon de recibimiento hasta la llegada de Rodolfo. Entró este luego seguido de Murph y de Mr. de Graun.

Rodolfo tenia entonces treinta y tres años; pero la perfecta regularidad de sus facciones, ya lo

hemos dicho quizá demasiado bellas para un hombre, el aire de dignidad afable esparcido en toda su persona, le hubieran siempre hecho en extremo notable; aun cuando estas ventajas no hubiesen estado realzadas con el augusto brillo de su clase.

Cuando se presentó en el primer salon de la embajada, parecia transformado, no era la fisonomia camorrista, el paso vivo y atrevido del pintor de abanicos, vencedor del Choro, no era el chocarrero dependiente de comercio que simpatizaba tan alegremente con los infortunios de Mad. Pi-pelet.....

Era un príncipe en la idealidad poética de la palabra.

Rodolfo tiene la cabeza erguida y altanera, cabellos castaños, naturalmente rizados, guarnecen su ancha frente noble y franca, su mirada está llena de amabilidad y de dignidad; si habla á alguno con la graciosa benignidad que le es natural, su sonrisa, llena de encanto y de finura; deja ver sus esmaltados dientes que la tez oscura de su leve vigote hace aun mas deslumbrantes; sus patillas negras guarneciendo el óvalo perfecto de su cara pálida, descienden hasta por debajo de su barba partida y un poco saliente.

Rodolfo está vestido muy sencillamente. Su corbata y su chaleco son blancos; un frac azul, en cuyo costado izquierdo brilla una placa de diamantes, delinea su talle, tan fino como elegante y flexible; en fin alguna cosa de varonil, de resuel-

to en su planta corrige lo que quizá hay de demasiado agradable en su gracioso conjunto.

Rodolfo iba tan poco al mundo, tenía el aire tan de príncipe, que su llegada produjo cierta sensación; todas las miradas se dirijieron á él. cuando se presentó en el primer salon de la embajada acompañado de Murph y del baron de Graau que se mantenian á algunos pasos detras de él.

Un dependiente, encargado en avisar cuando llegase fue al momento á avisárselo á la condesa**;

esta y su marido se adelantaron á recibir á Rodolfo, diciéndole:

--No sé cómo espresar á V. A. mi reconocimiento por el favor con que se digna honrarnos hoy.

--Sabeis, señora embajadora, que siempre he sido solícito en obsequiaros, y muy afortunado en poder decir al señor embajador cnanto le aprecio; porque somos conocidos antiguos, señor conde.

--V. A. es demasiado bueno en tener á bien acordarse de ello y darme un nuevo motivo de no olvidar nunca sus bondades.

Os aseguro, señor conde, que no es culpa mia tener siempre presentes ciertos recuerdos; tengo la dicha de no conservar en la memoria sino lo que me ha sido agradable.

--Pero V. A. tiene muy buenas prendas, dijo la condesa*** sonriéndose.

--¿Ni es así, señora? Muchos años, tendré, lo espero, el placer de recordaros este día, y el gusto,

to á los deberes de los principes.

A todas estas objeciones respondia Sarah inhumanamente:

--Soy vuestra mujer á los ojos de Dios y de los hombres. Dentro de algun tiempo no podré encubrir mi preñez; no quiero abochornarme de una posicion con que por el contrario estoy tan envanecida, y de que puedo hacer alarde públicamente.

La paternidad habia redoblado el cariño de Rodolfo á Sarah. Colocado entre el deseo de acceder á lo que esta queria y el temor del enojo de su padre, sentia pesares horribles. Tom tomaba el partido de su hermana.

--El matrimonio es indisoluble, decia él á su *serenísimo* cuñado. El gran-duque puede desterrar de su corte á vos y á vuestra esposa; nada mas. Pero os ama demasiado para resolverse á tomar semejante medida; preferirá tolerar lo que no ha podido impedir.

Estos razonamientos, muy justos por otra parte, no calmaban la ansiedad de Rodolfo. Entre tanto fué comisionado por el gran-duque para ir á visitar varias yeguaccions de Austria. Esta mision, que no podia reusar, no debia detenerlo sino quince dias cuando mas; partió con gran sentimiento suyo en un momento muy decisivo para su hermana.

Esta á la vez triste y satisfecha con la ausencia de su hermano, perdía el apoyo de sus consejos; pero tambien, en el caso en que todo se descubri-

se, estaria al abrigo de la colera del gran-duque.

Sarah debía tenerlo al corriente, dia por dia, de las diferentes fases de un negocio tan importante para los dos. A fin de corresponderse con mas seguridad y mas secretamente, convinieron en escribirse con cifras.

Esta precaucion solo prueba que Sarah tenia que hablar á su hermano de otras cosas que del amor de Rodolfo. En efecto, esta mujer, egoista, fria ambiciosa, no habia sentido derretirse los hielos de su corazon con el incendio del amor apasionado que habia inflamado.

La maternidad no fué para ella mas que un medio de accion mas sobre Rodolfo, y no ablandó aquella alma de acero. La juventud, el amor desenfrenado, la inesperienza de este príncipe niño, tan pérfidamente atraído á una posicion intrincada, apenas le inspiraban interes; en sus intimas confianzas con Tom, se quejaba con desden y sinsabor de la debilidad de aquel mancebo, que temblaba delante del mas paternal de los principes alemanes que *habian existido hacia mucho tiempo.*

En una palabra, esta correspondencia entre el hermano y la hermana descubria claramente su egoismo interesado, sus cálculos ambiciosos, su impaciencia.... casi homicida, y ponía de manifiesto los resortes de la trama tenebrosa coronada por el matrimonio de Rodolfo.

Pocos dias despues de la partida de Tom, Sa-

rah se hallaba en la tertulia de la gran-duquesa madre.

Muchas mujeres la miraban con una especie de admiracion y cuchicheaban con sus vecinas.

La gran-duquesa Judith, á pesar de sus noventa años tenia fino el oido y buena la vista; por lo tanto no se le escapó nada de esto. Hizo señas á una de las damas de su servidumbre para que se le acercase; y se enteró tambien de que la señorita Sarah Seyton de Halsbury estaba menos esbelta, menos enjuta que de costumbre.

La anciana princesa adoraba á su jóven protegida; hubiera respondido á Dios de la virtud de Sarah: indignada por la malignidad de estas observaciones, se encojió de hombros; y dijo en voz alta, desde el estremo del salon donde se hallaba:

--Mi querida Sarah, escuchad!

Sarah se levantó.

Le fue preciso atravesar el circulo para llegar al lado de la princesa, que queria, con la mejor intencion y con el solo hecho de este paseo, confundir á los calumniadores y probarles que el talle de su protegida no habia perdido nada de su figura y de su gracia.

Ay! la mas pérfida enemiga no hubiera imaginado mejor medio que el de la escelente princesa, con intencion de ofender á su protegida.

Esta llegó á ella. Fué preciso el profundo respeto que se tenia á la gran duquesa, para com-

primir un murmullo de sorpresa y de indignacion cuando la jóven atravesó el círculo.

Las personas menos perspicaces advirtieron lo que Sarah no *queria ocultar* mas tiempo, porque su preñez hubiera podido disimular todavia: pero la ambiciosa mujer habia proporcionado este escándalo, á fin de forzar á Rodolfo á declarar su casamiento.

La gran-duquesa, no cediendo sin embargo á la evidencia, dijo en voz baja á Sarah.

--Querida hija, estais hoy vestida horribilmente.... Vos que teneis un talle que se puede cojer con dos dedos, estais desconocida.

.....

Contarémos mas adelante las resultas de este descubrimiento, que produjo grandes y terribles sucesos. Pero diremos desde ahora lo que el lector ha adivinado ya sin duda.... que la *Guillabaora*, que *Flor celestial* era el fruto de este desgraciado casamiento.... era, en fin, hija de Rodolfo y de Sarah, y que los dos la creian muerta.

.....

No se habrá olvidado que Rodolfo despues de haber visitado la casa de la calle del Temple, habia vuelto á la suya, y que debia, aquella misma noche, ir á un baile que daba la embajadora de***

A esta fiesta seguirémos á S. A. el gran-duque reinante de Gerolstein, GUSTAVO-RODOIGO, que viajaba en Francia bajo el nombre del *conde de Luren*.

CAPITULO VII.

El Baile.



Las once de la noche, un portero con gran librea abrió la puerta de una gran casa de la calle Plumet, para que saliese una magnífica berlina azul tirada por dos soberbios caballos tordos con colas largas y de la mayor corpulencia; ocupaba el pescante de grandes cojines galoneados de seda un enorme cochero, cuyo tamaño aumentaba un ropón azul, con cuello de marta, con costuras y alamares de plata; en la culata un lacayo corpulento y empolvado, con librea azul, junquillo y plata; úaba el lado á un cazador con formidables bigotes; galoneado como un tambor mayor y cuyo sombrero, muy adornado, estaba medio oculto con plumas amarillas y azules.

Las linternas daban una luz viva al interior de este coche forrado de raso; se podía ver en él á Rodolfo, en la testera, teniendo á su izquierda al baron de Graun, y en frente á su fiel Murph.

Por deferencia al soberano que representaba el embajador en cuya casa se daba el baile, llevaba Rodolfo puesta la placa de la orden de***

La cinta color de naranja y la cruz de esmalte de gran comendador del Aguila de oro de Gerolstein pendian del cuello de Sir Walter Murph; el baron Graun iba decorado con las mismas insignias; ademas de una innumerable cantidad de cruces de todos paises pendientes de una cadenita de oro colocada entre los dos primeros botones de su frac.

-- Soy afortunado, dijo Rodolfo, con las buenas noticias que Mad. Georges me da acerca de mi protegida de la hacienda de Bouqueval; la asistencia de David ha hecho maravillas. A no ser por la tristeza que abrumba á aquella infeliz estaria mejor. Y á propósito de la *Guillabaora*, confesad, sir Walter Murph, añadió Rodolfo sonriéndose, que si uno de vuestros mejores amigos de la ciudad os hubiera visto *disfrazado* de carbonero..... se hubiera pasmado admirablemente.

---Creo, monseñor, que V. A. causaria la misma sorpresa, si quisiera ir esta noche á la calle del Temple á hacer una visita amistosa á Mad. Pipellet, con el intento de esparcir un poco la melancolia del pobre Alfredo..... que no desea más que veros, segun dijo aquella estimable portera á V. A.....

--Monseñor nos ha pintado tan perfectamente á Alfredo con su magestuoso vestido verde, su aire doctoral y su inmovible sombrero, dijo el baron, que creo lo estoy viendo dominar en su oscuro y alumado cuarto. Fuera de esto ¿está V. A.

satisfecho de las indicaciones de mi agente secreto? ¿La casa de la calle del Temple ha correspondido completamente á la espectacion de Monseñor?

--Si..... dijo Rodolfo; he hallado allí mas de lo que esperaba.--Luego, despues de un triste silencio y para echar de si la melancólica idea que le producian sus temores acerca de la marquesa de Harville, repuso con tono mas alegre:--No me atrevo á confesar esta puerilidad; pero hallo mucha diversion en estos contrastes: un dia pintor de abanicos, sentándome á la mesa en un chiribitil de la calle de Febes; esta mañana dependiente de comercio, ofreciendo un vaso de canela á Mad. Pipelet; y esta noche..... uno de los privilegiados, *por la gracia de Dios*, que reinan en este bajo mundo. (El hombre de los cuarenta escudos decia mis rentas lo mismo que un millonario), añadió Rodolfo á manera de paréntesis y aludiendo á la poca estension de sus estados.

--Pero bastante millonarios, Monseñor, no tendrán el raro, el admirable buen sentido del hombre de los cuarenta escudos, dijo el baron.

--Ah! mi querido de Graun sois muy bueno, mil veces muy bueno; me llenais de elogios, repuso Rodolfo fingiendo estar á la vez enagenado y confuso, mientras el baron miraba á Murph como hombre que advierte que ha dicho una necedad. --En verdad, continuó Rodolfo con una seriedad imperturbable, no sé, mi querido de Graun, como reconocer la buena opinion que habeis teni-

do á bien formar de mi, y, sobre todo como responderos.

--Monseñor..... os suplico, no os tomeis ese trabajo, dijo el baron, que habia por un momento olvidado que Rodolfo se vengaba siempre de las adulaciones, á que tenia horror, con burlas crueles.

Como pues, baron? pero no quiero que quedarme detras de vos; he; aqui desgraciadamente todo lo que puedo ofreceros en este momento: obsequios, lo mas que teneis son veinte años, el Antipou no tiene facciones mas encantadoras que las vuestras.

--Ah! monseñor perdonad!....

--Mirad, Murph, el Apolo de Belvedere tiene unas formas mas esbeltas, mas elegantes, (mas juveniles á la vez?

--Monseñor..... hace tanto tiempo; qué no me habia sucedido esto.....

--Y el manto de púrpura, que bien le sienta!

--Monseñor.....me corregiré!

--Y el aro de oro que sostiene, sin ocultarlos, los rizos de su hermosa cabellera negra que; flota sobre su cuello divino.

--Ah! Monseñor..... perdon..... perdon me arrepiento, dijo el infeliz diplomático con una expresión cómica. (No se habrá olvidado que tenia cincuenta años, el pelo entrecano, una grande corbata blanca, la cara flaca y anteojos de oro.)

--Buen Dios! Murph, no le falta mas que un sarcax de plata á la espalda y un arco en la mano

la elegancia estremada que presiden á este baile.... Porque con franqueza puedo deciroslo, aquí para los dos, nadie sino vos puede dar fiestas.

--Monseñor....

--Hay mas: decidme pues, señor embajador, porque las mugeres me parecen siempre mas liadas aquí que en otras partes?

--Eso es porque V. A. estiende hasta ellas la benevolencia con que nos favorece.

--Permitidme que no sea de vuestro parecer, señor conde; creo que esto depende absolutamente de la señora embajadora.

Tendrá V. A. la bondad de explicarme este prodijio? dijo la condesa sonriéndose.

--Esto es muy sencillo, señora; sabeis acoger á todas las bellas damas con una urbanidad tan perfecta, con una gracia tan esquisita, les decis á todas palabras tan deliciosas y lisongeras, que las que no merecen en rigor.... en rigor estas alabanzas tan admirables, dijo Rodolfo sonriéndose con malicia, son felices en ser distinguidas por vos, mientras que las que las merecen... son no menos felices en que las aprecieis. Estas inocentes satisfacciones dilatan todas las fisonomias, la felicidad torna en alhagüeñas á las menos agradables, y he aquí porque, señora condesa, las mugeres parecen siempre mas liadas en vuestra casa que en otras partes.... Estoy seguro de que el señor embajador dirá lo mismo que yo.

--V. A. me da demasiado buenas razones pa-

ra pensar del mismo modo.

--Y yo, monseñor, dijo la condesa de*** á riesgo de ponerme tan linda como las bellas damas que no merecen del todo.....del todo las alabanzas que se les dan, acepto lo lisongera esplicacion de V. A. con tanto reconocimiento y placer como si fuese una verdad.....

--Para convenceros, señora, de que nada es mas real hagamos algunas observaciones á propósito de los efectos de las alabanzas en la fisonomia.....

Ahl monseñor..... eso seria un horrible lazo, dijo riéndose la condesa de***

--Vamos, señora embajadora, renuncio á mi proyecto, pero con una condicion..... es que me permitais ofreceros un momento mi brazo..... Se me ha hablado de un jardín de flores..... verdaderamente de hadas en el mes de Enero..... Tendreis la bondad de conducirme á esa maravilla de las Mil y una noches?

--Con el mayor placer, monseñor..... pero han hecho á V. A. una relacion muy ecsagerada..... Ademas vais á juzgarlo..... á menos que vuestra indulgencia natural os engañe.....

Rodolfo ofreció su brazo á la embajadora, y entró con ella en los otros salones, mientras que el conde hablaba con el baron de Graun y con Murph, á quien conocia hacia mucho tiempo.

CAPITULO VII.

El Jardin de Invierno.



ada en fecho mas hechicero, mas digno de las Mil y una noches que el jardin de que Rodolfo habia hablado á la condesa.

Figúrese, al entrar por una larga y espléndida galeria, un terreno de cuarenta toesas de largo y treinta de ancho, un ciervo de cristales muy ligero en figura de bóveda cubre, á la altura de unos cincuenta pies, este paralelogramo; sus paredes, cubiertas de una infinidad de espejos sobre los cuales se cruzan pequeños romboides verdes de enrejado de juncos muy espesos, semejan á un emparrado, gracias al reflejo de la luz que da en los espejos; una calle de naranjos tan gruesos como los de las Tullerías, y mamelias frondosas, los primeros cargados de frutas brillantes como manzanas de oro sobre un ramage de verde lustroso, la segundas esmaltadas de flores purpúreas, blancas y color de rosa, cubren todas las paderes.

Esta es la cerca del jardin.

Cinco ó seis enormes bosquecillos de árboles

y arbustos de la India ó de los trópicos, plantados en hondos encajonamientos de tierra mazorrada, están cercados de calles empedradas con un gracioso mosaico de conchas, y suficientemente anchos para que dos ó tres personas puedan pasearse de frente.

No es posible pintar el efecto que producía en el rigor del invierno, y por decirlo así en medio de un baile; esta rica y poderosa vegetación ecsoítica.

Aquí plátanos enormes casi llegan á los vidrios de la bóveda, y mezclan sus anchas palmas de lustroso verde con las hojas avanzadas de las grandes magnolias, algunas de las cuales están ya cubiertas de hermosas flores tan olorosas como magníficas; de su caliz en forma de campana, color de púrpura por dentro, plateado por fuera, salen hilos de oro; mas lejos las palmeras, las palmas, las higueras de la India, todas robustas, frescas, frondosas: completan estos inmensos bosquecillos de verdura, verdor lustroso, brillante como el de todos los vegetales de los trópicos, que parecen tomar el resplandor de la esmeralda, pues las hojas de estos árboles espesas, barnizadas, tienen unos colores relucientes y metálicos.

En los enrejados, entre los naranjos, los bosquecillos enlazados de un árbol á otro, aquí en guirnalda de hojas y de flores, allí formando espirales, mas lejos mezcladas en los enrejados, corren, serpentean, trepan hasta la bóveda de vidrios

inmensidad de plantas serpentosas; la pasionaria y otras enredaderas penden de la bóveda como guirnaldas colosales y parece quieren volver á subir haciendo con sus delicados zarcillos las guías de los gigantes aloes.

En otra parte un bignonia de la India, de grandes campanillas amarillas; está rodeado de un estefanotis de flores blancas, que dan un olor muy suave; estas dos enredaderas enlazadas festonean con su franja verde de campanillas de oro y de plata los ramilletes de esmalte rosa, circundados con ojas inmensas y aterciopeladas de una higuera de la India.

Mas lejos en fin saltan y caen como cascada vegetal y matizada innumerable cantidad de pies de ornaballo, cuyas ojas y ombelas de quince ó veinte flores estrelladas son tan espesas, tan graciosas, que se diría eran de esmalte de rosa, guarnecidas con ojas de porcelana verde.

El vallado pequeño de los bosquecillos se compone de brezos, de tulipanes del Tirol, de narcisos de Constantinopla, de jacintos de Persia, de iris ó lirios cárdenos, que forman una especie de tapiz natural en que todos los colores, todos los matices se confunden de la manera mas espléndida.

Liinternas chinescas de seda trasparente, unas azules, otras de color de rosa bajo, medio ocultas acá y acullá por las ojas, iluminan este jardín.

Es imposible pintar la luz misteriosa y suave que resultaba de la mezcla de estos dos colores,

luz graciosa, fantástica, que tenía la claridad azulada de una hermosa noche de verano ligeramente sonrosada por los reflejos encarnados de una aurora boreal.

Se llegaba á este invernadero por una larga galería deslumbrante con el oro, los cristales, las luces. Esta brillante claridad guarnecía por decirlo así, la penumbra en que se diseñaban vagamente los grandes árboles del jardín de invierno, que se veía por una ancha ventana medio cerrada con dos altas puertecillas de terciopelo carmesí.

Podría decirse que era una gigantesca ventana abierta sobre algun hermoso paisaje de Asia, durante la claridad de una noche crepuscular.

Vista desde el fondo del jardín donde estaban dispuestos sofás bajo una cúpula de ramas y de flores, ofrecía un contraste inverso con la suave claridad del invernadero.

Era de lejos una especie de niebla luminosa dorada, sobre la cual entesficaban, como un bordado vivo, los colores resplandecientes y variados de los trages de las mugeres, y los centellos prismáticos de la pedrería y de los diamantes.

La música de la orquesta, desvanecida por la distancia y por el sordo y alegre ruido de la galería, iba á morir melodiosamente en el innoble ramaje de los grandes árboles escóticos.

Involuntariamente se hablaba en voz baja en este jardín, apenas se oía en él el ligero ruido de las piedras y el roce de los trages de raso, el aire

á la vez ligero templado y embalsamado con mil suaves olores de las plantas aromáticas; la música vaga y lejana convidaba á todos los sentidos á una suave y muelle quietud.

Por cierto que dos amantes enamorados y felices sentados sobre la senda en cualquier rincón sombrío de este Eden, embriagados de amor, de armonía y de su perfume, no podían hallar un cuadro más delicioso para su pasión ardiente, y aun en su aurora, porque, ay! uno ó dos meses de felicidad pacífica y tranquila cambian á dos amantes en fríos endosos.

Al llegar á este maravilloso jardín de invierno, no pudo Rodolfo contener una exclamación de sorpresa, y dijo á la embajadora.

--Es verdad, señora, que no hubiera creído maravilla semejante. Esto no es solamente el lujo unido á un esquisito gusto, es la poesía en acción; en lugar de describir como un poeta, de pintar como un gran pintor, creais... lo que apenas se atreverían á imaginar.

--V. A. es mil veces demasiado bueno.

--Francamente, confesad que el que pudiese hacer fielmente este cuadro delicioso con todo su encanto de color y de contraste, allá aquel tumulto deslumbrante, aquí este delicioso retiro, confesad, señora, que ese pintor ó poeta haría una obra admirable.... solamente reproduciendo la vuestra.

--Las alabanzas que la indulgencia inspira á V. A. son tanto más peligrosas, cuanto que no pue-

de cualquiera dejar de hechizarse con sus lisonjas y escucharlas á pesar suyo con estremado placer. Pero mirad, monseñor, que graciosa jóven! V. A. me concederá al menos que la marquesa de Harville debe ser linda en todas partes. ¿No tiene un atractivo maravilloso por su gracia? ¿No ganará aun con el contraste de la severa belleza que le acompaña.

La condesa Sarah Mac Gregor y la marquesa de Harville dejaban en este momento las pocas gradas que de la galeria conducian al jardin de invierno.

CAPITULO VIII.

La Cita.



Las alabanzas hechas de Mad. de Harville por la embajadora no eran escasajeradas.

Nada podria dar una idea de aquella figura encantadora; en la cual se desplegaba entonces toda la flor de una delicada belleza, belleza tanto mas rara, cuanto consistia menos en la regularidad de las facciones que en el encanto indecible de la fisonomia de la marquesa, cuya deliciosa cara se oculta-

ba, por decirlo así, modestamente bajo una amable espresion de bondad.

Insistimos en esta última palabra, porque de ordinario no es precisamente la bondad lo que predomina en la fisonomía de una mujer joven de veinte años, hermosa, de talento, y adulada, como lo era Mad. de Harville.

Tratarémos de hacer comprender nuestro pensamiento.

Muy digna, muy eminentemente dotada para salir al encuentro con coquetería á los homenajes, Mad. de Harville se mostraba sin embargo tan afectuosamente reconocida de los que se les rendian, como si apenas los mereciese; no era orgullosa, sino feliz; indiferente á las alabanzas, pero muy sensible á la benevolencia, distinguia perfectamente la adulacion de la simpatía.

Su talento fino, algunas veces maligno sin malicia, perseguia sobre todo con una zurbia delicada é inofensiva á las personas enamoradas de sí mismas, siempre ocupadas en llamar la atencion, en poner constantemente en evidencia su figura radiosa con una multitud de insensatas felicidades é hinchada con infinidad de orgullo..... Personas, decia graciosamente Mad. de Harville, que toda su vida tienen el aire de danzar el *soto de caballero* en frente de un espejo invisible, con el cual se sourien recreándose.

Un carácter á la vez tímido y casi en vanecido en su reserva inspiraba por el contrario á Mad. de

Harville un interes verdadero.

Algunas pocas palabras ayudarán por decirlo así, para tomar conocimiento de la hermosura de la marquesa.

Su tez de una deslumbrante sinura, estaba matizada de un bello encarnado; largos rizos de cabellos castaños claros caian sobre sus rollizos hombros, blancos y lucientes como el marmol blanco. Dificultosamente podria pintarse la belleza angelical de sus grandes ojos pardos, guarnecidos de largas pestañas negras, su boca bermeja, de una apacibilidad adorable, era respecto á sus hechiceros ojos lo que su afable y afectuosa conversacion debia ser atento á su mirada melancolica y amable. No hablarémos ni de su perfecto talle ni de la esquisita distincion de toda su persona. Tenia puesto un traje de crespon blanco, guarnecido de camelias de color de rosa y ojas del mismo arbusto, entre las cuales brillaban los diamantes, medio ocultos por todas, como otras tantas gotas de relumbrante rocío; tenia colocada con gracia una guirnalda de la misma clase sobre su pura y blanca frente.

El género de hermosura de la condesa de Sarah Mac Gregor hacia tambien valer á la marquesa de Harville.

Sarah, de unos treinta y cinco años, apenas parecia que tenia treinta. Nada parece mas *saludable al cuerpo* que el frio egoismo; se conserva fresco por largo tiempo en este hielo.

Ciertas almas ásperas, duras, inalterables á las conmociones que gastan al corazón y ajan las facciones, no sienten nunca sino las desgracias del orgullo ó los errores de la ambición engañada; estas penas no producen mas que una reacción débil sobre el físico.

La *conversacion* de Sarah probaba lo que hemos sentado.

Escepto una lijera gordura que daba á su cuerpo, mayor, pero menos esbelto que el de Mad. de Harville una gracia voluptuosa, Sarah lucia con un brillo enteramente juvenil; pocas miradas podian sostener el fuego engañador de sus ardientes y negros ojos; sus labios húmedos y encarnados (medio engañosos) espresaban la resolucion y la sensualidad. El tejido azulado de las venas de sus sienes y de su cuello aparecia bajo la blancura lactea de su transparente y fino cutis.

La condesa Mac Gregor tenia puesto un vestido muaré color de paja debajo de una túnica de crespon del mismo color; una sencilla corona de hojas naturales de pirro de verde esmeralda ceñia su frente y hacia un maravilloso maridage con sus bandas de cabellos negros como la tinta, y separados sobre su frente que superaba á una nariz aguileña con ventanillas abiertas. Este peinado estudiado daba un sello antiguo al papel imperioso y apasionado de esta mujer.

Muchas personas confiadas en su figura, ven una irresistible votacion en el carácter de su fi-

sonomía. Uno se ve en ella escesivamente guerrero, guerra; otro rimador, compone rimas: conspirador; conspira; político, política; predicador predica Sarah veía en sí, no sin razón, un aire real; debió aceptar las predicciones medio realizadas de la montañesa, y persistir en su creencia de un destino soberano.....

La marquesa y Sarah vieron á Rodolfo en el jardín de invierno, desde el momento en que bajaron á él; pero el príncipe pareció no haberlas visto, porque se hallaba á la vuelta de una calle cuando llegaron las dos mugeres

--El príncipe está tan ocupado de la embajadora, dijo Mad. de Harville á Sarah, que no ha parado la atención en nosotras.....

--No creais eso, mi querida Clemencia, respondió la condesa, que estaba en intimidad con Mad. de Harville; el príncipe por el contrario, nos ha visto perfectamente; pero yo le meto miedo... su mohína dura siempre.

Ménos que nunca comprendo su obstinación en evitaros; muchas veces le han hechado en cara lo extraño de su conducta para con vos.... una antigua amiga. „La condesa Sarah y yo somos enemigos mortales, me respondió burlándose; he hecho voto de no hablarle nunca, y es preciso, añadió que este voto sea demasiado sagrado para privarme de la conversacion de una persona tan amable.“ Mi querida Sarah, por singular que me hubiese parecido esta respuesta, me ví obligada á

contentarme con ella.

--Os aseguro que la causa de esta desavenencia mortal, medio de chanza, medio seria, es sin embargo de las mas inocentes; si un tercero no estuviese interesado hace mucho tiempo, os hubierá confiado este gran secreto.... Pero que teneis, mi querida niña..... parece que estais preocupada?

--No es nada..... hace tanto calor en la galeria, que me ha dado un poco de jaqueca; sentémonos aqui un momento..... ello pasará..... lo espero.

--Teneis razon; mirad he aqui justamente un rincon bien retirado; aqui estareis perfectamente al brigo de las investigaciones de los que vuestra ausencia vá á desconsolar, añadió Sarah sonriéndose y apoyándose en estas palabras.

Se sentaron los dos en un sofá.

--He dicho *aquellos* que vuestra ausencia vá á desconsolar, mi querida Clemencia..... No os agrada mi discrecion?

La jóven se sonrojó un poco, bajó la cabeza y no respondió nada.

--Cuan poco razonable sois! le dijo Sarah en tono de reprehension amistosa.--¿No confias en mi, niña?..... Sin duda, niña. Soy de una edad en que os puedo llamar hija mia.

--Yo! no tener confianza en voz? dijo la marquesa á Sarah con tristeza; no os he dicho por el contrario que nunca he confesado conmigo misma?

--Perfectamente. Pues bien! veámos..... hablemos de él: habeis jurado desesperarlo hasta la

muerte.....

--Ah! exclamó Mad. de Harville con espanto, que decís.

--No lo conocéis aun, pobre niña..... Es un hombre de una fría energia; para quien la vida es poca cosa. Ha sido siempre tan desgraciado..... y se diría que tenéis un placer en atormentarle.

--Pensáis eso? por Dios.

--Sin quererlo, quizá; pero es..... Oh! si supierais cuan dolorosamente delicados é impresionables son aquellos á quienes ha aniquilado un largo infortunio! Mirad, ahora he visto caer de sus ojos dos gruesas lágrimas.

--Será verdad!

--Sin duda..... Y en medio de un baile; y á riesgo de ser ridiculizado, si se le advertía esta amarga pena. Sabéis que es preciso amar mucho para padecer así..... y sobre todo para no pensar en ocultar al mundo lo que sufre?....

Por favor no me habléis de eso, repuso Mad. de Harville con vos conmovida, me hacéis un daño horrible..... Conozco demasiado esta espresion de sufrimiento á la vez tan dulce y tan resignada..... Ah! la compasion que me inspiraba es lo que me ha perdido..... dijo involuntariamente Mad. de Harville.

Sarah pareció no haber comprendido el alcance de esta última palabra, y siguió.

--Qué esajeracion! perdido por estar coqueteando con un hombre que lleva la discrecion y re-

serva hasta el punto de no hacerse presentar á vuestro marido por temor de comprometeros! Mr. Carlos Robert, no es un hombre lleno de honor de delicadeza y de ánimo? Si lo defiende con este calor, es porque vos lo habeis conocido en mi casa, y porque os tiene tanto respeto y afecto....

--Nunca he dudado de sus nobles prendas, me habeis hablado siempre tan bien de él.... Pero, lo sabeis, es una desgracia que se halla hecho tan interesante á mis ojos.

--Y qué bien merece justicia este interes! confesadlo. Y luego, además, como no ha de ser una cara tan admitable la imágen del alma? Con su alto y hermoso cuerpo, me recuerda los valientes de los tiempos caballerescos. Lo he visto una vez de uniforme: era imposible tener mejor talante. De cierto, si la nobleza se midiese por el mérito y por la figura, en vez de ser sencillamente Mr. Carlos Robert, seria duque y par. No representaria maravillosamente uno de los nombres mas grandes de Francia?

--No ignorais que la nobleza de nacimiento me llama poco la atencion, vos que algunas veces me echais en cara que soy un poco republicana, dijo Mad. de Harville sonriéndose.

--Ciertamente siempre he pensado, como vos, que Mr. Carlos Robert no tenia necesidad de títulos para ser amable; y luego, que talento, que hechicera voz! Como nos ha servido en nuestros conciertos íntimos por la mañana, os acordais? La

primera vez que cantásteis juntos. qué espression daba á su duo con vos, que conmocion!....

--Mirad, os lo suplico, dijo Mad. de Harville despues de un largo silencio, cambiemos de conversacion.

--Por que?

--Esta me entristece profundamente; lo que me habeis dicho ahora mismo de su aire desesperado.....

Os aseguro que, en el exceso de la pena, un carácter tan apasionado puede buscar en la muerte un término á.....

--Oh! os lo suplico, callaos, dijo Mad. de Harville, interrumpiendo á Sarah, este pensamiento me ha ocurrido ya.....

Despues de un silencio bastante largo dijo la marquesa.

--Lo repito, hablemos de otra cosa..... de vuestro enemigo mortal, añadió con alegría afectada; hablemos del principe, á quien no he visto hace mucho tiempo. Sabeis que está siempre encantador aunque es casi rey? Aunque republicana, encuentro pocos hombres tan agradables como él.

Sarah echó á hurtadillas una mirada escudriñadora y suspicaz á Mad. de Harville, y replicó festivamente:

--Confesad, querida Clemencia, que sois muy caprichosa. Os he conocido alternativas de admiracion y de aversion singular al principe; hace algunos meses, cuando llegó aquí, estabais tan fanática con

él, que entre nosotras..... temí un momento por el reposo de vuestro corazón.

--Gracias á vos, al menos, dijo Mad de Harville sonriéndose, mi admiracion no fué de muy larga duracion; hicisteis tambien el papel de enemiga mortal, me hicisteis tales revelaciones acerca del principe..... que lo confieso, el desvio reemplazó al fanatismo que os hacia temer por el reposo de mi corazón, reposo que vuestro enemigo no pensaba turbar; porque, poco tiempo antes de vuestras revelaciones, el principe continuando siempre en ver intimamente á mi marido, habia casi cesado de honrarme con sus visitas.

--A propósito! y vuestro marido está aquí esta noche? dijo Sarah.

--No! no ha querido salir respondió Mad. de Harville con embarazo.

--¿Va poco al mundo?

--Sí..... algunas veces prefiere estar en casa.

La marquesa está visiblemente cortada; Sarah lo conoció y continuó:

--La última vez que lo ví, me pareció mas pálido que de ordinario.

--Sí..... estuvo un poco malo.....

--Mirad, mi querida Clemencia, quereis que sea franca?

--Os lo suplico.

--Cuando se trata de vuestro marido, soleis estar en un estado de singular ansiedad.

--Yo.....

-- Algunas veces, al hablar de él, y esto bien á pesar vuestro, vuestra fisonomía espresa..... Dios mio! como os lo dirè?... y Sarah se apoyó sobre las palábras siguientes queriendo leer hasta en el fondo del corazon de Clemencia:—Sí, vuestra fisonomía espresa una especie..... de repugnancia temerosa.....

Las facciones impasibles de Mad. de Harville desafiaron en un principio la mirada inquisidora de Sarah: sin embargo esta advirtió un ligero temblor nervioso, pero casi insensible, que agitó un instante el labio inferior de la jóven.

No queriendo llevar mas lejos sus investigaciones y sobre todo despertar la desconfianza de su amiga, la condesa se dió prisa á añadir:

Sí, una repugnancia temerosa, como la que inspira ordinariamente un celoso regañon.....

A esta interpretacion cesó el ligero movimiento convulsivo del lábio de Mad. de Harville; pareció hallarse aliviada de un peso enorme y respondió:

--No, Mr. de Harville no es regañon ni celoso..... Luego, buscando sin duda pretexto para romper una conversacion que le pesaba, exclamó de pronto; Ah! Dios mio ahí está el insoportable de que de Lucenay, uno de los amigos de mi marido... Con tal que no nos descubra! de donde ha salido? Lo creía á mil leguas de aquí!

-En efecto, se decia que habia partido para un viaje de un año ó dos á Oriente; apenas hace

cinco meses que salió de París. Esta es una llegada repentina, que ha debido desagradar á la duquesa de Lucenay, aunque el duque sea poco molesto, dijo Sarah con sonrisa maligna.—No será ella sola la que maldiga esa incómoda venida..... Mr. de Saint-Remy participará de su pena.

--No seais maldiciente, mi querida Sarah, decid que esa venida será incómoda para todo el mundo..... Mr. de Lucenay es bastante desagradable para que generaliceis vuestra acusacion.

--Maldiciente? no, en verdad, no soy en esto mas que un eco. Se dice tambien que Mr Saint-Remy, modelo de los elegantes, que ha deslumbrado á todo París con su fausto, está casi arruinado, aunque su tren apenas disminuye; es verdad que Mad de Lucenay es en extremo rica.

--Ah! qué horror!

--Lo vuelvo á decir, no soy mas que un eco..... Ah! Dios mio, el duque nos ha visto. Viene, es preciso conformarse. Esto es doloroso, no conozco nada en el mundo mas insoportable que este hombre; tiene tan malas compañías; se rie tan alto de sus propias tonterias, es tan estrepitoso como aturdido; si apreciáis vuestro pomo ó vuestro abanico, guardadlos animosamente de él, porque tiene tambien la costumbre de romper todo lo que toca, y esto con el aire mas festivo y más satisfecho del mundo.

~~---~~ Perteneciendo á una de las mas grandes casas de Francia, jóven todavia de una figura que no

seria desagradable á no ser por la longitud grotesca y desmesurada de su nariz, el duque de Lucenay renia á una turbulencia y á una agitacion pépetua de voces y de carcajadas retumbantes, conversaciones á menudo de un gusto detestable, actitudes de una desenvoltura tan marcial y tan inesperada que era preciso á cada ins ante acordarse de su nombre para no admirarse de verlo en medio de la sociedad mas distinguida de Paris, y para comprender que se tolerasen sus escentricidades de gestos y de lenguaje, á las cuales el hábito habia ademas asegurado una especie de prescripcion ó de impunidad. Se le huia como á la peste, aunque no le faltaba cierto talento que despuntaba acá y acullá por enmedio de la mas increíble escuberancia de palabras. Era uno de aquellos entes vengadores, en cuyas manos se deseaba ver caer á las personas ridiculas ó aborrecibles.

Mad. la duquesa de Lucenay, una de las señoras mas agradables y tambien mas á la moda de Paris, á pesar de sus treinta años cumplidos, habia hecho á menudo que hablase de ella: pero casi se escusaba la ligereza de su conducta pensando en las insoportables extravagancias de Mr. de Lucenay.

El último rasgo de este carácter era una intemperancia y un cinismo de espresiones inaudito á propósito de indisposiciones descabelladas ó de enfermedades imposibles ó absurdas, que se diver-

tia en suponerlos, y de los que os compadecian en público y delante de cien personas. Valiente por otra parte, arrostraba las consecuencias de sus chanzas pesadas, y habia dado y recibido numerosas estocadas sin corregirse.

Sentado esto, harémos resonar en los oídos del lector la voz agria y penetrante de Mr. de Lucenay que, viendo desde bien lejos á Mad. de Harville y á Sarah, se puso á gritar.

--Y bien! y bien! que es eso? qué es lo que veo... cómo?... la mas linda señora del baile hallarse en un lugar solitario.... es permitido esto? ¿Es menester que venga yo de los Antipodas para hacer cesar semejante escándalo? si continuais, marquesa, evitando la admiracion general, grito como un loco.... grito por la desaparicion del mas delicioso adorno de esta fiesta!

Y, por peroracion, Mr. de Lucenay se echó por decirlo así de espaldas al lado de la marquesa, sobre el sofá, despues de lo cual cruzó su pierna derecha sobre su muslo izquierdo, y se cogió el pie con la mano.

--Como, caballero estais ya de vuelta de Constantinopla? dijo Mad. de Harville retirándose con impaciencia.

--Ya! decis lo que mi muger ha pensado, estoy seguro de ello; porque no ha querido acompañarme esta noche á mi vuelta al mundo. Volved pues á sorprender á vuestros amigos, para ser recibido así.

Es muy sencillo; os era tan fácil estar amable... allá abajo..... dijo Mad. de Harville medio sonriéndose.

--Es decir estar ausente, no es verdad? Es horroroso, es una infamia, lo que decís, exclamó Mr. de Luccnay descruzando sus piernas y dando golpes en el sombrero como en un tambor.

--Por el amor del Cielo, Mr. de Luccnay, no habéis tan alto, y estaos quieto, ó nos tendremos que ir, dijo Mad. de Harville con ansiedad.

Y dejar el puestol eso sería para darme vuestro brazo é irnos á dar una vuelta por la galeria.

--Con vos?..... ciertamente que no, tened la bondad de no tocar este ramillete; por favor, dejadme tambien el abanico, lo vais á romper segun acostumbrais.

--Si es porque he roto mas de uno, vaya, sobre todo una magnifico de china que Mad. de Vaudemot habia regalado á mi muger.

Diciendo estas consoladoras palabras, Mr. de Luccnay jugueteaba con unas enredaderas que atraia así sacudiéndolas lijaramente. Concluyó por desprenderlas del árbol que las sostenian; cayeron sobre él, y se halló por decirlo así coronado.

Entonces fueron las carcajadas de risas tan estrepitosas, tan locas, tan aturdidoras, que Mad. de Harville hubiera huido de este incómodo y fastidioso personaje, sino hubiese visto á Mr. Carlos Robert, el *comandante*, como decia Mad. de Pipet) que venia por la otra estremidad del jardín.

La jóven temió que pareciese iba á su encuentro y se quedó con Mr. de Lucenay.

Decid, Mad. Mac Gregor, no me parecia al dios Pan, á una náyade, á un silvano, á un salvage, debajo de estas ramas? dijo Mr de Lucenay dirigiéndose á Sarah, junto á las cuales fué bruscamente á colocarse.--A propósito de salvage, es preciso que os cuente una historia no muy decente..... Figuros que en Otaiti.....

--Señor duque!..... le dijo Sarah con tono glacial.

--Pues bien! no os diré mi historia; la guardo para Mad. de Fombonne que viene ahí.

Era esta una muger gorda y pequeña, de cincuenta años, muy preciada de sí y muy ridícula, cuya barba tocaba en el pescuezo, y que mostraba siempre el blanco de sus gruesos ojos hablando de su alma, de las angustias de su alma, de las necesidades de su alma, de las aspiraciones de su alma.....Llevaba puesto un horrible turbante de tela color de cobre con bordados verdes.

--La guardo para Mad de Fombonne, gritó el duque.

--De qué se trata, señor duque? dijo Mad. de Fombonne, haciendo melindres, arrullando, y comenzando á poner los ojos blancos, como se dice vulgarmente.....

--Se trata, señora, de una historia horriblemente inconveniente, indecente é incongruente.....

--Ah! Dios mio! Y quien se atreveria?--que es

el que se permitiría?.....

--Yo, señora, esto haría sonrojarse á un viejo Chamboran. Pero conozco vuestro gusto.... Escuchadla.

--Caballero!

--Pues bien? no sabreis mi historia, de cierto! porque ademá, vos que os aderezais siempre tan bien, con tanto gusto, con tanta elegancia, teneis esta noche un turbante que, permitidme que os lo diga, se parece, bajo mi palabra de honor, á una tortera vieja comida de cardenillo.

Y el duque se rió á carcajadas.

--Si habeis vuelto de Oriente para comenzar de nuevo vuestras absurdas burlas, que se os pasan porque sois medio loco, dijo Mad. de Fombonne irritada, se sentirá que hayais venido, caballero.....

Y se retiró magestuosamente.

--Necesito contenerme para no ir á despeinar á esa miserable ridícula, dijo Mr. de Lucenay; pero la respeto, es huérfana... Ah! ah! ah!.... Y se echó de nuevo reir.--Ola, Mr. Cárlos Robert, continuó Mr. de Lucenay. Lo vi en los baños de los Pirineos. Es un mozo arrogante, canta como un cisne.... Vais á ver, marquesa, como lo meto en cuidados.... ¿Quereis que os lo presente?

--No os incomodeis, y dejadnos tranquilas, dijo Sarah.

Mientras que Mr. Cárlos Robert se acercaba muy lentamente, pareciendo que admiraba las flores

del invernáculo, Mr. de Lucenay se valió hábilmente de sus trazas para apoderarse del pomo de Sarah, y se ocupaba en silencio y con un cuidado extremo en descomponerle el tapon.

Mr. Carlos Robert seguia acercándose; su cuerpo era perfectamente proporcionado, sus facciones no tenian tacha, su compostura muy elegante; sin embargo á su cara, á su aire le faltaba gracia, distincion, su modo de andar corto y afectado; sus manos y sus pies gruesos y vulgares; cuando vió á Mad. de Harville, la regularidad de sus facciones cambió de repente en una espresion de melancolia profunda demasiado súbita para ser fingida; sin embargo su semblante estaba bueno. Mr. Robert parecia que era desgraciado, que sufría algo cuando se acercó á Mad. de Harville, y asi esta no puede dejar de pensar en las siniestras palabras de Sarah acerca de los excesos á que la desesperacion podia arrastrarle.

—Buenos dias, caballero, le dijo Mr. de Lucenay, deteniéndolo al paso, no he tenido el gusto de veros desde que nos encontramos en las aguas.... Pero que teneis? Parece que estais mal!

Mr. Carlos Robert lanzó una larga y melancólica mirada á Mad. de Harville, y respondió al duque con voz algo lastimosa:

—En efecto, caballero, estoy malo.....

—Dios mio, Dios mio, no podeis desembarazarnos de vuestra pituita? le preguntó Mr. de Lucenay como tomando el mayor interés.

Esta pregunta era tan descabellada, tan absurda, que Mr. Carlos Robert quedó pasmado, aturcido: luego encolerizándose algo, dijo con voz firme y presurosa á Mr. de Lucenay.

—Pues tomáis tanto interés en mi salud, ireis mañana por la mañana á saber de mí!

—Como, mi querido caballero..... enviaré sin falta, dijo el duque con altanería.

Mr. Carlos Robert hizo un ligero saludo y se retiró.

—Lo que hay de famoso es, que tiene tanta pituita como el gran Turco, dijo Mr. de Lucenay, colocándose de nuevo junto á Sarah, á menos que no haya yo aceptado sin saberlo. Decidme, Mad. Mac Gregor, os ha parecido en efecto que ese caballero tenga tanta pituita?

Sarah volvió bruscamente la espalda á Mr. Lucenay sin responderle.

Todo esto pasó muy rápidamente.

Sarah había contenido dificultosamente una carcajada.

Mad. de Harville sufrió horrorosamente pensando en la atroz posición de un hombre que se ve interpelado tan ridículamente delante de una mujer á quien ama; estaba espantada pensando que podía haber un duelo; entonces, arrastrada por un sentimiento de compasión irresistible, se levantó de pronto, tomó el brazo de Sarah, alcanzó á Mr. Carlos Robert, que de rabia no era dueño de sí, y le dijo en voz baja al pasar por

junto á él:

—*Mañana, á la una.... iré....*

Volvió despues á la galeria con la condesa y se fue del baile.

CAPITULO IX.

Vienes muy tarde, ángel mio.



odolfo al ir á esta fiesta por deber, queria tambien descubrir si sus temores respecto á Mad. de Harville eran fundados, y si era esta realmente la heroína de la narracion de Mad. Pipelet.

Despues de salido del jardin de invierno con la condesa***, recorrió en vano muchos salones, con la esperanza de encontrar sola á Mad. de Harville. Volvia al invernadero, cuando, parado un momento en la primera grada de la escalera, fue testigo de la escena rápida que pasó entre Mad. de Harville y Mr. Carlos Robert despues despues de la detestable chanza del duque de Lucenay; Rodolfo sorprendió un cambio de miradas muy significativas. Un secreto presentimiento le dijo que aquel grande y bello jóven era el *comandante*. Queriendo asegurarse de ello,

entró otra vez en la galería.

Iba á empezarse un vals; al cabo de algunos minutos vió á Mr. Cárlos Robert en pié junto al quicio de una puerta. Parecía estar doblemente satisfecho de su respuesta á Mr. de Lucenay (Mr. Cárlos Robert era muy valiente á pesar de sus ridiculeces) y de la cita que le habia dado Mad. de Harville para el dia siguiente, bien cierto esta vez de que no faltaria.

Rodolfo fué á buscar á Murph.

—¿Ves á aquel jóven rubio, en medio de aquel grupo, allá abajo?

—Aquel gran caballero que parece estar contento de sí mismo? Sí, monseñor.

—Trata de acercarte á él lo bastante para poderle decir en voz baja, sin que te vea y de modo que él solo pueda oírte, estas palabras: *Vienes muy tarde, ángel mio.*

El caballero miró á Rodolfo como pasmado.

—Formalmente, monseñor?

—Formalmente. Si se vuelve al oír estas palabras, guarda tu magnífica sangre fria que muchas veces he admirado, á fin de que ese caballero no pueda descubrir quien ha pronunciado estas palabras.

—No comprendo nada de esto, monseñor; pero obedezco.

El digno Murph, antes que se concluyese el vals, logró ponerse un poco detrás de Mr. Cárlos Robert.

Rodolfo, perfectamente colocado para no perder el efecto de este experimento, siguió atentamente á Murph con la vista; al cabo de un segundo, Mr. Cárlos Robert se volvió bruscamente como pasmado.

El caballero impasible no se movió; ciertamente este hombre, calvo, de figura imponente y grave fué el último de quien sospechó el comandante que hubiese pronunciado las palabras que le recordaban el desagradable quid pro quó de que Mad. Pipelet habia sido la causa y la heroina.

Concluido el vals, se reunió Murph con Rodolfo.

--Y bien, monseñor, se volvió aquel jóven como si le hubiese mordido. ¿Son mágicas esas palabras?

--Son mágicas, mi viejo Murph y me han descubierto lo que queria saber.

Rodolfo tenia que compadecer á Mad. de Harville de un error tanto mas peligroso cuanto que presentia vagamente que Sarah era su cómplice. Al descubrir esto, sintió un golpe doloroso; no dudó de la tristeza de Mr. de Harville á quien amaba tiernamente; los celos eran sin duda la causa. Su muger dotada de buenas cualidades, se sacrificaba á un hombre que no la merecia. Dueño de un secreto sorprendido por casualidad, incapaz de abusar de él, no pudiendo intentar nada para instruir de ello á Mad. de Harville, que cedia al impulso ciego de la pasion. Rodolfo se veia

condenado á ser testigo impasible de la pérdida de esta jóven.

Fué sacado de estas reflexiones por Mr. de Graun.

--Si V. A. quiere concederme un momento de conversacion en la salita del fondo donde no hay nadie, tendré el honor de darle cuenta de las noticias que me ha mandado adquirir.

Rodolfo siguió á Mr. de Graun.

--La sola duquesa á cuyo nombre pueden convenir las iniciales N. y L. es la duquesa de Lucenay, por su familia Noirmont, dijo el baron; no está aquí esta noche. Acabo de ver á su marido, Mr. de Lucenay que saltó hace cinco meses para un viaje á Oriente que debia durar mas de un año; hace dos ó tres dias que ha vuelto.

Debe recordarse que, en su visita á la calle del Temple, Rodolfo encontró, en la meseta de la escalera de la habitacion del saltimbanco César Bradamanti, un pañuelo humedecido de lágrimas, ricamente guarnecido de encages, y en cuyo pico estaban marcadas las letras N. y L. separadas de una corona ducal. Por órden suya, aunque ignorando estas circunstancias, Mr. de Graun se habia informado del nombre de las duquesas actualmente en Paris, y habia obtenido las noticias de que acabamos de hablar.

Rodolfo lo comprendió todo....

No tenia razon alguna para interesarse por Mad. de Lucenay, pero no pudo dejar de estremecerse

al pensar que si esta había realmente hecho visita al saltimbanco, este miserable, que no era otro que el clérigo Polidori, sabía el nombre de esta muger que había hecho seguir del Jorobado, y que podía horriblemente abusar del terrible secreto que ponía á la duquesa bajo su dependencia.

--La casualidad es algunas veces bien singular, Monseñor, repuso Mr. Graun.

--Cómo?

--En el momento en que Mr. de Grangenouve acababa de darme estas noticias acerca de Mr. y Mad. de Lucenay, añadiendo muy malignamente que la vuelta imprevista de Mr. de Lucenay había debido incomodar mucho á la duquesa y á un jóven muy guapo, el mas maravilloso elegante de París, el vizconde de Saint-Remy, el embajador me preguntó si creía que V. A. le permitiera presentarle al vizconde que se hallaba aquí: acaba de ser agregado á la legacion de Gerolstein, y se tendria por muy afortunado en lograr esta ocasion de cumplimentar á V. A.

Rodolfo no pudo reprimir un movimiento de impaciencia, y dijo:

--Esto me es muy desagradable..... pero no lo puedo negar..... Vamos, decid al conde d*** que me presente á Mr. de Saint-Remy.

A pesar de su mal humor, Rodolfo sabia bien su oficio de príncipe para que le faltase afabilidad en esta ocasion. Además, tenia á M. de Saint-Remy por amante de la duquesa de Lucenay, y

esta circunstancia picaba bastante la curiosidad de Rodolfo.

El vizconde de Saint-Remy se acercó, conducido por el conde d***

Mr. de Saint-Remy era un lindo jóven de veinte y cinco años, fino, esbelto, de cuerpo distinguido, de la mas proporcionada fisonomía; tenia el color moreno, pero de aquel moreno luciente, transparente, y color de ambar, notable en los cuadros de *Murillo*; sus cabellos negros, separados por una carrera sobre la ceja, muy alisados sobre la frente, se rizaban graciosamente alrededor de su cara, y apenas dejaban ver el lóbulo de sus orejas; al negro subido de sus pupilas se recortaba brillantemente sobre el globo del ojo, que en vez de ser blanco, se nacaraba con un matiz ligeramente azulado que da á la mirada de los indios una espresion tan encantadora. Por un capricho de la naturaleza, la espesura suave de su bigote contrastaba con lo imberbe de su barba y de sus megillas, tan lisas como las de una jóven; llevaba por afectacion, una corbata de raso negro muy baja que dejaba ver la elegancia de un cuello digno del jóven *tocador de flauta* antiguo.

Una sola perla sujetaba los anchos pliegues de su corbata, perla de un precio inestimable por su tamaño, pureza de su forma y brillo de su oriente. El vestido de Saint-Remy, de un gusto perfecto, guardaba armonia con esta joya de una sen-

cillez magnífica. No podía olvidarse nunca la figura y la persona de Mr. de Saint-Remy y pues se diferenciaba mucho del tipo ordinario de los elegantes.

Su lujo en coches y caballos era estremado; grande y buen jugador, el total de su *libro de cuenta de cocheros* ascendía siempre anualmente á dos ó tres mil lises. Se citaba su casa de la calle de Chailot como un modelo de elegante suntuosidad; tenia en ella una mesa opípara y habia un juego infernal, en que perdía á veces sumas considerables con la mayor frescura; y sin embargo se sabia de cierto que el patrimonio del vizconde habia mucho tiempo que estaba disipado.

Para explicar sus incomprensibles prodigalidades, los envidiosos ó los malvados hablaban, como lo habia hecho Sarah, de los grandes bienes de la duquesa de Lucenay, pero olvidaban que fuera de la futilidad de esta suposición Mr. de Lucenay tenia naturalmente un registro de los bienes de su muger, y que Mr. de Saint-Remy gastaba á lo menos cincuenta mil escudos ó doscientos mil francos al año. Otros hablaban de usureros imprudentes, pero Mr. de Saint-Remy no esperaba heredar nada. Otros en fin decian que era muy afortunado en el *turf* y hablaban en secreto de *mozos de caballos* y de *jokeys* corrompidos por él para hacer perder á los caballos contra quienes habia apostado mucho dinero.... pero el mayor número de la gente del mundo se cu-

raba poco de los medios á que recurría M. Saint-Remy para subvenir á sus gastos.

Por su nacimiento Mr. de Saint-Remy pertenecía al mejor y mas grande mundo; era festivo, valiente, de talento, buen compañero, muy vividor, daba excelentes comidas de hombres y entraba en todos los escotes que se le proponian; ¿qué mas necesitaba?

Las damas le adoraban, eran innumerables sus triunfos de todas especies; era jóven y hermoso, galante y magnífico en todas las ocasiones en que un hombre puede serlo con las señoras de alta sociedad, en fin, la infatuacion era tal que la oscuridad con que él envolvía el origen del Pactolo de donde sacaba á manos llenas, daba tambien á su vida cierto encanto misterioso. Se decia, sonriéndose con frescura: es preciso que este diablo de Saint-Remy haya encontrado la piedra filosofal.

Al saber que se habia hecho agregar á la legacion de Francia cerca del gran-duque de Gerolstein, algunas personas habian pensado que Mr. de Saint-Remy queria hacer una *retirada honrosa*.

El conde de*** dijo á Rodolfo presentándole á Mr. de Saint-Remy:

—Tengo la honra de presentar á V. A. al señor vizconde de Saint-Remy, agregado á la legacion de Gerolstein.

El vizconde saludó profundamente y dijo á Rodolfo.

--Se dignará V. A. escusarme la impaciencia que experimento de hacerle mis obsequios, me he dado quizá mucha prisa en gozar de un honor que tanto aprecio.

---Me será muy satisfactorio, caballero, veros en Gerolstein..... ¿Pensáis ir pronto allá?

---La permanencia de V. A. en Paris me hace no apresurar tanto mi partida.

---El pacífico contraste de nuestras cortes alemanas os pasmará mucho, habituado como estais á la vida de Paris.

---Puedo asegurar á V. A. que la benevolencia que se digna manifestarme y que quizá tendrá á bien continuar, harán que nunca heche de menos á Paris.

---No dependerá de mí, que no penseis siempre así durante el tiempo que paseis en Gerolstein.

Hizo Rodolfo una ligera indicacion de cabeza que anunciaba á Mr. de Saint-Remy que estaba terminada la presentacion.

El vizconde saludó respetuosamente y se retiró.

Rodolfo era muy fisonomista y sujeto á simpatias ó á aversaciones casi siempre justificadas; despues de las palabras que mediaron con Mr. de Saint-Remy, sin poder esplicarse la causa de ello, experimentó respecto á él una especie de despego involuntario. Hallaba alguna cosa pérfidamente astuta en sus miradas, y una fisionomia peligrosa.

.....

Volveremos á encontrar á Mr. de Saint-Remy en circunstancias que contrastarán bien terriblemente con la brillante posicion que ocupaba cuando fué presentado á Rodolfo, y se juzgará de la realidad de los pensamientos de este último.

.....

Terminada esta presentacion, Rodolfo, reflexionando en los raros encuentros que el acaso habia proporcionado, bajó al jardin de invierno; habia llegado la hora de cenar, los salones estaban casi desiertos; el lugar mas retirado del invernadero estaba al extremo de un bosquecillo, en el ángulo de dos paredes á quien ocultaba casi enteramente un enorme plátano, cercado de enredaderas: una puerta pequeña de servicio cubierta con enverjados, y que conducia á la sala del aparador por un largo corredor, habia quedado entrecabierta, no léjos de aquel frondoso árbol.

Resguardado por aquel cancel de verdura, se sentó Rodolfo en aquel paraje. Habia algunos momentos que estaba sumido en profundas reflexiones cuando su nombre, pronunciado por una voz bien conocida, le hizo estremecer.

Sarah, sentado al otro lado del bosquecillo que ocultaba enteramente á Rodolfo, hablaba en inglés con su hermano Tom.

Estaba Tom vestido de negro; aunque no tenia sino pocos años mas que Sarah, sus cabellos estaban casi blancos; su cara anunciaba una vo-

luntad fria, pero terca; su acento era apresurado y cortante, su mirada sombría, su voz hueca. Este hombre debia estar corroido por una gran pena ó por un gran odio.

Rodolfo escuchó atentamente la conversacion que sigue:

--La marquesa fué un instante al baile del baron de Nerval; se ha retirado felizmente sin poder hablar á Rodolfo que la buscaba, porque siempre temo el influjo que ejerce sobre ella; influjo que tanto trabajo me ha costado combatir y destruir en parte..... En fin esta rival que mas adelante podia perjudicar tanto mis proyectos..... esta rival estará perdida mañana..... Escuchadme esto es grave..... Tom.

--Os engañais, nunca ha pensado en la marquesa.

--Ahora es tiempo de daros algunas esplicaciones á este respecto..... Muchas cosas han pasado durante vuestro último viage..... y como es preciso obrar mas pronto de lo que yo pensaba..... esta misma noche..... al salir de aquí, es indispensable esta conversacion..... Afortunadamente estamos solos.

--Os escucho.

--Esa muger antes de haber visto á Rodolfo, estoy segura de ello, nunca habia amado..... No sé porque razon tiene un invencible despego á su marido. En ello hay un misterio que en vano he querido penetrar. La presencia de Rodolfo escitó

en el corazón de Clemencia mil conmociones nuevas. Soloqué este amor naciente con revelaciones graves acerca del príncipe. Pero la necesidad de amar estaba despertada en la marquesa; encontrado en mi casa á ese Carlos Robert, le llamó la atención su hermosura como la suele llamar la vista de una pintura: este hombre es desgraciadamente tan bobo como bello, pero tiene algo de interesante en sus miradas; ponderé la nobleza de su alma, lo elevado de su carácter. Sabia la bondad natural de Mad. de Harville; coloreé á Mr. Robert con las mas interesantes desgracias; le recomendé que estuviese siempre mortalmente triste; que no hiciese mas que suspirar y quejarse y ante todas cosas hablar poco. Ha seguido mis consejos. Gracias á su talento de cantor, á su figura, y sobre todo á su apariencia de tristeza incurable, se ha hecho mas ó menos amar de Mad. de Harville, que ha cambiado asi aquel deseo de amar que solo la vista de Rodolfo habia despertado en ella..... Comprendéis ahora?

---Perfectamente, continuad.

---Roberto y Mad. de Harville no se veian intimamente mas que en mi casa; cantábamos dos veces á las semana los tres, por la mañana. El bello tenebroso suspiraba, decia algunas palabras tiernas en voz baja; entregó dos ó tres billetes. Mas temia yo aun su prosa que sus palabras; pero una muger es siempre indulgente con las primeras declaraciones que le hacen, las de mi pro-

tegido no le incomodaron; lo que á este le importaba era obtener una cita. La marquesita tenia mas principios que amor, ó mas bien no tenia bastante amor para olvidar los principios..... Sin saberlo, existia siempre en el fondo de su corazon un recuerdo de Rodolfo que velaba por decirlo asi sobre ella y combatia la débil inclinacion á Mr. Carlos Robert..... inclinacion mucho mas factica que real, pero entretenido por su vivo interes por las desgracias imaginarias de Mr. Carlos Robert, y por la esageracion incesante de mis alabanzas respecto á ese Apolo sin sesos. En fin, Clemencia, vencida por la apariencia profundamente desesperada de su desgraciado adorador, se decidió un dia á concederle aquella cita tan deseada.

Os hizo su confidente?

Me manifestó su inclinacion á Carlos Robert, esto es, todo; no hice nada para saber mas; esto me hubiera molestado. Pero el, enagenado por la felicidad ó mas bien por el orgullo, me dió parte de su dicha, sin decirme sin embargo el dia ni el lugar de la cita.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Karl, por orden mia, fué el dia despues y siguiente, muy temprano á emboscarse en la puerta de Mr. Robert y lo siguió. El segundo dia, á eso de las doce, nuestro enamorado tomó en un coche de alquiler el camino de un barrio estraviado, calle del Temple... Se apeó en una casa

de mala faza; estuvo allí como hora y media, luego se fué. Karl esperó largo tiempo para ver si alguna persona salía detras de Carlos Robert. Nadie salió; la marquesa habia faltado á su promesa. Lo supo al dia siguiente por él mismo, tan incómodo como engañado. Le aconsejé redoblase su desesperacion. La compasion de Clemencia se conmovió más; nueva cita, pero tan vana como la primera. La tercera sin embargo llegó hasta la puerta: esto era un progreso. Veis cuanto lucha esa mujer, y por qué? porque, estoy segura de ello, y es lo que causa mi odio, tiene siempre en el fondo del corazon, y sin saberlo, un pesimismo para Rodolfo que parece tambien protegerla. En fin, esta noche, la marquesa ha dado á ese Robert una cita para mañana; esta vez, no lo dudo, firará; el duque de Lucenay ha ridiculizado tan groseramente á ese jóven, que la marquesa, desconcertada por la humillacion de su amante, le ha concedido por compasion lo que quizá sin eso no hubiera hecho; esta vez, os lo repito, cumplirá su promesa.

--Cuales son vuestros proyectos?

--Esta mujer obedece á una especie de intereses caritativo: esaltado, pero no al amor; Carlos Robert es tan poco al caso, para comprender la delicadeza del sentimiento que, esta noche, há dictado la resolucion de la marquesa, que mañana querrá aprovecharse de esta cita, y se perderá completamente en el ánimo de Clemencia, que se

resigna á este paso comprometido sin afecto, sin pasion, y solamente por piedad. En una palabra, no lo dudo, va allá para hacer alarde de valeroso interes, pero perfectamente tranquila y bien segura de no olvidar un momento sus deberes. El tal Carlos Robert no concebirá esto, la marquesa le cobrará aversion, y, destruida su ilusion, volverá á caer bajo la influencia de sus memorias de Rodolfo, que, estoy cierta de ello, no se apartan nunca del fondo de su corazon.

--Y bien!

--Y bien! quiero que se pierda para siempre para Rodolfo; venderia no lo dudo, temprano ó tarde la amistad de Mr. de Harville correspondiendo al amor de Clemencia; pero tomará horror á esta si sabe que es culpable de una falta de que él no fuese el objeto; en fin, pretestando el afecto que lo une á Mr. de Harville, no volverá nunca á ver esta mujer que habrá tan indignamente engañado á un amigo que tanto quiere.

--¿Quereis pues prevenir al marido?

--Si, y esta noche misma, salvo vuestro parecer, al menos. Segun lo que me ha dicho Clemencia, tiene él sospechas vagas, sin saber sobre qué fijarlas..... Son las doce, vamos á dejar el baile; entrareis en el primer café que se encuentre, escribireis á Mr. de Harville que su mujer va mañana, á la una, á la calle del Temple núm. 17, para una cita amorosa. El es celoso, sorprenderá á Clemencia, el resto podeis adivinarlo.

—Esta es una accion abominable, dijo friamente el caballero.

—Sois escrupuloso, Tom?

—De contado haré lo que deseais; pero os repito que es una accion abominable.

—Consentis no obstante?

Si..... esta noche será Mr. de Harville instruido de todo. Y..... pero..... me parece que hay alguien ahí, detras de ese bosquecillo! dijo de pronto Tom interrumpiéndose y hablando en voz baja.—Me parece que he oido moverse.

—Vedlo, dijo Sarah con inquietud.

Tom se levantó, dió vuelta al bosquecillo y no vió á nadie.

Rodolfo acababa de desaparecer por la puertecilla de que hemos hablado.

—Me engañé dijo Tom al volver, no hay nadie.

—Es que me parecia.....

—Escuchad, Sarah, no creo á esa muger tan peligrosa como lo pensais para lo futuro de nuestro pooyecto. Rodolfo tiene ciertos principios que no quebrantaré nunca. La jòven que ha conducido á aquella hacienda, hace seis semanas, disfrazado de artesano, aquella criatura que tanto cuidaba, á la cual se da una educacion esmerada, y que él ha ido á visitar muchas veces, me inspira temores mas fundados. Ignoramos quien es: aunque parece pertenecer á una clase oscura de la sociedad. Pero la rara hermosura de que está do-

tada. segun se dice el disfraz que Rodolfo tomó para conducirla á aquel lugar, el interes que se toma por ella, todo prueba, que este afecto no es en valde. Me he adelantado á vuestros deseos. Para superar este otro obstáculo, mas real ha sido menester obrar con una estremada prudencia, informanos bien acerca de la gente de la hacienda y de lo que acostumbra hacer aquella jóven..... He obtenido estas noticias; el momento de obrar ha llegado; la casualidad me ha proporcionado aquella horrible vieja que habia guardada las señas que le dí. Sus relaciones con las peersonas de la clase del bandido que nos alacó cuando nuestra excursion á la ciudad, nos servirán poderosamente, no habrá prueba alguna contra nosotros..... Si aquella criatura, como lo parece, pertenece á la clase trabajadora, no vacilará entre nosotras ofertas y la suerte tan brillante que puede imaginar, porque el príncipe ha guardado un profundo incógnito..... en fin mañana se resolvera esta cuestion si no..... veremos....

--Quitados de enmedio estos dos obstáculos:... Tom..... entonces nuestro gran proyecto.

Ofrece dificultades, pero puede salir bien.

--Confesad que tendremos felizmente una ventaja mas, si lo ejecutamos en el momento en que Rodolfo estuviere doblemente abrumado con el escándalo de la conducta de Mad. de Harville y con la desaparicion de aquella criatura por quien tanto se interesa.

--Lo creo..... Pero si esta última esperanza se nos va tambien de entre las manos..... entonces me verá libre..... dijo Tom mirando á Sarah con aire sombrío.

--Sereis libre!

--No me renovareis mas las súplicas que, por dos veces, á pesar mio han suspendido mi venganza!-- Luego, mostrando con la vista la gasa que llevaba en el sombrero y los guantes negros que cubrian sus manos, añadió sonriéndose con aire siniestro.—Espero siempre..... Bien sabeis que llevo este luto hace diez y seis años..... y que no lo dejaré hasta que.....

Sarah, cuyas facciones espresaban un temor involuntario, se apresuró á interrumpir á su hermano, y le dijo con ansiedad.

--Os digo que sereis libre..... Tom..... porque entonces la profunda confianza que me ha sostenido hasta aqui en circunstancia tan diversas porque ha sido justificada mas allá de la prevision humana..... me abandonará enteramente..... Pero hasta entonces no hay peligro tan pequeño en apariencia que no quiera yo separar á todo precio..... El buen éxito depende muchas veces de las causas mas pequeñas..... Obstáculos pocos graves quizá se ballen en mi camino en el momento en que me acerco al fin; quiero tener el campo libre, los venceré. Mis medios son odiosos, enhorabuena!..... He sido tratada bien?..... exclamó Sarah levantando involuntariamente la voz.

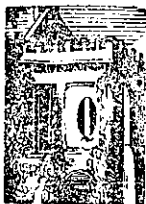
--Silencio! vuelven de la cena, dijo Tom.--
Puesto que creéis útil prevenir al marques de Harville de la cita de mañana, vámonos..... es tarde.

--La hora adelantada en que le será dado este aviso probará su importancia.

Tom y Sarah salieron del baile de la embajadora de***

CAPITULO X.

Las Citas.



ueriendo Rodolfo á todo precio advertir a Mad. de Harville del peligro que corria, salió de la embajada sin esperar el fin de la conversacion de Tom y de Sarah ignorando la maquinacion tramada por ellos contra *Flor celestial* y el peligro inminente que amenazaba á este jóven.

A pesar de su celo, Rodolfo no pudo por desgracia salvar á la marquesa como esperaba.

Esta cuando salió de la embajada, debia por atencion presentarse un momento en casa de Mad. de Nerval; pero vencida por las conmociones que la agitaban, no tuvo ánimo para ir á esta segunda fiesta, y se fué á su casa.

Este contratiempo lo perdió todo.

Mr. de Graun, como casi todas las personas de la sociedad de la condesa***, estaba convidado en casa de Mad. de Nerval, Rodolfo lo envió allí rapidamente, con órden de buscar á Mad. de Harville en el baile, y prevenirla que el príncipe deseaba decirle aquella misma noche alguna cosa del mayor interes, se hallaria á pie delante de la casa de Harville, y que se acercaria al coche de la marquesa para hablarla por la portezuela, mientras los criados abrian la puerta cochera.

Despues de haber perdido mucho tiempo en buscar á Mad. de Harville en el baile, volvió el baron..... Esta no pareció allí.

Rodolfo se desesperó: habia sábiamente pensado que era menester ante todo advertir á la marquesa de la traicion de que se la queria hacer la víctima; porque entónces la delacion de Sarah, que él no podia impedir, pasaria por una indigna calumnia. Era muy tarde..... la carta habia llegado á manos del marqués á las once.

.....

El dia siguiente por la mañana se paseaba pausadamente Mr. de Harville en su alcoba; amueblada con una elegante sencillez y adornada solamente con una panoplia de armas modernas y un estante lleno de libros.

La cama no estaba deshecha; una silla y una mesita de ébano estaban caídas cerca de la chimenea; ademas se veian sobre el tapiz pedazos de

crystal, bugias medio aplastadas y un candelero de dos brazos que habia rodado un gran trecho.

Este desórden parecia haber sido causado por una lucha violenta.

Mr. de Harville tenia unos treinta años, figura varonil y carecterizada, de espresion ordinariamente agradable y afectuosa; pero en esta ocasion, contraida, pálida, cárdena; tenia puesto el vestido del dia anterior; su cuello desnudo, su chaleco desabrochado; su camisa desgarrada parecia estar salpicada de algunas gotas de sangre; sus cabellos negros, ordinariamente rizados, caian lacios y desaliñados sobre su lívida frente.

Despues de haberse todavia paseado largo tiempo con los brazos cruzados, la cabeza baja y la vista fija y roja, se paró de repente delante de su chimenea apagada, á pesar del mucho frio que habia hecho aquella noche. Tomó de encima de la chimenea la siguiente carta que volvió á leer con devorante atencion, á la escasa luz de este dia de invierno.

«Mañana á la una, debe ir vuestra muger á „la ealle del Temple, número 17, para una cita „amorosa. Seguidla, y lo sabreis todo..... Feliz es- „poso! »

A medida que leia estas palahras, ya tantas veces leidas, sus lábios morados por el frio, parecian deletrear letra por letra aquel funesto billete.

En este momento se abrió la puerta, y entró

un criado.

Un sirviente, ya viejo, con los cabellos canos, figura honrada y buena.

El marqués volvió bruscamente la cabeza sin cambiar de postura, teniendo siempre la carta entre sus dos manos.

--¿Qué quieres? dijo ásperamente á su criado.

Este, en lugar de responder, contemplaba como pasmado de dolor el desórden de la alcoba, luego mirando atentamente á su amo, exclamó:

--Sangre en vuestra camisa..... Dios mio! Dios mio, señor, estareis herido... Estabais solo... Porque no me llamásteis... como de ordinario; cuando sentisteis los.....

--Vete.....

--Pero, señor, no penseis en eso, vuestro fuego está apagado, aquí hace un frio mortal, y sobre todo despues... vuestra.....

--Te callarás.... déjame.....

--Pero, señor marqués, repuso el ayuda de cámara todo temblando, habeis dado órden á Mr. Doublet de estar aquí hoy por la mañana á las diez y media; ya es esta hora, y está ahí con el escribano.

--Es esacto, dijo amargamente el marqués recuperando su sangre fria. El que es rico debe pensar en sus negocios..... Es cosa tan hermosa el caudal!..... Luego añadió:--Haz entrar en mi gabinete á Mr. Doublet.

--Está allí, señor marques.

--Dame la ropa..... ahora mismo..... voy á salir....

--Pero, señor marques.

--Haz lo que te digo, José, dijo Mr. de Harville con tono mas suave.-- Despues añadió. Han entrado ya en la habitacion de mi muger?

--Yo creo que todavia no ha llamado la señora marquesa.

--Asi que llame avisame.

--Muy bien, señor marques.

--Di á Felipe que venga á ayudarte; no concluirás!

--Pero, señor, esperad que arregle esto, respondió tristemente José.-- Puede verse este desórden y no comprenderse lo que habrá podido ocurrir esta noche al señor marques.

--Y si se comprendiese..... seria bien horroroso, no es así? replicó Mr. de Harville con tono doloroso de chanza.

--Ah! señor, exclamó José, gracias á Dios, nadie lo sospecha....

--Nadie? No! nadie..... respondió el marques con aire sombrío.

Mientras que José se ocupaba en reparar el desórden de la alcoba de su amo, se fué este derecho á la panoplia de que hemos hablado, examinó atentamente, durante algunos minutos, las armas que la componian, hizo un gesto de satisfaccion siniestra y dijo á José:

--Estoy seguro que has olvidado hacer limpiar

mis escopetas que están allá arriba en mi caja de efectos de cacería?

—El señor marques no me ha hablado de ello, dijo José como admirado.

—Sí; pero lo has olvidado.

—Protesto al señor marques.

—Deben hallarse en un bello estado!

--Apenas hace un mes que se llevaron en casa del armero.

—No importa, así que estuviere vestido, ve á buscarme esa caja; quizá vaya á cazar mañana ó el otro, quiero examinar las escopetas.

--Las bajaré ahora mismo.

Arreglada la alcoba, vino otro criado á ayudar á José.

Así que acabó de vestirse, entró el marqués en el gabinete donde le esperaban Mr. Doublet, su administrador, y un dependiente del escribano.

--Aquí está el instrumento que vamos á leer al señor marqués, dijo el administrador, no falta mas que firmarlo.

--Lo habeis leído, Mr. Doublet?

--Sí, señor marqués.

--En ese caso, basta..... firmo.....

Firmó, y se fué el dependiente del escribano.

--Por medio de esta adquisicion, señor marqués, dijo Mr. Doublet con aire triunfante, vuestras rentas, en bellas y buenas tierras..... no bajan de 126,000 francos en efectivo..... Sabeis que esto es raro, señor marqués, una renta de 126,000

francos en tierras?

--Soy un hombre muy feliz, no es así. Mr. Doublet? 126,000 francos de renta en tierras! No hay felicidad semejante!

--Sin contar la cartera del señor marqués..... sin contar.....

--Ciertamente y sin contar..... otras muchas felicidades.

--Loado sea Dios! señor marqués, porque no os falta nada, juventud, riqueza, bondad, salud.... todas las felicidades reunidas; y entre ellas, dijo Mr. Doublet sonriéndose agradablemente, ó mas bien á su cabeza..... pongo la de ser esposo de la señora marquesa, y tener una hija chiquita que parece un querubín.....

Mr. de Harville lanzó una mirada siniestra al administrador.

Dejamos de pintar la espresion de agreste ironía con que dijo á Mr. Doublet, dándole familiarmente en el hombro:

--Con 126,000 francos de rentas en tierra, y una muger como la mia..... y un hijo que parece un querubín..... no queda nada que desear, no es así?

--Ola! ola! señor marqués, respondió sencillamente el administrador, queda que desear vivir el mas largo tiempo posible.... para casar á la señorita vuestra hija, y ser abuelo..... Que lo llegue así á ser..... es lo que deseo con todo mi corazón al señor marqués, como á la señora marquesa que

sea abuela y bisabuela.

--Este bueno Mr. Doublet... quien piensa en Filemon y en Baucis, siempre está lleno de comparaciones!

--El señor marqués es muy bueno.... No tiene nada que ordenarme?

--Nada..... Ah! sí, cuanto teneis en caja?

--Diez y nueve mil trescientas y mas libras para lo corriente, señor marqués, sin contar el dinero depositado en el Banco.

--Me traereis hoy por la mañana diez mil francos en oro, y los entregareis á José si hubiere yo salido.

--Hoy por la mañana?

--Hoy por la mañana.

--Dentro de una hora estarán los fondos aquí... No tiene nada mas que decirme el señor marqués?

--No, Mr. Doublet.

--126,000 francos de rentas en sacos! en sacos! repitió el administrador yéndose.--Hermoso dia ha sido este para mi; temia tanto que nos quedásemos sin esa hacienda que tanto nos convenia.... Servidor vuestro, señor marqués.

--Hasta la vista, Mr. Doublet.

Apenas salió el administrador, cuando Mr. de Harville cayó sobre una silla como postrado; apoyó los codos sobre su bufete, y ocultó su cara entre las manos.

Por primera vez desde que recibió la fatal car-

ta de Sarah, pudo llorar.

--Oh! decia, cruel irrisión del destino... que me ha hecho rico?... Que poner ahora en este marco de oro?... Mi vergüenza.... la infamia de Clemencia, infamia que un escándalo va quizá á hacer resaltar hasta la frente de mi hija..... Este escándalo, debe resolverme á él ó debo tener compasion.... de... Luego, levantándose con los ojos chispeantes, los dientes apretados convulsivamente, exclamó con voz apagada:--No..... no..... sangre, sangre: lo terrible salva lo ridiculo!.... Ahora comprendo su aversion.... Miserable!....--Despues, parándose de pronto, como aterrado por una repentina reflexion, continuó con voz apagada:--Su aversion.... Oh! bien sé yo lo que la causa, la horrorizo.... la espantol.... Y despues de un largo silencio:--Pero es culpa mia? Es menester por esto que me engañel.... En vez de odio.... no es compasion lo que merezco? repuso animándose por grados.--No, no, sangre.... los dos.... los dos..... porque ella sin duda lo ha *dicho todo* al OTRO.

Este pensamiento redobló el furor del marqués. Levantó sus dos puños crispados hácia el cielo; luego pasando su mano ardiente por los ojos, y sintiendo la necesidad de estar sosegado delante de sus criados, entró en su alcoba con una aparente tranquilidad, halló en ella á José.

--Y bien, las escopetas?

Helas aqui, señor marqués; están perfectamente.

--Voy á asegurarme de ello..... Ha llamado mi muger?

--No sé, señor marqués.

--Ve á saberlo.

El criado se fué.

Mr. de Harville se dió prisa á tomar de la caja de las escopetas un frasquito de pólvora, algunas balas, pistones, luego cerró la caja y guardó la llave; se fué en seguida á la panoplia, tomó un par de pistolas de Manton de medio calibre, las cargó y las hizo entrar fácilmente en las faltriqueras de su redingote de la mañana.

En este momento volvió José.

--Señor, se puede entrar en la habitacion de la señora marquesa.

--Ha pedido Mad. de Harville su coche?

--No señor marqués; la señorita Julieta ha dicho delante de mí al cochero de la señora marquesa, que fuese á tomar órdenes para la mañana, que como hace frio y no llueve la señora saldrá á pié..... si sale.

--Muy bien..... Ah! se me olvidaba; si voy á cazar será mañana ó despues.... dí á Williams que vaya al prado verde esta misma mañana; me entiendes?

--Sí, señor marqués.....--No quereis el baston?

--No..... Hay aqui cerca alguna parada de coches do alquiler?

--Muy cerca, en la esquina de la calle de Lila.

En seguida, despues de un momento de duda y de silencio, continuó el marqués:

--Ve á preguntar á la señorita Julieta si Mad. de Harville está visible.

--Salió José.

--Vamos..... es un espectáculo como otro cualquiera. Sí, quiero ir á su habitacion y observar la máscara almidonada y pérfida bajo la cual esta infame medita sin duda el adulterio ahora mismo; escucharé su boca mentir mientras leeré el crimen en aquel corazon ya viciado.... Sí.... esto es curioso, ver como os mira, os habla y os responde una muger que un instante despues vá á manchar vuestro nombre con una de aquellas manchas ridículas y horribles que no se lavan sino con olas de sangre..... Qué insensato soy! me mirará, como siempre, la sonrisa en los lábios, el candor en la frente! Me mirará como mira á su hija besándola en la frente y haciéndole pedir á Dios... La mirada..... el espejo del alma!--y se encogió de hombros con desprecio;--mientras mas amable y púdica, mas falsa y corrompida es. Ella lo prueba. Y he sido tratado como un tonto..... Oh! rabia! con qué frio é insolente desprecio debia contemplarme á través de aquel espejo impostor, cuando en el momento quizá en que iba á buscar á otro... lo colmaba yo de pruebas de estimacion y de cariño..... le hablaba como á una madre jóven, casta y honrada, en quien tenia puesta esperanza de toda mi vida..... No..... no..... e llamó Mr.

de Harville sintiendo aumentarse su furor.--No... no la veré, no quiero verla.... ni á mi hija tampoco.... me descubriría, comprometería mi venganza.

Al salir de su habitacion, en vez de entrar en la de Mad. de Harville, dijo solamente á la doucella de la marquesa:

--Direis á Mad. de Harville que queria hablarle esta mañana, pero que tengo precision de salir por un momento: si por casualidad le conviniese almorzar conmigo, volveré á eso de las doce; sino, que no me espere.

--Pensando que vuelvo, se creerá mucho mas libre, se dijo á sí Mr. de Harville, y se fué á la parada de coches inmediata á su casa.

--Cochero, por hora!

--Sí, mi amo; son las once y media. Donde vamos?

--Calle de Belle Chasse, hasta la esquina de la calle de Santo Domingo, al largo de toda la tapia de un jardin que hay allí.... pararás.

--Sí, mi amo.

Mr. de Harville bajó las cortinas. El coche echó á andar y pronto llegó casi en frente de la casa del marqués, de la cual no podia salir nadie sin que él lo viese. La cita concedida por su muger era á la una, le esperaba con la vista fija sobre la puerta de su casa.

Su pensamiento iba arrastrado por un torrente de cólera tan horrible y tan vertigoso, que

só que quizá la carta que habia recibido era una indigna calumnia.... Si Clemencia era culpable, á qué tenia falsa apariencia de religion? no era esto una burla sacrilegal!

Por un momento tuvo Mr. de Harville un rayo de esperanza: tanto contraste habia entre la aparente piedad y el paso de que acusaba á su muger.

Esta consoladora ilusion no duró largo tiempo.

Su cochero se agachó y le dijo.

--Mi amo, la señorita vuelve á subir á su coche.

--Siguela.

--Sí, mi amo!.... Muy divertido..... muy divertido....

El coche pasó los muelles, la casa del Ayuntamiento, en fin, llegó á la calle del Temple.

--Mi amo, dijo el cochero volviéndose hácia Mr. de Harville, el camarada acaba de pararse en el número 17 estamos en el 13, nos paramos tambien?

--Si.....

Mi amo, la señorita acaba de entrar en el portal del número 17.

Abreme.

--Sí, mi amo.....

Algunos segundos despues, Mr. de Harville entraba en el portal detras de su muger.

arrancó un grito sordo.

Hasta entonces solo había padecido su alma, porque hasta allí no había pensado mas que en la santidad de los deberes ultrajados.

Su impresion fué tan cruel que apenas pudo disimular la alteracion de su voz para hablar al cochero, levantando un poco la cortina.

--Ves bien á esa muger con pañolon azul y sombrero negro que sigue lo largo de la tapia?

--Sí, mi amo.

--Anda al paso, y siguela..... Si va á la parada de los coches donde te he tomado, párate y sigue al coche en que ella suba.

--Sí, mi amo..... Vaya, vaya, esto es divertido!

Mad. de Harville, se dirigió en efecto á la parada de los coches y subió en uno de ellos.

El cochero de Mr. Harville la siguió.

Echaron andar los dos coches.

Al cabo de algun tiempo, con gran admiracion del marqués, su cochero tomó el camino de la iglesia de Sto. Tomas de Aquino, y luego se paró allí.

--Y bien, qué haces?

--Mi amo, la señora acaba de entrar en la iglesia..... Voto á chápiros!..... buenas piernas, lo mismo..... Esto es muy divertido!

Mil pensamientos diversos agitaron á Mr. de Harville; creyó, en primer lugar, que su muger, notando que la seguian, quiso evitarlo. Luego pen-

ta de enfrente.

La marquesa llena de confusion puso el pie en el primer escalon.

Jal jal jal añadió la vieja fingiendo que se reia; parece que para todos ¡es bueno hoy. Viva la boda y andad.

Esto no impide que sea el comandante aficionado, repuso la abridora de otras; no le disgustan los versos á la regañona.

Si no le hubiera sido preciso pasar de nuevo por delante del cuarto en que estaban estas gentes, Mad. de Harville, muerta de vergüenza y de horror hubiera vuelto á bajar al instante. Hizo un último esfuerzo y llegó á la meseta.

Cual fue su sorpresa... se halló cara á cara con Rodolfo, que poniéndole una bolsa en la mano le dijo precipitadamente.

--Vuestro marido lo sabe todo, os sigue....

En este momento se oyó la voz áspera de Mad. Pipelet gritar.

--Dónde vais caballero?

El es dijo Rodolfo; y añadió rápidamente, empujando por decirlo así á Mad. de Harville hácia la escalera del segundo piso.

--Subid al quinto piso; venis á socorrer á una familia desgraciada; se llama Morel....

--Caballero pasareis por encima de mi cuerpo antes que subir sin decir donde vais.... gritó Mad. Pipelet obstruyendo el paso á Mr. de Harville.

Viendo desde el principio del callejon á su

muger hablando con la portera, se habia el tambien parado un momento.

--Vengo con aquella señora.... que acaba de entrar dijo el marqués.

--Eso es diferente, entonces pasad.

Habiendo oido un ruido inusitado, Mr. Carlos Robert entreabrió su puerta; Rodolfo entró bruscamente en la habitacion del comandante y se encerró allí con él en el momento en que Mr. de Harville llegaba á la meseta. Rodolfo temiendo apesar de la obscuridad ser reconocido por el marqués, se aprovechó de la ocasion para librarse de ello con seguridad.

Mr. Carlos Robert, magníficamente vestido con su bata de ramos y su gorro griego de terciopelo bordado, quedó pasmado á la vista de Rodolfo que no habia conocido el dia antes en la embajada, y que estaba en este momento vestido mas que modestamente.

--Caballero.... que significa?

--Silencio! dijo Rodolfo en voz baja, y con tal espresion de angustia, que Mr. Carlos Robert se calló.

--Resonó en el silencio de la escalera un ruido violento como el de un cuerpo que cae y rueda por muchos escalones.

--El infeliz la ha matado! exclamó Rodolfo.

Matadol.... Quién? Pues que es lo que pasa aqui? dijo Mr. Carlos Robert en voz baja y perdiendo el color.

Rodolfo, sin responderle, entreabrió la puerta.

Vió bajar muy de prisa y cojeando al Jorobado que llevaba en la mano la bolsa de seda encarnada que Rodolfo acababa de dar á Mad. de Harville.

El Jorobado desapareció.

Se oyó el paso ligero de Mad. de Harville y el mas pesado de su marido, que continuaba siguiéndola á los pisos superiores.

No comprendiendo como el Jorobado tenia aquella bolsa en su poder, pero un poco tranquilo, Rodolfo dijo á Mr. Robert.

--No salgáis de aqui, lo echareis todo á perder.....

--Pero en fin, caballero, replicó Mr. Robert, con un tono impaciente é irritado, me direis qué significa esto? quien sois, y con que derecho.....

--Esto significa caballero, que Mr. de Harville lo sabe todo, que ha seguido á su muger hasta vuestra puerta y que la sigue hácia arriba.

--Ah! Dios mio! Dios mio! exclamó Carlos Robert juntando las manos con espanto, pero qué es lo que vá á hacer allá arriba?

Poco os importa; estad aquí y no salgáis hasta que la portera os avise.

Dejando á Mr. Robert, tan asustado como estupefacto, bajó Rodolfo al cuarto del portero.

--Y bien, que decis? gritó Mad. Pipelet con aire radiante, esto vá bien..... hay un caballero que sigue á la señora. Sin duda es el marido, el ama-

rillita; odo lo he adivinado de seguida, y le he-
cho subir. Va á batirse con el comandante, esto
hará mucho ruido en el barrio, acudirán muchos
á ver la casa como iban al núm. 36, donde se co-
metió un asesinato.

Querida Mad. Pipelet, quereis hacerme un gran
servicio? Y puso Rodolfo cinco luisas en la mano de
la portera. Cuando esta señorita baje..... pregun-
tadle como están los pobres Morel, decidle que
hace una buena obra en socorrerlos, como lo pro-
metió cuando vino á tomar informes acerca de
ellos.

Mad. Pipelet miraba al dinero y á Rodolfo co-
mo pasmada.

--Como..... caballero, este oro..... es para
mí? y la señorita..... no está en casa del coman-
dante?

--El caballero que la sigue es su marido. Ad-
vertida á tiempo, la pobre muger ha podido subir
á la habitacion de los Morel, á quienes aparenta
traer socorros; comprendéis?

--Sí, os comprendo..... Es preciso que os ayude á
engañar al marido..... bien está..... Oh, ah, ah, pa-
rece que en toda mi vida he hecho otra cosa.....
decís pues?

Se vió entonces levantarse bruscamente el
sombbrero de Mr. Pipelet á la media luz del
cuarto.

--Anastasia, dijo gravemente Alfredo, parece
que no respetas nada en la tierra, como Mr. César

Bradamanti; hay cosas que no se puede jugar con ellas, aun cuando haya intimidación....

--Vamos, vamos, querido viejo, no la echés de santurrón ni pongas los ojos en blanco.... bien ves que chasco. Demasiado sabes que no hay persona en el mundo que pueda alabarse de.... en fin basta.... Si sirvo á esta gente j6ven, es por servir á nuestro nuevo vecino que es tan bueno. Luego, volviéndose hácia Rodolfo:--Vais á verme trabajar!..... queréis ocultaros en ese rincón detras de la cortina?..... mirad: los estoy oyendo.

Rodolfo se dió prisa á ocultarse.

Mr. y Mad. de Harville bajaban. El marqués daba el brazo á su muger.

Cuando llegaron en frente del cuarto, las facciones de Mr. de Harville espresaban una profunda felicidad, mezclada de pasmo y de confusión.

Clemencia estaba tranquila y pálida.

--Y bien! mi buena señorita.... gritó Mad. Pipet saliendo de su cuarto, habeis visto á esos pobres Morel? No es verdad que parten el corazón? Ah! Dios mio..... Que buena obra habeis hecho.... Os dije que eran dignos de toda compasión, la última vez que vinisteis á informaros.... Estad segura, vaya, nunca hareis demasiado por tan buena gente.... no es así, Alfredo?

Alfredo, cuya gazmoñeria y rectitud natural se sublevaban con la idea de entrar en aquella trama anti-conyugal, respondió vagamente con una

especie de refunfuñamiento negativo.

Mad. Pipelet prosiguió:

--Alfredo suele padecer de distracciones, lo que hace que no haya entendido; á no ser así, os diría como hago yo, que sea pobre gente no dejará de pedir á Dios por vos, mi digna señorita.

Mr. de Harville miraba á su muger como admirado, y repetía:

Un ángel.... un ángel.... Oh, que calumnia....

--Un ángel? tenéis razon, caballero, un buen ángel de Dios....

--Amigo mío, partamos, dijo Mad. de Harville que sufría horriblemente por lo que se había violentado desde que entró en aquella casa; sentía que le faltaban las fuerzas.

--Partamos dijo el marqués.

Y aña lió al salir del callejon:

--Clemencia, necesito perdon y piedad....

--Quién no lo necesita? dijo la jóven suspirando.

Rodolfo salió de su escondite, profundamente conmovido con esta escena de terror mezclada de ridiculéz y de groseria, desenlace extraño de un drama misterioso, que habia escitado tantas pasiones diversas.

--Y bien dijo Mad. Pipelet, me parece que he hecho andar bien al amarillito? Podrá ahora a su muger en un retablo.... Pobre hombre... Y vuestros muebles, Mr. Rodolfo, no los traéis?

--Voy á ocuparme de ello..... Ahora podéis

advertir al comandante que puede bajar.

--En verdad, esta es una farsa!.... Parece que habiaba su habitacion para el rey de Prusia..... bien hecho..... con sus malos doce francos al mes...

Rodolfo se fué.

--Oiste Alfredol dijo Mad. Pipelet, ahora..... me voy á reir de lo lindo con el comandante.

Y subió á la habitacion de Mr. Carlos Robert; llamó y le abrió este.

--Comandante, y llevó Anastasia militarmente el dorso de la mano á su peluca, vengo á poneros en libertad. Se han ido de braceros, el marido y la muger, en vuestras barbas; es lo mismo, os habeis escapado de una buena.... gracias á Mr. Rodolfo le debeis colgar el milagro.

--Es Mr. Rodolfo ese cahallero delgado, con vi gotes?

--El mismo.....

--Y quién es ese hombre?

--Ése hombre? exclamó Mad. Pipelet como enfadada, es otro como cualquiera! Es un comisionista viajante, vecino de la casa, que no ocupa mas que una pieza y no anda con roñerías.... Me ha dado seis francos porque se la cuida: seis francos, y adelantados... .. ademas! seis francos sin ajustar.

--Bien, bien.... tomad la llave.

--Será menester encender mañana la chimenea, comandante?

--No!

--Y pasado mañana?

--No! no!

Y bien, comandante, os acordais? os dije que no sacarais los gastos:

Mr. Carlos Robert lanzó una mirada despreciativa á la portera y se fué, no pudiendo comprender como un comisionista viajante, Mr. Rodolfo, estaba instruido de su cita con la marquesa de Harville.

En el momento de salir del portal se encontró con el Jorobado que venia cojeando.

--Aqui estás tú buena pieza? dijo Mad. Pipet.

--Ha venido la Tuerta á buscarme? preguntó el muchacho á la portera sin responderle.

--El Mochuelo! no, vil monstruo. Para que ha de venir á buscarte?

--Toma! para llevarme al campo! dijo el Jorobado balanceándose en la puerta del cuarto.

--Y tu amo?

--Mi padre ha pedido á Mr. Bradamanti que me de licencia hoy..... para ir al campo.... al campo..... al campo..... cantó el hijo de Brazo-rojo medio bailando y tocando en los cristales del cuarto.

--Quiéres estarte quieto, picaro..... vas á romperme los vidrios! Pero ahí está un coche de alquiler.

---Ah! bueno, es el Mochuelo, dijo el muchacho, que dicha ir en coche!

En efecto por los cristales y sobre la cortina

encarnada se veía delineado el perfil de la Tuerta.

Hizo esta una seña al Jorobado, y acudió.

El cochero abrió la portezuela y subió al coche.

La Tuerta no estaba sola.

En el otro rincón del coche, envuelto en una capa vieja con cuello forrado, la cara medio tapada con un gorro de seda negro que le caía hasta las cejas..... se veía al Dómine.

Sus párpados encarnados dejaban ver, por decirlo así dos ojos blancos inmóviles, sin pupilas y que hacían aun mas espantosa su cara llena de costurones, que el frío jaspeaba de cicatrices moradas y lividas.....

--Vamos, muchacho; échate junto á mi hombre lo calentaras, dijo la Tuerta al Jorobado, que se acurrucaba como un perro entre las piernas del Dómine y del Mochuelo.

--Ahora, dijo el cochero, á la hacienda de Bouqueval, no es así Mochuelo? Verás como se conducir un coche.

--Y sobre todo calienta tu caballo dijo el Dómine.

--Tranquilizaos, ciegucecito, correrá hasta la trocha.

--Quieres que te dé un consejo? dijo el Dómine.

--Cual? respondió el cochero.

--Anda muy de prisa cuando pases la barrera por delante de los guardas; podrian conocerte, has

sido mucho tiempo vagamundo de las barreras.

--Abriré los ojos dijo el otro subiendo al pescante.

Toda esta conversacion fué interpolada con palabras de la gerigonza propia de los ladrones, lo cual prueba que el cochero improvisado era un bandido, digno compañero del Dómine.

El coche salió de la calle del Temple.

Dos boras despues, al caer el día, este coche, con el Dómine, el Mochuelo y Jorobeta, se paró delante de una cruz de madera que marcaba la entrada de un camino tortuoso y desierto que conducia á la hacienda de Bouqueval, donde se hallaba la Guillabaora, bajo la proteccion de *Mad. Georges*.

CAPITULO XII.

Idilio.



aban las cinco en la iglesia del pueblecito de Bouqueval; el frio era intenso, el cielo estaba despejado; el sol poniéndose lentamente por detras de los grandes bosques deshojados que coronan las alturas del Ecouen, purpuraba el horizonte, y lanzaba sus ra-

yos pálidos y oblicuos sobre las vastas llanuras endurecidas por el hielo.

En los campos, cada estación ofrece casi siempre aspectos deliciosos.

La nieve relumbrante cambia el campo en inmensos paisajes de alabastro que despegan sus esplendores immaculados sobre un cielo de gris rosa.

Entonces, al oscurecer, subiendo la colina ó bajando el valle el colono vuelve á su casa: caballo, capa, sombrero, todo está cubierto de nieve; crudo está el frío, glacial el viento, sombría la noche que se adelanta; pero allá, allá, en medio de los árboles deshojados, las pequeñas ventanas de la hacienda están alegremente iluminadas; su alta chimenea de ladrillo despidе hasta el cielo una espesa columna de humo que dice al colono que lo espera un hermoso fuego, cena rústica, buena conversacion, noche tranquila y caliente, mientras que el viento silva por fuera, y los perros de la hacienda esparcidos por la llanura ladran, y se responden á lo léjos.

Después, por la mañana, la escarcha suspende en los árboles sus carámbanos de cristal que el sol de invierno hace centellar con el brillo adiamantado del prisma; la tierra de labor húmeda y pingüe está penetrada por largos surcos donde se recoge la liebre, donde corren alegremente las perdices.

Acá y allá se oye el tañido melancólico de la campanilla del manso de un gran rebaño de car-

neros estendido por las faldas verdes y cubiertas de césped de las veredas, mientras que, bien envuelto en su manta oscura con listas negras, el pastor, sentado al pié de un árbol, canta tegiendo un canastillo de juncos.

Algunas veces se anima la escena; el eco envia los sonidos desvauecidos de la trompa y los gritos de la jauria; un gamo estraviado atraviesa de repente la orilla del bosque, desemboca en la llanura huyendo de espanto, y va á perderse en el horizonte enmedio de otros talleres.

Las trompas, los ladridos se aproximan; perros blancos y naranjados salen á su vez del bosque: corren por la tierra de labor, y recorren los barbechos incultos con la nariz clavada en el camino, siguen, ladrando, las huellas del gamo. En pos de ellos vienen los cazadores vestidos de encarnado, echados sobre el cuello de sus ligeros caballos, animan la jauria con voces y gritos! Este torbellino estrepitoso pasa como el rayo, el ruido se disminuye, poco á poco todo calla, perros, caballos, cazadores desaparecen á lo lejós en el bosque donde se refugia el gamo.

Entonces renace la calma, entonces el profundo silencio de las grandes llanuras, la tranquilidad de los inmensos horizontes, no son ya interrumpidos sino por el canto monotonó del pastor.

.....

Estos cuadros, estas situaciones campestres abundan en las inmediaciones del pueblo de Bouqueval,

situado, no ostante su procsimidad á Paris, en una especie de desierto á que no se puede llegar sino por caminos trasversales.

Oculta durante el verano en medio de árboles, como un nido en las ramas, la hacienda donde estaba retirada lo Guillabaora aparecía entónces toda entera y sin velo de verdor.

La corriente del riachuelo helada por el frío se semejava á una larga faja de plata mate, desarrollada en medio de los prados siempre verdes por donde hermosas vacas pasaban lentamente dirigiéndose á su establo. Traidos por la procsimidad de la noche los palomos, se arrojaban sobre el remate agudo del palomar; los nogales inmensos que, durante el estío, daban sombra al patio y casa de la hacienda, entónces despojados de sus hojas, dejaban ver los techos de tejas y de cañas cubiertos de verdin color de esmeralda.

Una pesada carreta, tirada por tres vigorosos caballos rechonchos, de espesa crin, aparejos charolados, con sus colleras azules guarnecidas de cascabeles y flecos de lana encarnada, conducia gavillas de trigo de uno de los molinos de la llanura. Este pesado carruáge entraba en el patio por la puerta carretera, mientras que un numeroso rebaño de carneros se daba prisa á entrar por una de las puertas laterales.

Animales y personas parecia que descaban librarse del frío de la noche y disfrutar de las dulzuras del descanso, los caballos relinchaban de

alegría al ver la cuadra, los carneros balaban á llegar á sus calientes apriscos, los labradores echaban una mirada impaciente á las ventanas de la cocina del piso bajo, donde se preparaba una sobria cena.

Reinaba en esta hacienda un órden y un aseo minucioso, no acostumbrado.

En vez de estar llenos de barro seco, acá y allá espuestos á las intemperies de las estaciones, los escardillos, los arados, los rodillos y otros instrumentos aratorios, algunos de los cuales eran de nueva invencion, se colocaban, limpios y pintados, bajo un tinglado grande donde los carreteros iban tambien á poner con simetría los arcos de sus caballos; grande, limpio, bien solado no ofrecía á la vista los montones de estiércol, los charcos de agua corrompida que afean las mas bellas haciendas de Beauce y de Bria, el corral, cercado de un enrejado verde, encerraba y recibia todas las aves caseras que entraban á la tarde por una puertecilla que daba al campo.

Sin detenernos en mayores detalles, diremos que esta hacienda pasaba con razon en el pais por un modelo, tanto por el órden establecido en ella y por la escelencia de su agricultura y de sus cosechas, como por el bien y moralidad del numeroso personal que trabajaba sus tierras.

Diremos ahora la causa de esta superioridad tan próspera; mas adelante, conduciremos al lector á la puerta enrejada del corral, que no cedia en

nada á la hacienda por la elegancia campestre de sus dormitorios, de sus gallineros, y de su pequeño canal hecho de piedra, donde corría incesantemente un agua fría y limpia, ya desembarazada de los témpanos de hielo que obstruían su carrera.

Una especie de revolucion estalló de repente entre los habitantes alados de este corral; las gallinas dejaron sus perchas cacareando, los pavos cloquearon, las pintadas chillaron, los palomos abandonaron el techo del palomar y se lanzaron al suelo arrullando.

La llegada de Flor-celestial causaba todas estas muestras de alegría.

Greuze ó Watteau no hubiera nunca ideado un modelo tan gracioso, si las mejillas de la pobre Guillabaora hubiesen estado mas redondas y encarnadas: sin embargo, á pesar de su palidez, no obstante el óvalo de su cara flaco, la espresion de sus facciones, el conjunto de su persona, la gracia de su actitud hubiesen sido aun dignas de ejercitar los pinceles de los grandes pintores que hemos nombrado.

El gorrito redondo de Flor-celestial descubria su frente y su venda de cabellos rubios; como sucede á casi todas las aldeanas de las inmediaciones de Paris, encima del gorro, cuyo fondo y guarniciones siempre se veian, llevaba puesto, sujeto por detrás de la cabeza con dos alfileres, un pañuelo encarnado de indiana cuyas puntas flotantes caian sobre sus hombros; tocado pintoresco y gracioso

que la Suiza y la Italia debían envidiarnos.

Una pañoleta de batista blanca cruzada sobre su pecho, estaba medio tapada por su alto y ancho delantal de tela oscura; un corpiño de paño azul con mangas ajustadas delineaba su fino talle, y resaltaba sobre su basquiña de bombasi gris con listas oscuras; medias muy blancas y zapatos finos, ocultos en pequeñas abarcas de madera negra, guarnecidas por el empeine con un cuadro de piel de cordero, completaban el traje de una rústica, á la cual daba una estremada gracia el canto natural de Flor-celestial.

Teniendo con una mano levantadas las dos puntas de su delantal, sacaba de él puñados de granos que distribuía á la turba alada que la rodeaba.

Un lindo palomo de blancura argentéa, con pico y pies purpúreos, mas atrevido ó mas familiar que sus compañeros, despues de haber revoleteado algun tiempo al rededor de Flor-celestial, se colocó sobre su hombro.

La jóven acostumbrada á estos modales marciales, no dejó de echar su grano á manos llenas; pero medio volviendo su amable cara, levantó un poco la cabeza y arrimó sonriéndose sus bermejos lábios al pico encarnado de su amigo.

Los últimos rayos del sol que se ponía daban un reflejo de oro pálido á este cuadro natural.

CAPITULO XIII.

Inquietudes.



ientras que la Guillabaora se ocupaba en estos cuidados campestres, Mad. Georges y el clérigo Laporte, cura de Bouqueval sentados al fuego, en la salita de la hacienda, hablaban de Maria, asunto de conversacion siempre interesante para ellos.

El anciano cura pensativo, recogido, con la cabeza baja, y sus codos apoyados en sus rodillas, estendia maquinalmente hácia el hogar sus dos temblonas manos.

Mad. Georges, ocupada en la costura, miraba al clérigo de cuando en cuando y parecia esperar que le respondiese.

Despues de un momento de silencio:

--Teneis razon, Mad. Georges, será preciso prevenir á Rodolfo; si interroga á Maria, le está tan reconocida, que quizá confesará á su bienhechor lo que nos oculta.

--Es verdad, señor cura? esta misma noche escribiré con las señas que me ha dado, pasco de las viudas.....

--Pobre niña! repuso el clérigo; debía hallarse tan feliz.... Que pena puede consumirla ahora?...

--Nada puede distraerla de su tristeza, señor cura... ni aun la aplicacion que pone al estudio...

--Ver laderamente ha hecho progresos extraordinarios en el poco tiempo que nos ocupamos de su educacion.

--No es así señor cura? Aprender á leer y á escribir casi corrientemente, y saber contar lo bastante para ayudarme á llevar los libros de la hacienda. Y luego esta querida niña me secunda tan activamente en todas las cosas que estoy á la vez prendada y maravillada.... No se ha fatigado, casi á mi pesar, de modo que me ha inquietado acerca de su salud.

--Afortunadamente el médico negro nos ha tranquilizado atento á la tos ligera que nos asustaba.

--Es tan bueno, ese Mr. David. Se interesaba tanto por ella, Dios mio, como todos los que la conocen.... Aqui todos la quieren y la respetan. Esto no es admirable, pues, gracias á las miras generosas y elevadas de Mr. Rodolfo, las gentes de esta hacienda son lo selecto de la mejor del pais.... Pero los seres mas groseros, los mas indiferentes, sentirian el atractivo de esta amabilidad á la vez angelical y timida, que siempre parece que pide favor.... desgraciada niña! como si ella fuese sola la culpable!

El clérigo prosiguió, despues de algunos momentos de reflexion.

--¿No me habeis dicho que la tristeza de Maria databa por decirlo asi, desde la permanencia que Mad. Drubeuil, la arrendadora del duque de Lucenay en Arnouville, habia hecho aqui cuando las fiestas de Todos Santos?

--Si, señor cura, crei notarlo, y sin embargo Mad. Dubreuil, y sobre todo su hija Clara, modelo de candor y de bondad, han sufrido oomo todo el mundo el hechizo de Maria; las dos la colman diariamente de muestras de amistad; lo sabeis, los Domingos vienen aqui nuestros amigos de Arnouville, ó nosotras vamos á su casa. Pues bien! se diria que cada visita aumenta la melancolia de vuestra querida niña, aunque Clara la ama ya como una hermana.

--En verdad, Mad. Georges, esto es un misterio extraño..... ¿Cual puede ser la causa de esa pena oculta? Deberia hallarse tan feliz. Entre su vida presente y su vida pasada hay la diferencia de! iufierno al paraiso..... No se la puede acusar de ingratitud...

--Ella..... gran Dios..... ella..... tan afectuosamente reconocida á nuestras atenciones..... ella en quien siempre hemos hallado instintos de una delicadeza tan rara..... Esta pobre niña no hace todo lo que puede á fin de ganar, por decirlo asi, su vida? no traja de compensar con los servicios que presta, la hospitalidad que se le dá? Hay

mas, excepto el Domingo, que ecsijo que se vista con un poco de esmero para acompañarme á la iglesia, ha querido llevar vestidos tan toscos como los de las mozas del campo. Y á pesar de esto hay en ella una distincion, una gracia tan natural, que está aun mas hechicera con esos vestidos, no es verdad, señor cura?

--Ahl que bien reconozco en eso el orgullo maternall dijo el anciano sonriéndose.

A estas palabras, los ojos de Mad. Georges se inundaron de lágrimas: pensaba en su hijo.

El clérigo adivinó la causa de su conmocion y le dijo:

--Valor! Dios os ha enviado esta pobre niña para ayudaros á esperar el momento en que volveréis á hallar á vuestro hijo. Y luego, un lazo sagrado os unirá pronto á Maria, una madrina cuando comprende santamente su mision, es casi una madre. En quanto á Rodolfo, le ha dado por decirlo así la vida del alma retirándola del abismo..... ha cumplido antes de serlo sus deberes de padrino.

- La hallais suficientemente instruida para administrarle el sacramento que la desgraciada no ha recibido todavia?

--Ahora mismo, al volverme con ella al prebisterio, le noticiaré que esta ceremonia se verificará de aqui á quince dias.

--Quizá, señor cura presidireis otra ceremonia, tan buena y muy grave.....

--Qué queréis decir?

--Si Maria fuese amada como lo merece, si distinguiese á un hombre guapo y honrado, por qué no se ha de casar?

--Casarla? pensais en eso, Mad. Georges, la verdad prescribirá decirlo todo al que quisiese casarse con Maria..... y que hombre, á pesar de mi caucion y la vuestra arrostrará lo pasado que ha marchitado la juventud de esta niña? Nadie la querrá.

--Pero Mr. Rodolfo es tan generoso! Hará por su protegida mas que lo que ha hecho todavia..... Un dote.....

--Ay! dijo el cura interrumpiendo á Mad. Georges, desgraciada Maria, si la colicia debe sola apagar los escrúpulos del que se casare con ella! Seria sacrificada á la suerte mas penosa, crueles recriminaciones seguirian pronto á esta union.

--Teneis razon, señor cura, eso seria horrible. Oh! que desgraciado porvenir le está reservado!

--Tiene graves culpas que espiar, dijo gravemente el cura.

--Dios mio! señor cura, abandonada tan jóven, sin recursos, sin apoyo, casi sin nocion del bien y del mal, arrastrada á pesar suyo en el camino del vicio, como no habia de faltar?

--El buen sentido moral hubiera debido sostenerla, iluminarla; y trató ella de librarse de esta horrible suerte? Tan raras son en Paris las almas caritativas?

--No hay duda; pero donde ir á buscarlas? Antes de descubrir una, cuantas negativas, cuanta indiferencia! y luego para Maria no se trataba de una limosna pasajera sino de un interes continuado que la hubiese puesto en disposicion de ganar honrosamente su vida Bastantes madres habrian tenido compasion de ella; pero era menester tener fortuna. Ah! creedme, he conocido la miseria. ... A menos de una casualidad providencial semejante á la que, ay! ha hecho que Mr. Rodolfo conozca á Maria; á no ser, digo, por una de esas casualidades, los desgraciados, casi siempre brutalmente rechazados á sus primeras súplicas creen que no se encuentra piedad, y acosados por el hambre. ... el hambre tan imperiosa, buscan muchas veces en el vicio los recursos que desesperan obtener de la comisericion.

En este momento entró la Guillabaora en la sala.

De donde venis, hija mia? le preguntó Mad. Georges con interes.

--De visitar el frutero, señora, despues de haber cerrado las puertas del corred. Las frutas están muy bien conservadas, á escepcion de algunas que he quitado.

--Por qué no dijisteis á Claudia que hiciese esa tarea, Maria? Os habreis causado?

--No, no, señora, me divierte tanto con mi frutero, es tan agradable el olor de las frutas maduras.

--Será menester, señor cura, que visiteis un día el frutero de María, dijo *Mad. Georges*, no podeis figuraros con que gusto lo tiene arreglado: guirnaldas de nvas separan cada especie de frutas, y estas estan tambien divididas en compartimientos con bordados de musgo.

--Oh! señor cura, estoy cierta de que os alegrarais, dijo jugóvamente la *Guillabara*.-- Veréis que linda efecto hace el musgo al rededor de las manzanas encarnadas ó de las doradas peras. Hay sobre todo manzanas chiquitas que son tan lindas, que tienen unos graciosos colores rosa y blanco, que parecen cabeccitas de querubines en un nido de verde musgo, añadió la jóven con la exaltacion del artista respecto á su obra.

--El cura miró á *Mad. Georges* sonriéndose, y dijo á *Flor-celestial*.

--Ya he admirado la lecheria que dirigis, hija mia; daría envidia á la casera mas delicada; uno de estos dias iré tambien á admirar vuestro frutero, y las bellas manzanas encarnadas y las peras color de oro, y sobre todo las lindas manzanitas-querubines en su nido verde. Pero el sol se pone, no tendreis tiempo de conducir me al presbitero y de volver aqui antes que anochezca.... Tomad vuestra capa y partamos, hija mia... Pero el fin es muy intenso, quedaos, cualquiera de la hacienda me acompañará.

--Ah! señor cura, la hariais desgraciada, dijo *Mad. Georges*, está tan contenta con llevaros to-

das las tardes!

--Señor cura, añadió la Guillabaora clavando en el clérigo sus grandes ojos azules, creeria que no estabais contento de mi; si no permitièseis que os acompañase como de costumbre.

--Yo? pobre niña .. tomad entonces pronto, pronto vuestra capa, y tapaos bien.

Flor-celestial se dió prisa á echarse sobre los hombros una especie de capote con capucha de lana blanquizca guarnecida con una cinta de terciopelo negro, y ofreció su brazo al cura.

--Felizmente, dijo este, no está lejos y el camino es seguro.....

--Como hoy es un poco mas tarde que los demas dias, repuso Mad. Georges, quereis que alguno de la hacienda vaya con vds., Maria?

--Se me tendria por una medrosa..... dijo Maria sonriéndose.--Gracias, señora, no incomodeis á ninguno por mí, no hay un cuarto de hora de camino de aqui al presbiterio.... estaré de vuelta antes de la noche.

--No insisto, porque nunca, á Dios gracias! se ha oido hablar de vagabundos en este pais.

--Sin eso no aceptaria el brazo de esta querida niña, dijo el cura.

Pronto dejó el clérigo la hacienda apoyado en el brazo de Flor-celestial, que arreglaba su paso ligero á la marcha lenta y penosa del anciano.

Algunos minutos despues, el clérigo y la Gui-

allabara llegaron cerca del camino tortuoso donde estaban emboscados el Dómine, el Mochuelo y Jorobeta.

CAPITULO XIV.

La emboscada.



La iglesia y el presbiterio de Bouqueval se elevaban en medio de un castañar, desde donde se dominaba el lugar.

Flor-celestial y el cura entraron en una vereda tortuosa que conducía á la casa del cura, atravesando el camino transversal que cortaba diagonalmente aquella colina.

El Mochuelo, el Dómine y el Jorobeta, agazapados en una de las fragosidades de este camino, vieron al clérigo y á Flor-celestial bajar por la barranca y salir de ella por una cuesta escarpada. La cara de la jóven estaba oculta bajo la capucha, la Tuerta no reconoció á su antigua víctima.

--Silencio, mi hombre..... dijo la vieja al Dómine, la muchacha y el clérigo acaban de pasar el camino; es ella seguramente segun las señas que

nos ha dado el hombre grande vestido de luto: vestido aldeano, cuerpo mediano, barba de listas oscuras, una especie de capote de lana guarnecido de negro. Acompaña así todos los días al párroco á su casa y se vuelve sola. Cuando vuelva luego á pasar allí, al fin del camino, será menester caer encima y robarla para llevarla al coche.

--Y si pide socorro..... replicó el Dómine, se oirá en la hacienda, pues decís que se ven las casas cerca de aquí, añadió con voz apagada.

--Bien seguro que desde aquí se ven los edificios muy cerca, dijo el Jorobado. Ahora un instante subí á una cuesta arrastrándome sobre el vientre.... Oí un carretero que hablaba á sus caballos en aquel patio allá abajo....

--Entonces debe hacerse lo siguiente, dijo el Dómine después de un momento de silencio: Jorobeta va á ponerse en acecho á la entrada de la vereda. Cuando viese á la niña volver de lejos; se acercará á ella gritando que es hijo de una pobre anciana que se ha herido al caer en el camino, y suplicará á la jóven que venga á socorrerla.

--Estoy en ello. La pobre anciana, será tu Tuerta. Bien pensado. Mi hombre, eres el rey de los labios. Y despues, que es lo que he de hacer?

--Te meteras en el camino tortuoso del lado donde espera Barbillon con el coche..... Me esconderé muy cerca. Cuando Jorobeta te hubiere

traído la niña en medio de la barranca, deja de apuntar, y sáltale encima, una mano al pescuezo y la otra á la boca para cojerle la lengua é impedirle que grite.....

--Entendido..... como con la muger del canal Saint-Martin, cuando la hicimos nadar despues de haberle quitado una caja negra envuelta en hule negro, que llevaba debajo del brazo; el mismo juego, no es así?

--Sí, siempre lo mismo..... Mientras que tú tuvieses sujeta á la niña; Jorobeta correrá á buscarle; los tres envolveremos á la jóven en mi capa; la llevamos al coche de Barbillon, y de allí á la flauca de San Dionisio, donde nos espera el hombre entutado.

--Eso está en regla! Mira! no tienes igual. Si tuvieses de que, te habia de hacer unos fuegos artificiales, y te iluminaria con vasos de color el dia de San Carlos, patron del verdugo. Entiendes, si quieres llegar á ser un criminal hábil, desfigúrate..... dijo orgullosamente el Mochuelo á Jorobeta.

Luego dirigiéndose al Dómine.

--A propósito, no sabes: Barbillon tiene un miedo cerval de caer en manos de la justicia.

--Porqué?

--Mató, hace algun tiempo en una disputa, al marido de una lechera que venia todas las mañanas del campo en un carrito tirado por un boricu, á vender la leche en la ciudad, al fin de la

calle de la Antigua, fábrica de paños, cerca de la taberna del *Conejo-blanco*.

--Oigo pasos en la vereda, ocultémonos..... No es la joven, porque vienen por el mismo camino que ella trajo.

En efecto; una robusta aldeana, en la fuerza de la edad, seguida de un perro grande de hacienda, y llevando en la cabeza un canasto cubierto, pareció al fin de algunos minutos, atravesó el barranco y tomó el camino que seguían el clérigo y la Guillabaora.

Nos retirémos á estos dos personajes, y dejáremos á los tres cómplices emboscados en el camino tortuoso.

CAPITULO XV.

La Hectoria.



Los últimos resplandores del sol se apagaban lentamente detras de la mole imponente del castillo de Ecouen y' de los bosques que lo rodeaban; por todos lados se extendian hasta perderse de vista las llanuras con surecs oscuros; endurecidos por el yelo..... vasta soledad cuyo

horizonte parecia la alquería de Bouqueval.

El cielo se jaspeaba al ponerse el sol con largos regueros de púrpura, signo cierto de viento y frío; estos matices, en un principio de un rojo vivo, se ponian dorados á medida que el crepúsculo invadia la atmósfera.

El creciente de la luna, fino, delicado como la mitad de un arco de plata comenzaba á brillar dulcemente en un cielo azul y de sombra.

El silencio era grande, la hora solemne.

El cura se paró un momento sobre la colina, para gozar del aspecto de esta hermosa noche.

Despues de algunos instantes de recogimiento, estendiendo su mano temblorosa hácia las profundidades del horizonte medio cubierto por la cerazon de la noche, dijo á Flor-celestial, que marchaba pensativa á su lado.

--Ved pues, hija mia, esa inmensidad cuyos límites no se perciben..... no se escucha el menor ruido..... me parece que el silencio y lo infinito nos dan casi una idea de la eternidad..... os digo esto, Maria porque sois sensible á las bellezas de la creacion. Muchas veces me ha hecho impresion la admiracion religiosa que os inspirabau, á vos..... que habeis estado tan largo tiempo desheredada de ellas..... No estais absorta como yo de la calma imponente que reina á esta hora.....

La Guillabaora no respondió nada.

Pasmado el cura la miró; estaba llorando.

— Qué tenéis, hija mía?

— Padre mio..... soy muy desgraciada .

— Desgraciada? vos..... ahora desgraciada?

— Sé que no tengo derecho para quejarme de mi suerte, despues de todo lo que se hace por mí... y sin embargo

— Y sin embargo?

— Ah!.... padre mio, perdonadme, estas penas ofenden á mis bienhechores.....

— Escuchad, Maria, os hemos preguntado muchas veces el motivo de la tristeza que os abruma y que causa vivas inquietudes á vuestra segunda madre.... Habeis evitado respondernos; hemos respetado vuestro secreto afligiéndonos por no poder consolar vuestras penas.

— Ah!..... padre mio, no puedo deciros lo que pasa en mí. Así como vos, ahora mismo, me siento conmovida al aspecto de esta noche tranquila y triste..... mi corazón se ha destrozado..... y he llorado.....

— Pero qué tenéis Maria? sabeis cuanto se os ama..... Vamos..... confesádmelo todo. Ademas, puedo deciros esto; se acerca el día en que Mad. Georges y Mr. Rodolfo os presentarán en la fuente del bautismo, contrayendo delante de Dios la obligacion de protegeros siempre.

— Mr. Rodolfo? él..... el que me salvó! exclamó Flor-celestial juntando las manos; se dignará darme esta nueva prueba de afecto! Oh! mirad, no os ocultaré nada, padre mio, temo mucho ser ingrata.

—Ingrata..... y cómo?

—Para hacerme comprender, es menester que os hable de los primeros dias en que vine á la hacienda.

—Os escucho, hablaremos andando.

—Sereis indulgente, no es asi padre mio? Lo que voy á deciros es quizá muy malo.

—El señor os ha probado que es misericordioso. Cobrad ánimo.

—Cuando supe, al llegar aqui, que no dejaria á la hacienda ni á Mad. de Georges, dijo Florencia despues de un instante de recogimiento: creí que estaba soñando. En un principio sentí como ardimiento de felicidad; á cada instante pensaba en Mr. Rodolfo. Muy á menudo, sola y á pesar mio, alzaba los ojos al cielo como para buscarlo y darle las gracias. En fin..... me acuso de ello, padre mio..... pensaba mas en él que en Dios; porque él habia hecho por mí lo que solo Dios hubiera podido hacer. Era feliz..... feliz como el que se libra para siempre de un grande peligro. Vos y Mad. Georges érais tan buenos para mí, que me creia entonces mas digna de compasion..... que de vituperio.

—El cura miró á la Guillabara con sorpresa; esta continuó:

—Poco á poco me habitué á esta vida tan dulce: no tenia ya miedo. al despertar, de volverme á encontrar en casa de la tia Quica; me sentia, por decirlo asi, dormir con seguridad; todos

mis deseos se limitaban á ayudar á Mad. Georges en sus trabajos, aplicarme á las lecciones que me dábais, padre mio..... y aprovecharme de vuestras exhortaciones. Excepto algunos momentos de vergüenza, cuando pensaba en lo pasado, me creia igual á cualquiera, porque todo el mundo era bueno para mí, cuando un dia.....

Aquí el llanto interrumpió á Flor-celestial.

--Vamos, tranquilizaos, pobre niña, ánimo! y continuad.

La Guillaobra, enjugando sus ojos, prosiguió:

--Os acordais, padre mio. que, cuando las fiestas de Todos-Santos, Mad. Dubreuil, arrendataria del duque de Lucenay, en Arnouville, vino á pasar aquí algun tiempo con su hija?

--Sin duda, y os ví con placer trabar conocimiento con Clara Dubreuil; está dotada de las mejores prendas.

--Es un ángel, padre mio..... un ángel..... Cuando supe que debia venir por algunos dias á la hacienda, mi gozo fué mas grande; no pensaba sino en el momento en que iba á ver á esta compañera tan deseada. Llegó en fin. Estaba en mi alcoba; debia partirla con ella, la compuse lo mejor que pude; me llamaron; entre en la sala, mi corazon palpitaba; Mad. Georges, mostrándome esta linda jóven que tenia unas apariencias tan amables como modestas y buenas me dijo: „Maria, esta es una amiga para vos,“ -- Y es-

pero que vos y mí hija seréis pronto dos hermanas,, añadió Mad. Dubreuil. Apenas su madre habia dicho estas palabras Clara corrió á abrazarme.... Entonées, padre mio, dijo Flor-celestial llorando, no sé lo que de repente pasó en mí... pero cuando sentí la cara pura y hermosa de Clara apoyarse sobre mi ajada mejilla.... esta se enardeció de vergüenza.... de remordimiento..... me acordé de lo que era..... Yo!.... yo recibir las caricias de una jóven tan honesta!.... Oh! esto parecia un engaño, una digna hipocresia.

--Pero, hija-mia....

--Ah! padre mio, exclamó Flor-celestial interrumpiendo al cura con una exaltacion dolorosa, cuando Mr. Rodolfo me trajo de la ciudad, tenia ya vagamente la conciencia de mi degradacion.... Pero creéis que la educacion, que los consejos, que los ejemplos que he recibido de Mad. Georges y de vos, ilustrando de pronto mi talento, se me han hecho ay! comprender, que he sido mas culpable que desgraciada?.... Antes de la venida de la señorita Clara, cuando estos pensamientos me atormentaban, me distraia procurando contentar á Mad. Georges y á vos, padre mio.... Si me sonrojaba de lo pasado, era á mis propios ojos.... Pero la vista de esta jóven de mi edad, tan encantadora, tan virtuosa, me ha hecho pensar en la distancia que existiria siempre entre ella y yo. Por primera vez conocí que hay manchas que nada las borra.... Desde aquel día

no se aparta de mí este pensamiento. Apesar mio vuelvo á él sin cesar; desde aquel día en fin no tengo un momento de reposo.....

La Guillabaora limpió sus ojos llenos de lágrimas.

Despues de haberla mirado algunos instantes con una tierna comiseracion, dijo el cura:

--Reflexionad, hija mia, que si Mad. Georges queria que fuéseis amiga de la señorita Dubreuil, es porque os tenia por digna de esta amistad por vuestra conducta. Las reconvenciones que os haceis de dirijen casi á vuestra segunda madre.

--Lo sé, padre mio, no tenia razon sin duda; pero no podia vencer mi verguenza y mi temor..... Hay mas; necesito valor para acabar.

--Continuad, Maria; hasta aquí vuestros escrúpulos ó mas bien vuestros remordimientos prueban en favor de vuestro corazon.

--Una vez establecida Clara en la hacienda, estuve tan triste como feliz me habia creido en un principio, pensando en el placer de tener una compañera de mi edad; ella, por el contrario, estaba muy alegre. Se le habia puesto la cama en mi alcoba. La primera noche, antes de acostarse, me abrazó y me dijo que ya me amaba, que sentia mucho atractivo hácia mí; me suplicó la llamase Clara como ella Maria á mi. En seguida rezó, diciéndome que uniria mi nombre á sus oraciones, si yo queria unir el suyo á las mías, No me atreví á negarle este. Despues de

haber todavía hablando algun tiempo, se durmió; yo no me habia acostado; me acerqué á ella; miré llorando su cara angelical y luego, pensando que ella dormia en la misma habitacion que yo..... que yo, que habia estado en casa de la tia Quica con los ladrones y asesinos..... temblaba como si hubiese cometido una accion mala tenia vagos temores..... me parecia que Dios me habia de castigar algun dia..... Me acosté, tuve ensueños horribles, volví á ver caras siniestras que casi habia olvidado, el Choro, el Dómine, el Mochuelo, la Tuerta, que me habia atormentado cuando chica. Oh! que noche!..... Dios mío! que noche! que ensueños! dijo la Guillabara, estremeciéndose aun con su recuerdo.

--Pobre Maria, repuso el cura con emocion por qué no me habeis hecho mas pronto estas confianzas? os hubiera tranquilizado..... Pero continuad.

--Me dormi muy tarde; la señorita Clara vino á despertarme dándome un abrazo. Para vencer lo que ella llamaba frialdad y probarme su amistad: quizo confiarme un secreto; debia casarse, cuando tuviese diez y ocho años cumplidos, con el hijo de un arrendador de Gousainville, á quien amaba tiernamente; el matrimonio estaba desde mucho tiempo convenido entre las dos familias. En seguida me contó en pocas palabras su vida pasada..... vida sencilla tranquila, feliz; nunca se habia separado de su madre, nunca la deja-

ria; porque su futuro debía partir la labor de la hacienda con Mad. Dubreuil. Ahora, María, me dijo, me conocéis como si fuérais mi hermana, contadme vuestra vida.....

Se paró un poco Flor-Celestial, se enjugó las lágrimas y prosiguió:

--A estas palabras creí morir de vergüenza.... me sonrojé, tartamudeé. Ignoraba lo que Mad. Georges había dicho de mí; temía desmentirla. Respondí vagamente que huérfana y criada por personas severas, no había sido feliz en mi infancia, y que mi dicha comenzó desde que estaba al lado de Mad. Georges. Entonces Clara, mucho más por interés que por curiosidad me preguntó donde me había criado: si en la ciudad ó en el campo? como se llamaba mi padre? Me preguntó sobre todo si me acordaba haber visto á mi madre? Cada una de estas preguntas me embarazaba tanto como me molestaba; porque era preciso responder á ellas con mentiras, y vos me habéis enseñado cuán malo es mentir..... Pero Clara no imaginó que podía engañarla.

Atribuía la perplejidad de mis respuestas á la pena que me causaban los tristes recuerdos de mi infancia. Clara me creyó, me compadeció con una bondad que traspasó el corazón. Oh! padre mio no podeis saber nunca lo que padecí en esta primera conversacion! cuanto me costaba decir una palabra que no fuese hipócrita y falsa....

--Desgraciada! caiga la cólera de Dios sobre

los que lanzándoos en un abominable camino de perdición, os forzarou quizá á sufrir toda vuestra vida las incesorables consecuencias de una primera falta.

--Oh! sí, fueron bien malos, padre mio, repuso amargamente Flor-celestial, porque mi vergüenza es indeleble. Hay mas; á medida que Clara me hablaba de la dicha que la esperaba, de su dulce vida de familia, no podia yo dejar de comparar mi suerte con la suya, porque, á pesar de las bondades con que se me colma, mi suerte siempre será miserable; vos y Mad. Georges, haciéndome comprender la virtud, me habeis hecho tambien comprender la profundidad de mi abyeccion pasada, nada podia librarme de haber sido la escoria de lo mas vil que hay en el mundo. Ay! pues el conocimiento del bien y del mal debia serme tan funesto, porqué no me dejaron en mi desgraciada suerte!

--Oh! Maria! Maria!....

--No es verdad, padre mio.....lo que digo es muy malo. Ay, esto es lo que no me atrevia á confesaros..... Sí, algunas veces soy tan ingrata que desconozco las bondades con que se me colma, para decirme: Si no me hubiesen sacado de la infancia, la miseria, los golpes me hubieran matado bien pronto; al menos habria muerto en la ignorancia de una pureza que siempre sentiré.

--Ay, Maria esto es fatal, una naturaleza generosamente dotada por el Criador, aunque no

haya estado sumida mas que un dia en el fango de que se os ha sacado, conserva siempre una llaga indeleble.... Tal es la inmutabilidad de la justicia divina.

--Bien lo veis, padre mio, exclamó dolorosamente Flor-celestial, debo desesperar hasta la muerte.

--Debeis desesperar de horrar de vuestra vida esa página desoladora, dijo el clérigo con voz triste y grave, pero debeis esperar en la misericordia infinita del Todopoderoso; aqui en la tierra para vos, pobre niña, lágrimas, remordimientos, espiaçion; pero un dia, allá arriba, añadió elevando sus manos hácia el firmamento que comenzaba á cubrirse de estrellas, allá arriba, perdon, felicidad eterna.

--Piedad.... piedad, Dios mio!.... soy tan jóven.... y mi vida será todavia tan larga.... dijo la Guillabaora con voz que movia á compasion, cayendo de rodillas á los pies del cura, por un movimiento involuntario.

El clérigo estaba en pie en la cumbre de la colina no lejos de la cual se elevaba la rectoria; su sotana negra, su cara venerable encuadrada en cabellos blancos y suavemente iluminada por los últimos resplandores de la tarde, se delineaban sobre su horizonte con una transparencia, una claridad profunda; oro apagado al poniente, céfiro en el zenith.

El clérigo levantaba al cielo una de sus tem-

blorosas manos, y abandonaba la otra á Flor-celestial, que la inundaba de lágrimas.

La capucha de su capa oscura, caída en este momento sobre sus hombros, dejaba ver el perfil encantador de la jóven, sus graciosos ojos suplicantes y bañados en lágrimas..... su cuello de una blancura deslumbrante donde se veía el lazo suave de sus lindos cabellos rubios.

Esta escena sencilla y grande ofrecia un contraste, una coincidencia rara con la innoble que, casi en el mismo instante, pasaba en las profundidades del camino tortuoso entre el Dómine y el Mochuelo.

La esageracion del dolor de Flor-celestial era concebible. Rodeada desde su infancia de seres degradados, perversos, infames, dejando su prision por otra mas horrible, la taberna de la tia Quica; no habiendo salido de los patios de la cárcel ó de las calles cavernosas de la ciudad, esta desgraciada habia vivido hasta entonces en una ignorancia profunda de lo bello y de lo bueno, tan estraña á los sentimientos nobles y religiosos, como á los esplendores magnificos de la naturaleza!

Y he aquí que de pronto abandona su infecta guarida por un retiro delicioso y rústico: su vida inmunda, para participar una existencia feliz y sosegada con los seres mas virtuosos, mas amables, mas compasivos de sus infortunios....

Todo lo que hay de admirable en la criatu-

ra y en la creacion se revela á la vez y en un momento á su alma atóvita..... A este impo-
nente espectáculo, su espíritu se ensancha; su in-
teligencia se desarrolla, sus nobles instintos se des-
piertan..... y su razon se ha ensanchado porque
se ha desarrollado su inteligencia, porque se han
despertado sus nobles instintos..... Conociendo su
primera degradacion, siente por su vida pasada
un doloroso é incurable horror, y comprende,
ay! como le dice: que hay manchas que no se
borran nunca.....

.....
" --Oh! desgraciada de mí decia la Guillabaora
desesperada: mi vida entera aun que fuese tan
larga tan pura como la vuestra, padre mio, será
en lo sucesivo marchitada, ajada, por la con-
ciencia y por el recuerdo de lo pasado.... des-
graciada de mí

--Dichosa vos, por el contrario, Maria, dicho-
sa vos á quien el Señor envia esos remordimien-
tos; aunque llenos de pena son saludables! prue-
ban la religiosa susceptibilidad de vuestra alma!..
otras muchas personas, dotadas menos noblemen-
te que vos, hubiesen en vuestro lugar olvidado
pronto lo pasado para no pensar sino en gozar
de la felicidad presente! Un alma delicada como
la vuestra siente los padecimientos donde el co-
mun de las gentes no experimenta dolor ningun-
o! Pero cada sentimiento de estos os será con-
tado allá arriba, creedme; Dios no os ha dejado

un momento en el mal camino sino para reservar la gloria del arrepentimiento y la recompensa eterna debida á la expiacion. No ha dicho él mismo: «Los que obran bien sin combatir y que vienen á mi con la sonrisa en los labios, esos son mis elegidos; pero los que, heridos en la lucha, vienen á mi sangrientos golpeados, estos son los elegidos... de entre mis elegidos...?», Animo, pues, hija mia.... sosten, apoyo, consejos, nada os faltará.... Soy muy viejo... pero Mad. Georges, pero Mr. Rodolfo tienen todavía muchos años que vivir.... Mr. Rodolfo sobre todo... que os ha mostrado tanto interés, que sigue vuestros progresos con una solicitud tan ilustrada... decid, Maria, decid, podreis nunca sentir haberlo encontrado?

Iba la Guillabaota á responder cuando fué interrumpida por la aldeana de que hemos hablado, que, siguiendo el mismo camino que la joven y el clérigo acababa de llegar; era una de las criadas de la hacienda.

—Perdonad, dispensad, señor cura, dijo esta al clérigo, pero Mad. Georges me ha dicho que trajese estas frutas, y al mismo tiempo me llevase á la señorita Maria porque va siendo tarde; pero á bien que me he traído conmigo á *Turco*, dijo la criada acariciando á un enorme perro de los Pirineos, que podia desafiar á un oso.—Aunque nunca ha habido malos encuentros en el país, siempre es mas prudente.

--Teneis razon, Claudia; ya ves que hemos llegado á la rectoria: dad las gracias en mi nombre á Mad. Georges.

Luego dirijiéndose en voz baja á la Guilla-baora, le dijo con tono grave:

--Tengo que ir mañana á la conferencia de la diócesis; pero estaré de vuelta á eso de las cinco. Si quereis, hija mia, os esperaré en la rectoria. Veo, por el estado de vuestro ánimo, que necesitais, hablar aun largamente conmigo.

--Os doy gracias, padre mio, respondió Flor-celestial; mañana vendré, pues teneis á bien permitirmelo.

--Ya estamos en la puerta del jardin dijo el cura; dejad ahí ese canasto, Claudia, mi ama lo recojerá. Volveos pronto á la hacienda con Maria, porque la noche está encima, y el frio se aumenta. Hasta mañana, Maria, á las cinco.

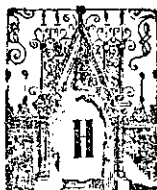
--Hasta mañana, padre mio.

El clérigo entró en su jardin.

La Guillabaora y Claudia, seguidas de *Turco*, tomaron el camino de la hacienda.

CAPITULO XVI.

El Encuentro.



habia entrado la noche clara y húmeda.

Segun el parecer del Dómine, el Mochuelo habia llegado á un paraje del camino tortuoso mas retirado de la vereda y mas próximo ó la enercujada donde Barbillon esperaba con el coche.

Jorobeta, puesto de centinela, acechaba la vuelta de Flor-celestial, á quien debia hacer caer en el lazo suplicándole que socorriese á una pobre anciana.

El hijo de Brazo-rojo habia dado algunos pasos fuera del barranco para hacer la descubierta, cuando, aplicando el oido, oyó á lo lejos á la Guillabaora hablar á la aldeana que la acompañaba.

No viniendo sola la Guillabaora, se erraba el golpe; Jorobeta se dió prisa en volver el barranco y advertírselo al Mochuelo.

--Alguien viene con la jóven, dijo él en voz baja y ahogada.

--Permita Dios que el verdugo se enrede con el pesnezo de esa buena pieza exclamó la Tuerta enfurecida.

--Con quién viene? preguntó el Dómine.

--Sin duda con la aldeana que pasó ahora poco por la vereda, seguida de un perro grande. He conocido la voz de una muger, dijo Jorobeta, mirad.... ois.... ois el ruido de sus abarcas?

En efecto en el silencio de la noche, las suelas de madera resonaban de lejos sobre la tierra endurecida por el hielo.

--Son dos.... puedo encargarme de la niña del capote oscuro; pero la otra.... qué haremos? Este barbón no vé.... y Jorobeta es demasiado endeble para habérselas con esa compañera que el diablo se lleve.... Qué hacer? repitió la Tuerta.

--No soy fuerte; pero, si queréis, me abalanzaré á las piernas de la aldeana que tiene el perro, me asiré con las manos y con los dientes, no la dejaré, estais...? Durante este tiempo asegurareis bien á la muchacha..... vos, Muchuelo.

--Y si piden socorro? y si se resisten? los oirán desde la hacienda, replicó la Tuerta, y podrá venir á su socorro antes que hayamos llegado al coche de Barbillon. No es tan fácil llevarse á una muger que se resiste.

--Y tiene un perro grande consigo.... dijo Jorobeta.

--Vaya, vaya, si no fuese mas que eso, de

zapatazo le rompía el espinazo á su perro, dijo el Mochuelo.

--Se acercan, repuse Jorobeta aplicando de nuevo el oído al ruido de los pasos lejanos, van á bajar el barranco.

--Pero habla, bribon, dijo la Tuerta al Dómine, que aconsejas tu, renacuajo?... estás mudo?

--Nada hay que hacer hoy, respondió el bandido.

--Y los mil francos del señor enlutado, exclamó la Tuerta, se dejarán perder? mas fácilmente!.... Tu cuchillo! tu cuchillo! Bribon!.... mataré á la compañera para que no nos incomode; en cuanto á la muchacha, nosotros dos le pondremos una mordaza.

--Pero el hombre enlutado no cuenta con que se mate á nadie!....

--Y bien! pondremos esta sangre á parte de su presupuesto; le será preciso pagárnosla, pues será nuestro cómplice.

--Ahí están!.... Bajon, dijo Jorobeta en voz baja.

--Tu cuchillo, mi hombre! dijo la Tuerta bajando la voz.

--Oh, Mochuelo!.... exclamó Jorobeta con espanto estendiendo sus manos hácia la Tuerta, eso es muy duro!.... matarla!.... oh! no no!....

--Tu cuchillo, te digo, repitió en voz baja la Tuerta, sin poner atencion á las súplicas de Jorobeta, y descalzándose de prisa.--Voy á quitar-

me los zapatos, añadió, para sorprenderlas andando detrás de ellas á paso de lobo; ya está oscuro, pero conoceré bien á la muchacha por su capote, y mataré á la otra.

--No, dijo el bandido, hoy es inútil; siempre hay tiempo, mañana.

--Tienes miedo, fiolento? dijo la Tuerca con un desprecio feroz.

--No tengo miedo, respondió el Dómine; pero puedes errar el golpe y perderlo todo.

El perro que acompañaba á la aldeana, husmeando sin duda las personas emboscadas en el camino tortuoso, se paró, ladró con furia y no acudió á las reiteradas llamadas de la compañera de Flor-celestial.

--Oyes su perro? ahí están..... pronto, tu cuchillo..... ó si no..... exclamó la Tuerca con tono de amenaza.

--Ven pues á tomarle..... á la fuerza..... dijo el Dómine.

--Esto es cosa concluida..... es muy tarde..... exclamó la Tuerca despues de haber escuchado un momento con atencion, ya pasaron..... Me la pagarás..... yete á la borca, añadió enfurecida, amenazando con el puño á su cómplice: mil francos perdidos por culpa tuya.....

--Mil, dos mil, quizá tres mil ganados, por el contrario; replicó el Dómine en tono de autoridad.--Escúchame, Mochuelo, añadió, y verás si tengo razon en negarte mi cuchillo..... Vuélvete

con Barbillion..... os ireis los dos con el coche al sitio donde os espera el señor enlutado..... le direis que no se ha podido hacer nada hoy, pero que mañana será robada.

--Y tú? murmuró la Tuesta todavía enfadada.

--Escucha; la muchacha vá sola todas las tardes á acompañar al cura; es una casualidad que hoy haya encontrado á alguien; es probable que mañana tengamos mejor suerte, mañana pues vendrás á estas horas á la encrucijada, con Barbillion y su coche.

--Pero tú? pero tú?

—Jorobeta va á conducirme á la hacienda donde vive esa muchacha; dirá que nos hemos extraviado, que soy su padre, un pobre artesano que me he quedado ciego; que íbamos á Louvres á casa de un pariente nuestro que podía darnos algunos socorros, y que nos hemos perdido en los campos queriendo contar el camino. Pedirémos que nos dejen pasar la noche en la hacienda, en un icon del establo. Los campesinos nos creerán y nos darán sitio para dormir. Jorobeta examinará bien las puertas, las ventanas, las entradas de la casa, siempre hay dinejos en ellas cuando se acerca el tiempo del queso. Yo que he tenido haciendas, añadió con pena, lo sé eso. Estamos en la primera quincena de Enero..... este es el tiempo en que se pagan los plazos vencidos... La hacienda está situada decís, en un

parage desierto; una vez que conozcamos las entradas y salidas, se podrá volver á ella con los amigos; este es un negocio que se debe preparar.....

--La Tuerta lo interrumpió, ya mas templada, y le dijo:

---Siempre cabilando, y que sabiduria! Continúa, bribon.

—Mañana por la mañana, en vez de dejar la hacienda, me quejaré de un dolor que me impedirá andar. Si no me creen, enseñaré la llaga que he conservado desde que rompí mi grillete, y de que siempre padezco, diré que es una quemadura, que me hice con un hierro ardiendo cuando trabajaba en mi oficio; me creerán. Así estaré en la hacienda una parte del dia, para que Jorobeta tenga mas tiempo de examinarlo todo bien. Cuando llegue la tarde, en el momento en que saliere la muchacha, como de costumbre, con el clérigo, diré que estoy mejor y que me hallo en estado de poder andar. Jorobeta y yo seguiremos á la jóven de lejos, volveremos á esperarla aqui fuera del barranco. Conociéndonos ya, no sospechará de nosotros al vernos; nos acercaremos..... Jorobeta y yo.....y cuando estuviere á tiro de mis brazos, respondo de ello; está cojida, y los mil francos son nuestros. Aun hay mas... dentro de dos ó tres dias podremos dar el avance de la hacienda á Barbillon ó á otros, y partir en seguida con ellos si hay alguna cosa pues,

nosotros seremos los preparadores del robo.

--Ven, ciego, no tienes igual, dijo la Tuerta abrazando al Dómine.--Pero si por casualidad la muchacha no acompaña al clérigo mañana á la tarde?

--Lo volveremos á hacer pasado mañana; este es uno de aquellos bocados que se comen frios y despacio; además se harán gastos que aumentarán la cuenta del señor enlutado; y despues, ya en la hacienda, podré juzgar bien, por lo que oyere, si corremos algun riesgo en robar la muchacha por el medio que intentamos, y si no buscaremos otro.

--Bien, hombrecito mió! Tu plan es famosol! Di pues, bribon, cuando alguno estuviere malo, será menester consultarte; ganarás tanto dinero como un procurador. Vamos, abraza á tu Mochuelo, y vete..... estos campesinos se acuestan á la hora de las gallinas. Yo voy á huscar á Barbilloy; mañana á las cuatro estaremos en la cruz de la encrucijada con él y su coche; á menos que de aquí á allá no lo prendan por haber asesinado al marido de la lechera..... de la calle de la Antigua Fábrica de paños. Pero si no es él, será otro; pues el finjido coche de alquiler pertenece al señor enlutado que ya se ha servido de él. Un cuarto de hora despues que lleguemos á la encrucijada, estaré aquí esperándote.

--Está dicho..... hasta mañana, Mochuelo..... Ah! se me olvidaba dar cera á Jorobeta, pero si

hay que tomar en la hacienda el molde de alguna cerradura! Toma, sabrás servirte bien de ella chiquillo? dijo la Tuerta dando un pedazo de cera á Jorobeta.

--Sí, sí, vamos, papá me lo enseñó. Tomé para él el molde de una cajita de hierro que mi amo el curandero guarda en su gabinete oscuro.

--Euhorabuena; y para que no se pegue, no olvides mojar la cera despues de haberla calentado en la mano.

--Ya lo sé! ya lo sé! respondió Jorobeta.--Ya veis como hago todo lo que me decis, y eso..... porque me amais un poco, no es así. Mochuelo?

--Si te quiero!..... te quiero como si lo hubiera tenido del ya difunto Napoleon el Grande! dijo la Tuerta abrazando á Jorobeta, que quedó muy satisfecho con esta comparacion imperial.--Hasta mañana, bribon.

La Tuerta se fué á buscar el coche.

El Dómine y Jorobeta salieron del camino tortuoso, y se dirigieron hácia la hacienda; la luz que brillaba por las ventanas le sirvió de guia.

--Estraña fatalidad que acercaba así á Anselmo Duresnel á su muger, á quien no habia visto despues de su sentencia á presidio!

CAPITULO XVII.

La Delada.



Hay alguna cosa mas divertida que ver la cocina de una grande hacienda á la hora de la cena, sobre todo en invierno? ¿Hay algo que recuerde mas la calma y el bienestar de la vida rústica?

Se hubiera podido hallar una prueba de lo que acabamos de decir en el aspecto de la cocina de la hacienda de Bouqueval.

Su inmensa chimenea de seis pies de alto y ocho de ancho, parecia un gran hueco de piedra abierto en un horno, el hogar negro arrojaba una verdadera llamarada de haya y de encina. Este brasero enorme despedia tanta claridad como calor en todas las partes de la cocina y hacia inútil la luz de una lámpara colgada de la viga maestra que atravesaba el techo.

Las grandes ollas y las cacerolas de cobre colocadas en el vazar brillaban de limpias; una antigua cántara del mismo metal resplandecia como un espejo ustorio no lejos de un arca de nogal, muy bien barnizada, que exhalaba un apetitoso

olor de pan caliente. Una mesa larga, sólida; cubierta con un mantel muy limpio, ocupaba el medio de la sala; el asiento de cada uno estaba marcado por un plato de pedernal oscuro por fuera y blanco por dentro, y por un cubierto de hierro luciente como la plata.

En medio de la mesa, una grande sopera de sopa de legumbres, humeaba como un cráter y cubría con sabroso vapor un plato formidable de coles con tocino y otro no menos formidable de carnero guisado con papas; en fin un cuarto de ternera asada, flanqueada con dos ensaladas de invierno, dos cestas de manzanas y dos quesos completaban la abundante simetría de esta comida. Tres ó cuatro cántaras de asperon llenas de una cidra fabricada en la hacienda, muchos molletes de pan bazo como piedras de molino, estaban á disposición de los labradores.

Un perro viejo, decano jubilado de la familia perruna de la hacienda, debía á su mucha edad y á sus antiguos servicios el permiso de estar junto al fuego. Usando modesta y discretamente de este privilegio, echado el hocico sobre sus pies delanteros, seguía con ojo atento las diferentes evoluciones culinarias que precedían á la cena.

Este perro venerable acudía al nombre aunque poco bucólico de *Lisandro*.

Quizá la comida de la gente de esta hacienda, aunque muy sencilla, parezca un poco suntuosa;

pero *Mad. Georges* (fiel en esto á las intenciones de *Rodolfo*) mejoraba todo lo posible la suerte de sus servidores, exclusivamente escogidos entre las personas mas honradas y mas laboriosas del pais. Se les pagada bien, se hacia su suerte muy feliz, muy envidiable; entrar como colono en la hacienda de *Bouqueval* era el fin de todos los labradores del pais; inocente ambicion que mantenía entre ellos una emulacion tanto mas laudable, cuanto se tornaba en beneficio de los amos á quienes servian; porque no podian presentarse para obtener una de las plazas vacantes en la hacienda sino con el apoyo de los mejores antecedentes.

Rodolfo creaba así sobre una pequeña escala una especie de hacienda-modelo, no solamente destinada á la mejora de los trabajos, sino sobre todo á la mejora de los hombres, y lograba este objeto interesando á los hombres en ser honrados, activos, inteligentes.

Después de haber terminado los preparativos de la cena, y puesto en la mesa una colodra de vino añejo destinado para los postres, la cocinera de la hacienda fué á tocar la campana.

A esta alegre llamada, trabajadores, criados de la hacienda, lecheras, criadas de la casa, en número de doce ó quince, entraron festivamente en la cocina. Los hombres tenian aire varonil y franco; las mujeres estaban agradables y robustas, las jóvenes despiertas y alegres; todas las caras res-

piraban buen humor, quietud y contento, se aprestaban con una sensualidad natural á hacer honor á una comida bien guisada.

La cabecera de la mesa fue ocupada por un labrador anciano con cabellos canos, cara respetable, mirada franca y arrogante, boca un poco burlesca, verdadero tipo de un aldeano honrado de aquellos talentos firmes y rectos, claros y lucidos, rústicos y malignos chapados á la antigua.

El tío Chatelain (asi se llamaba este Nestor) no habiendo salido de la hacienda desde su infancia, estaba empleado de maestro labrador cuando Rodolfo la compró; este antiguo sirviente le fué justamente recomendado; lo conservó y le encargó, bajo las órdenes de Mad. Georges de una especie de superintendencia de los trabajos del cultivo. El tío Chatelain, ejercia sobre el personal de la hacienda un gran influencia debida á su edad, á su saber y á su experiencia.

Todos los aldeanos se sentaron.

Despues de haber dicho el *Benedicite* en alta voz el tío Chatelain, segun una antigua y santa costumbre trazó una cruz en el pan con la punta de su cuchillo, y cortó un pedazo representando la *parte de la Virgen* ó la parte del pobre; echó en seguida un vaso de vino bajo la misma invocacion, y lo puso en un plato que fué religiosamente colocado en medio de la mesa.

En este momenso los perros de guardia ladraron con fuerza; el viejo Lisandro les respondió

con un gruñido, levantó su labio y dejó ver dos ó tres colmillos respetables todavía.

—Alguien anda por fuera de las paredes del patio, dijo el tío Chatelain.

Apenas había dicho estas palabras, cuando sonó la campana de la puerta principal.

—¿Quién puede venir tan tarde? dijo el viejo labrador; todos han vuelto ya.... Vé sin embargo, á verlo, Juan René.

Juan René, mozo de la hacienda, dejó con pena en su plato una enorme cucharada de sopa caliente, á la que estaba soplando con una fuerza que podía competir con la de Eolo, y salió de la cocina.

—Desde hace mucho tiempo esta es la primera vez que Mad. Georges y la señorita Maria no vienen al fuego para asistir á nuestra cena, dijo el tío Chatelain; tengo una hambre regular pero comeré con menos apetito.

—Mad. Georges ha subido á la habitación de la señorita Marta, porque cuando volvió de acompañar al señor cura se sintió un poco mala y se acostó. Respondió Claudia, la jóven robusta que había traído á la Guillabaora de la rectoria, y trastornado sin saberlo los siguientes designios del Mochuelo.

—Nuestra buena señorita Maria está indispuesta.... pero no mala, no es así? preguntó el viejo labrador con inquietad.

—No, no, gracias á Dios! tío Chatelain; Mad.

Georges ha dicho que no es nada, replicó Claudia; si no fuera así hubiera enviado á Paris por Mr. David, el médico negro..... que ya asistió á la señorita Maria cuando estuvo mala.

Estas reflexiones de Claudia fueron interrumpidas por la vuelta de Juan René que soplabá en sus dedos con tanto vigor como habia soplado la sopa.

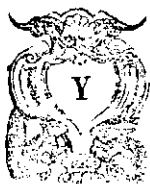
-- Oh! que frio! que frio hace esta noche..... se hielan las piedras, dijo al entrar; mas vale estar dentro que fuera en semejante tiempo, que frio!....

--Helada que empieza con viento al Este será dura y larga, debes saberlo muchacho. ¿Pero quién llamó? preguntó el decano de los labradores.

--Un pobre ciego y un muchacho que lo guía, tío Chatelain.

CAPITULO XVIII.

La Hospitalidad.



qué quiere ese ciego? preguntó al tío Chatelain á Juan René.

--Ese pobre y su hijo se han perdido queriendo ir á Louvres atravesando camino; como hace un frio de los diablos y la noche está oscura, porque el cielo está nublado, el ciego y su hijo piden se les deje pasar la noche en la hacienda, en un rincon del establo.

--Mad. Georges es tan buena que nunca niega la hospitalidad á un infeliz; consentirá á buen seguro que se deje acostar á esa pobre gente..... pero es menester preveníselo. Vè, Claudia.

Se fué esta.

--¿Y dónde espera ese pobre hombre? preguntó el tío Chatelain.

En el trox chico.

--¿Y por qué lo has metido en el trox?

--Si hubiese quedado en el patio, se lo comerian crudo los perros, á él y á su hijo. Sí, tío Chatelain, les dije: *Medor, aquí... ven acá, Turco..... fuera Sultan.....* nunca los he visto tan

irritados. Y sin embargo, en la hacienda, no se les enseña á morder á los pobres, como en muchas otras partes.....

--A fé mía, hijos, la *parte del pobre* se habrá reservado con razon esta noche..... Estrechaos un poco..... Bien! Pongamos dos cubiertos mas, uno para el ciego, otro para su hijo, porque seguramente Mad. Georges les dejará pasar aquí la noche.

Juan René dijo como admirado.

--Llama mucho la atencion que los perros se pusiesen tan furiosos; sobre todo Turco, que acompañó á Claudia cuando fué esta tarde á la rectoria..... estaba endemoniado Al acariciarlo para que se sossegase le sentí el pelo del lomo herizado..... parecia un puerco espin..... Que decís de esto eh! no Chatelain, vos que sabéis de todo?

--Digo, muchacho, yo que *lo sé todo* que las bestias saben mucho mas que yo.... Cuando el huracan que hubo este otoño, que cambió el riachuelo en torrente, cuando volvia yo una noche oscura con mis caballos de labor, montado en el viejo rodado, lleveme el diablo si hubiera sabido por donde vadearlo, pues no se veia mas que en un horno!..... Pues bien! dejé caer la brida sobre todo el cuello del viejo rodado, y él solo halló lo que no hubiera hallado ninguno de nosotros..... ¿Quién le enseñó eso?

--Sí, tío Chatelain, quién le enseñó eso al ca-

ballo viejo rodado?

--El que enseña á las golondrinas á hacer sus nidos en los techos, y á las nevatillas á hacer el suyo en medio de las cañas, muchacho mio.... Y bien! Claudia, dijo el antiguo oráculo á la lechera que entró trayendo dos pares de sábanas muy blancas, que despedían un olor suave á salvia y vérbena,--y bien Mad. Georges ha maudado que cene y duerma aquí ese pobre ciego y su hijo, no es así?

--Éstas son las sábanas para hacerles la cama en el cuarto que está al fin del corredor, dijo Claudia.

--Vaya, vé por ellos, Juan René.... Tú, hija mía arrima dos sillas al fuego, se calentarán un poco antes de sentarse á la mesa.... porque el frío es intenso esta noche.

Se oyó de nuevo el ladrido furioso de los perros y la voz de Juan René que procuraba apaciguarlos.

Se abrió de pronto la puerta de la cocina: el Dómine y Jorobeta entraron precipitadamente como si los persiguiesen.

--Tened cuidado con vuestros perros, gritó el Dómine con sobresalto.--Poco ha faltado para que nos muerdan.

--Me han arrancado un pedazo de mi blusa, dijo Jorobeta todavía descolorido del susto.

--Dispensad, buen hombre dijo Juan René cerrando la puerta. Nunca he visto á nuestros

perros tan furiosos..... Es bien seguro que el frío los escita..... Estos animales no tienen razón; quizá quieren morder para calentarse.

--Vamos, también el otro! dijo el labrador sujetando al viejo Lisandro en el momento en que gruñendo con aire de amenaza, iba á abalanzarse á los reciénvenidos. Oyó á los otros perros ladrar con furia, él quiso, hacer lo mismo. Vete á acostar inmediatamente, viejo salvaje! te vas!.....

A estas palabras del tío Chatelain acompañadas de una significativa patada, Lisandro se volvió sin dejar de gruñir á su sitio predilecto junto al fuego.

El Dómine y Jorobeta permanecían en la puerta de la cocina, no atreviéndose á entrar.

Envuelto en una capa azul con cuello de pieles, sombrero puesto sobre el gorro negro que le cubría casi del todo la frente, el bandido tenía agarrada la mano de Jorobeta que se arrimaba á él mirando á los campesinos con desconfianza; la honradez de sus fisonomías desconcertaba y casi asustaba al hijo de Brazo-Rojo.

Las naturalezas malas tienen también sus repulsiones y sus simpatías.

Las facciones del Dómine eran tan horribles, que los habitantes de la hacienda quedaron un instante aturcidos; esta impresión no se le ocultó á Jorobeta; el horror de los campesinos lo tranquilizó: se enervó con el susto que inspiraba

su compañero. Pasado este primer movimiento, el tío Chatelain, no pensando sino en cumplir los deberes de la hospitalidad, dijo al Dómine:

--Mi buen hombre, arrimaos al fuego, os calentareis primero. Luego cenareis con nosotros, porque llegais en el momento en que nos sentábamos á la mesa. Mirad, sentaos ahí. Pero cómo tengo la cabeza! añadió el tío Chatelain; no es á vos sino á vuestro hijo á quien debo dirigirme, porque por desgracia estais ciego. Vamos, hijo, conduce á tu padre junto á la chimenea.

--Sí, mi buen señor, respondió Jorobeta con tono gangoso, embelesador é hipócrita; Dios os pague vuestra buena caridad!..... Seguidme, pobre papá..... seguidme..... cuidado, y el muchacho guió los pasos del bandido.

Llegaron ambos juntos á la chimenea.

Lisandro gruñó sordamente en un principio; pero habiendo husmeado un instante al Dómine, dió de pronto aquella especie de ahullido lúgubre que hace decir comunmente que los perros *ahullan á la muerte*.

--Qué infierno! dijo para sí el Dómine.--Husmean la sangre estos malditos animales. Tenia puesto este pantalon la noche del asesinato del ganadero.....

--Vaya, esto es admirable, dijo en voz baja Juan René, el viejo Lisandro ahulla á la muerte oliendo al buen hombre.....

Entonces acació una cosa estraña.

Los abullidos de Lisandro eran tan penetrantes, tan lastimeros, que los demás perros los oyeron (el patio de la hacienda no estaba separado de la cocina sino por una ventana de vidrio), y según la costumbre de la raza canina repitieron á porfía estos gemidos lamentables.

Aunque poco supersticiosos, los campesinos se miraron unos á otros casi con espanto.....

En efecto, lo que pasaba era singular.

Un hombre, que no habían podido mirar sin horror, entraba en la hacienda..... cuando los animales hasta entonces pacíficos se ponen furiosos y lanzan aquellos clamores siniestros que, según las creencias populares, predicen la proximidad de la muerte.

El bandido mismo, á pesar de su obduración, á pesar de su audacia infernal, se estremeció un momento al oír aquellos abullidos fúnebres, mortuorios..... que gritaban cuando llegó..... asesino.

Jorobeta, esceptico, descarado como un muchacho de París, corrompido por decirlo así desde que mamaba fué el solo indiferente al efecto moral de esta escena. Librado del temor de ser mordido, este aborto zumbón se burló de lo que aterraba á los habitantes de la hacienda y de lo que hacia temblar al Dómine....

Pasado el primer estupor, salió Juan René, y se oyeron luego los chasquidos de su látigo que disiparon los lúgubres presentimientos de Turco, de Sultan y de Medor. Poco á poco las caras

contristadas de los labradores se tranquilizaron. Al cabo de algunos momentos, la espantosa fealdad del Dómine les inspiró mas compasion que horror, tuvieron lástima de la enfermedad del Jorohadito, le hallaron la *taimada* cara muy interesante, y lo alabaron mucho por los cuidados que prodigaba á su padre.

El apetito de los labradores, olvidado un momento, se despertó con nueva energia, y no se oyó por algunos instantes mas que el ruido de los tenedores.

Sin dejar de comer sus rústicos manjares, campesinos y campesinas notaban con enternecimiento las atenciones que tenia el muchacho con el ciego, junto al cual se habia colocado. Jorobeta le preparaba la comida, le partia el pan, le echaba de beber con un cuidado enteramente filial.

Este era el lado bueno de la medalla, veamos el reverso.

Tanto por crueldad como por espíritu de imitacion natural en su edad, Jorobeta encontraba un placer cruel en atormentar al Dómine, á ejemplo del Mochuelo, que se envanecia en copiar así, y á quien amaba afectuosamente.

¿Como sentia este perverso niño la necesidad de ser amado? ¿Cómo se creia feliz con el afecto fingido que le manifestaba la Tuerta? Cómo podia; en fin, conmovirse con el lejano recuerdo de las caricias de su madre? Esta era una de

aquellas numerosas anomalías, que, de tiempo en tiempo, protestan felizmente contra la unidad en el vicio.

Lo hemos dicho, experimentando, como el Mochuelo, una estremada delicia en tener por animal de carga un tigre.... Jorobeta, sentado en la mesa de los labradores, tuvo la malignidad de querer refinar su placer forzando al Dómine á soportar sus malos tratamientos sin fruncir las cejas.

Compensó pues cada una de sus atenciones ostensibles para con su padre supuesto con una patada oculta, dirigida particularmente á una llaga muy antigua que el Dómine, como muchos presidiarios, tenía en la pierna, en el sitio donde tuvo el anillo de su cadena, mientras estuvo en presidio.

Fué preciso al bandido un valor estóico para ocultar este padecimiento á cada ataque de Jorobeta; este pequeño monstruo, á fin de poner á su víctima en una posición mas difícil aun, escogió, para sus ataques, el momento en que el Dómine bebía ó en que hablaba.

Sin embargo, la impasibilidad de este último no se desmentía; contenía maravillosamente su cólera y su dolor pensando (y el hijo de Brazorajo contaba bien con ello) que sería muy peligroso para el buen éxito de sus designios dejar adivinar lo que pasaba debajo de la mesa.

--Tomad, pobre papá..... esta es una nuez

mondada, dijo Jorobeta poniendo en el plato del Dómine una de estas frutas sin cáscara.

--Bien, hijo mio, dijo el tío Chatelain; luego dirigiéndose al bandido: Sois sin duda bien digno de compasion; buen hombre; pero teneis un hijo bueno..... esto debe consolaros un poco!

--Sí, sí, mi desgracia es grande; pero, sin el cariño de mi hijo..... yo.....

El Dómine contuvo al parecer un grito agudo.....

El hijo de Brazo-rojo habia esta vez encontrado lo vivo de la llaga; el dolor fué intolerable.

--Dios mio!,....que tienes, pobre papá? exclamó Jorobeta con voz lastimera, y levantándose, se arrojó al cuello del Dómine.

En su primer movimiento de cólera y de rabia, el bandido quiso ahogar al Jorobadito entre sus brazos hercúleos, y lo apretó tan violentamente contra su pecho que el muchacho perdiendo la respiracion dejó oír un gemido sordo.

Pero reflexionando luego que no podia pasar sin Jorobeta, se contuvo y lo puso en su silla.

En todo esto los campesinos no vieron sino un trueque de cariño paternal y filial: la palidez y sofocacion de Jorobeta les pareció causada por la emocion de este buen hijo.

--Qué teneis pues, ni buen hombre? preguntó el tío Chatelain. El grito que disteis ahora ha hecho perder el color á vuestro hijo..... Pobre

chico..... mirad, apenas puede respirar.

--No es nada, respondió el Dómine recobrando su sangre fría.-- Mi oficio es herrero mecánico; hace algún tiempo que trabajando con el martillo una barra de hierro ardiendo, se me cayó, y me hizo una quemadura tao profunda que aun no está cicatrizada..... Ahora me dí en ella con el pie de la mesa, y no pude contener un grito de dolor.

--Pobre papá! dijo Jorobeta, repuesto de su *emoción*, y lanzando una mirada diabólica al Dómine, pobre papá! es mucha verdad, mis buenos señores, nunca ha podido curarse de su pierna, Ayl no, nunca! Oh! mejor quisiera yo tener ese mal..... con tal que no lo tuviese el pobre papá.....

Las mugeres miraron á Jorobeta con enterrecimiento.

--Y bien! mi buen hombre, repuso el tío Chatelain, es una desgracia para vos que no háyais venido á la hacienda hace tres semanas, en vez de venir esta noche.

--Porqué?

--Porque hemos tenido aquí, por espacio de algunos dias, á un médico de Paris que tiene un remedio soberano para los males de las piernas. Una buena vieja de la aldeana no podia andar tres años hacia; el doctor le puso su unguento sobre sus llagas..... Al presente corre como un gamo, y se promete en el dia de año nuevo ir

á pié á dar las gracias á su salvador, *paseo de las Viudas*, en Paris..... Bien veis que de aquí allá hay un buen trozo de camino. ¿Pero qué tenéis? todavía esa maldita llaga?

Estas palabras; *paseo de las Viudas* recordaban tan terribles memorias al Dómine, que no pudo dejar de estremecerse y contraer sus horribles facciones.

--Sí, respondió recobrándose, otre tompezon.....

--Papá, sosiégate, yo te fomentaré bien cuidadosamente la pierna esta noche, dijo Jorobeta.

--Pobre niño, dijo Claudia, como quiere á su padre.

--Es verdaderamente una lástima, prosiguió el tío Chatelain dirigiéndose al Dómine, que ese buen médico no esté aquí; pero, segun pienso, es tan caritativo como sabio, al volver á Paris, haced que vuestro muchácho es lleve á su casa, ós curará estoy seguro de ello; las señas no son dificiles de retener; *paseo de las Viudas*, número 17. Si olvidais el número... .. poco importa, no hay muchos médicos en aquel paraje, y sobre todo médicos negros..... porque debeis saber que es negro esè escelente doctor David.

Las facciones del Dómine estaban tan llenas de cicatrices, que no se pudo notar su palidez.

Perdió el color, sin embargo..... perdió el co-

lor horriblemente al oír en un principio citar el número de la casa de Rodolfo; y en seguida hablar de David..... el médico negro....

De aquel negro, que por órden de Rodolfo, le habia impuesto un suplicio espantoso, cuyas terribles consecuencias sufría á cada instante.

El día era funesto al Dómine.

Por la mañana habia aguantado los tormentos del Mochuelo y del hijo de Brazo-rojo; llega á la hacienda, los perros *ahullan la muerte* á su aspecto homicida, y quieren devorarlo; en fin la casualidad lo conduce á una casa donde algunos días antes se hallaba su verdugo.

Separadamente, estas circunstancias hubieran bastado para escitar sucesivamente la rabia ó el temor de este bandido, pero precipitándose en el espacio de algunas horas, le dieron un violento golpe.

Por la primera vez de su vida, experimentó una especie de temor supersticioso..... se preguntó si solo la casualidad reunía tan estraños incidentes.

El tío Chatelain, no habiendo advertido la palidez del Dómine, continuó.

--Por lo demas, mi buen hombre, cuando so vays se le darán las señas del doctor á vuestro hijo, y esto será obligar á Mr. David; es tan bueno, tan buenol..... es lástima que tenga siempre el aire triste..... Pero mirad..... hebamos un

trago á la salud de vuestro futuro salvador.

--Gracias..... no tengo ganas, dijo el Dómine con aire sombrío.

--Bebe pues, mi querido papá, bebe pues, hará provecho á tu pobre estómago, añadió Jorobeta poniendo el vaso en las manos del ciego.

--No es cidra lo que os he echado, sino vino añejo, dijo el labrador. Hay pocos campesinos que lo beban como este. Vaya! esta no es una hacienda como otra cualquiera..... Que decís de nuestra comida ordinaria?

--Es muy buena, respondió maquinalmente el Dómine mas y mas embebido en sus siniestros pensamientos.

--Pues bien! todos los dias es lo mismo: buen trabajo y buena comida, buena conciencia y buena cama; en cuatro palabras he aqui nuestra vida; somos siete trabajadores, y sin alabarnos hacemos tanto labor como catorce.--A los simples labradores, ciento cincuenta escudos al mes, á las lecheras y criadas de la hacienda... sesenta escudos! Y á partir entre nosotros una quinta parte de los productos de la hacienda..... Vaya, comprendéis que no dejemos descansar un trozo de tierra, porque mientras mas produce la pobre vieja, tanto mas tenemos.

--Vuestro amo no debe enriquecerse mucho, dándoos tantas ventajas, dijo el Dómine.

--Nuestro amo?..... Oh! no es un amo como todos los demas. Tiene un modo peculiar

de enriquecerse.

--Que quereis decir? preguntó el ciego, que deseaba entredar la conversacion para librarse de los tristes pensamientos que le perseguian, vuestro amo es bastante extraordinario.

--Extraordinario en todo, mi buen hombre; pero mirad; la casualidad os ha traído aqui; pues la hacienda está lejos del camino real, nunca volvereis. no la dejareis al menos sin saber quien es nuestro amo y qué hace de esta hacienda; en dos palabras, voy á deciroslo con condicion de que lo repitais á todo el mundo..... Vereis es tan bueno de decir como de oír.....

--Os escucho, dijo el Dómine.

CAPITULO XIX.

Una Hacienda Modelo.



no os incomodará haberme oído, dijo el tio Chatelain al Dómine.-- Figuraos que un dia dijo para sí nuestro amo: «Yo soy muy rico, está bien; pero esto no me hace comer dos veces..... no seria mejor que hiciese comer á aquellos que no comen, y

comer mas á la buena gente que no come segun su hambre? A fé mia, esto es bueno, manos á la obra., Y se puso á hacerlo nuestra amo. Compró esta hacienda, que entonces no tenia nada que trabajar, y no empleaba mas que dos arados; sé esto porque he nacido aquí. Nuestro amo aumentó las tierras, sabreis ahora porque.... á la cabeza de la hacienda puso una digna señora, tan respetable como desgraciada.... así ha seguido siempre..... Y le dijo: «Esta casa estará, como la casa de Dios, abierta para los buenos, cerrada para los malos, se echará de ella á los mendigos perezosos, pero se dará siempre limosna de trabajo á los que tienen buenos deseos: esta limosna no hamilla al que la recibe y aprovecha al que la da; el rico que no la hace es un rico malo....., Nuestro amo dijo esto; á fé mia! tiene razon.... pero hace mas que decirlo.... obra.... En otro tiempo habia un camino derecho de aqui á Ecouen por el que se abreviaba media legua larga, pero vaya!... estaba tan perdido, que no se podia pasar por él, era la muerte de los caballos y de los carruajes; algun trabajo y un poco de dinero suministrado por cada uno de los arrendatarios del pais hubieran puesto el camino en buen estado, pero cuanto mas deseaba cada uno ver el camino compuesto, tanto mas refunfuñaba al dar dinero y trabajo. Nuestro amo, viendo esto dijo: «El camino se hará; pero como los que pudieran contribuir

á ello no contribuyen, como es casi un camino de lujo, servirá un día á los que tienen caballos y carruajes, pero aprovechará desde luego á los que no tienen mas que sus dos brazos, ganas de trabajar y que no tienen en qué. Así, por ejemplo, un jóven robusto llama á la puerta de la hacienda diciendo: Tengo hambre y me falta trabajo.”—Mozo, aquí tienes una buena sopa, un azadon, una pala, se os llevará al camino de Eco-uon, haced cada dia dos toesas de gujarros, y todas las noches tendreis cuarenta sueldos, veinte sueldos la toesa, media toesa diez sueldos, sino nada.”—Yo, al anocheecer, al volver del campo, voy á inspeccionar el camino y á cerciorarme de lo que cada uno ha hecho.

—Sin duda, replió este que parecia desde algunos momentos estar reflexionando profundamente.

—En cuanto á las mujeres y a los niños, hay tambien trabajo para ellos y para sus fuerzas, añadió el tío Chatelain.

—Pero á un enfermo, á mi por ejemplo, dijo de repente el Dómine, no se le haria la caridad de darle un lugar en un rincón de la hacienda, un pedazo de pan y un abrigo.... por el poco tiempo que me queda que vivir? Oh!.... si esto pudiese ser.... mis buenas gentes.... pasaria mi vida dando gracias á vuestro amo.

El pícaro hablaba entonces sinceramente. No se arrepentia por eso de sus crímenes; pero la

existencia pacífica, feliz, de los labradores, escitaba tanto más su deseo cuanto pensaba en el horrible porvenir que le reservaba el Mochuelo: porvenir que había él estado lejos de prever, llamando á su lado á su cómplice, perdida para siempre la posibilidad de vivir con las personas honradas en cuya casa lo había dejado el Choro.

El tío Chatelain miró al Dómine con sorpresa.

—Pero, mi buen hombre, le dijo, no os creía enteramente sin recursos.

—Ayl Dios mío, sí..... he perdido la vista por un accidente de mi oficio. Voy á Louvres á buscar socorros en casa de un paciente lejano..... pero comprendéis..... algunas veces las personas son tan egoístas..... tan duras..... dijo el Dómine.

—Oh! no hay egoísta que resista, repuso el tío Chatelain, á un arte-ano bueno y honrado como vos, desgraciado como vos, con un niño tan guapo, tan buen hijo, eso ablandaría las piedras. Pero el maestro que os ocupaba antes de vuestro accidente, no hace nada por vos?

—Murió..... dijo el Dómine después de titubear un momento, y ese era mi solo protector.....

—Y el hospicio de los ciegos?

—No tengo la edad para entrar en él.

—Pobre hombre!.. sois bien digno de compasión!

--Y bien! creéis que si no hallo en Louvres los socorros que espero, vuestro amo, á quien respeto ya sin conocerle, tendrá compasión de mí?

--Por desgracia, bien lo veis, la hacienda no es un hospicio.... Ordinariamente se concede aquí á los enfermos pasar una noche ó un día..... Luego se les da un socorro.... y Dios nos ayude.....

--Luego no tengo esperanza ninguna de interesar á vuestro amo en mi triste suerte? dijo el bandido con un suspiro de sentimiento.

--Os he dicho lo que se acostumbra, mi buen hombre; pero nuestro amo es tan compasivo, tan generoso; que es capaz de todo.

--Creéis, exclamó el Dómine, sería posible que consintiese en dejarme vivir aquí en un rincón? Sería yo feliz con tan poco!

--El tío Chatelain le respondió.

--Os digo que nuestro amo es capaz de todo... Si consiente en que os quedeis en la hacienda, no tendreis que ocultaros en un rincón; sereis tratado como nosotros!,..... como hoy..... se hallará en que ocupar á vuestro hijo segun sus fuerzas; buenos consejos y buenos ejemplos no le faltarán; nuestro venerable cura le instruirá con los demas muchachos del pueblo, y crecerá en el bien, como se dice.... Pero para esto, mirad, será menester mañana por la mañana decirlo todo francamente á *Nuestra señora del Buen Socorro*.

--Cómo dijo el Dómine?

--Llamamos así á nuestra ama.... Si esta se interesa por vos, vuestro negocio es seguro..... En punto á caridad, nuestro amo no sabe negar nada á nuestra señora.....

- Oh! entonces le hablaré..... le hablaré..... exclamó alegremente el Dómine, viéndose ya libre de la tiranía del Mochuelo.

Esta esperanza halló poco eco en Jorobeta, que no se sentía dispuesto á aprovecharse de las ofertas del viejo labrador, y á *creer en el bien* bajo los auspicios de un venerable cura. El hijo de Brazo-rojo tenía inclinaciones muy poco rústicas y el talento poco dispuesto á la bucólica; por otra parte fiel á las tradiciones del Mochuelo, hubiera visto con un vivo disgusto al Dómine sustraerse á su común despotismo; quería pues volver á la realidad al bandido, que se estraviaba en medio de las campestres y risueñas ilusiones.....

--Oh! si, repitió el Dómine, hablaré á *Nuestra señora del Buen Socorro*..... tendrá piedad de mí, y.....

Jorobeta dió en este momento y disimuladamente una vigorosa patada al Dómine que le tocó en buen lugar.

El tormento interrumpió y abrevió la frase del bandido, que repitió despues de un doloroso estremecimiento:

--Sí, espero que esa buena señora se com-

padezca de mí.

--Pobre papá.....repuso Jorobeta; pero tú no cuentas con mi buena tia Mad. Mochuelo, que te quiere tanto..... Pobre tia Mochuelo..... Oh! no te abandonará así como quiera..... Será capaz de venir á reclamarte aquí con nuestro primo Mr. Barbillon....

--Este buen hombre tiene parientes en los pescados y en los pájaros.....dijo muy bajo Juan René con un aire prodijosamente malicioso, dando con el codo á Claudia, que estaba junto á él.

--Anda, malicioso, te ries de esos infelices, respondió tambien en voz baja la criada de la hacienda, dando á su vez á Juan René un codazo capaz de romperle tres costillas.

--Mad. el Mochuelo es parienta vuestra? preguntó el labrador al Dómine.

--Sí..... es parienta nuestra.... respondió con triste y sombría pesadumbre.

En el caso en que hallase en la hacienda un refugio inesperado, temía que la Tuerta fuese por maldad á denunciarlo; temía tambien que los nombres de sus parientes fingidos, Mad. el Mochuelo y Mr. Barbillon, citados por Jorobeta, despertasen sospechas; pero en esta parte sus temores fueron vanos; Juan René solo vió en ello motivo de una burla hecha en voz baja y muy mal acogida por Claudia.

--Esa parienta es la que vais á buscar á Lou-

vres? preguntó al tío Chatelain.

--Sí, dijo el bandido, pero creo que mi hijo se engaña contando con ella.

Oh!.... mi pobre papá, no me engaño.... vaya!.... Es tan buena mi tia Mad. Mochuelo..... Bien lo sabes, ella te envió el agua para dar fomentos á tu pierna.... y el modo de usar de ella... Ella es la que me dijo.--Haz con tu pobre papá lo que hiciera yo misma.... y Dios te bendecirá.... Oh! mi tia el Mochuelo te ama.... pero te ama tanto que....

--Está bien, está bien, dijo el Dómine á Jorobeta, eso no impedirá en todo caso, hablar mañana por la mañana á la buena señora de aquí... ó implorar su apoyo para con el respetable propietario de esta hacienda.

--Pero que sepa yo al menos su nombre y tambien el de la *Señora del buen Socorro*, repuso con viveza el Dómine, que pueda bendecir estos nombres.

--Comprendo vuestra impaciencia, dijo el labrador.... Ah! Vaya, esperaréis quizá nombres ruidosos? Ah! bien, sí, son nombres sencillos y dulces como los de los santos. *Nuestra Señora del Socorro* se llama *Mad. Georges*.... nuestro amo se llama *Mr. Rodolfo*.

--Mi mujer!.... mi verdugo!.... murmuró el bandido, herido por esta revelacion.

CAPITULO XX.

La noche.



odolfo!.... Mad Georges!

El Dómine no pudiera creerse engañado por una casual semejanza de nombres; antes de condenarle á un terrible suplicio, Rodolfo le dijo que tomaba por Mad. Georges un vivo interes. Y la presencia reciente del negro David en aquella hacienda probaba al Dómine que no se engañaba.

Reconció alguna cosa de providencial, de fatal en este último encuentro que trastornaba las esperanzas que habia fundado un momento sobre la generosidad del amo de aquella hacienda.

Su primer movimiento fue huir.

Rodolfo le inspiraba un terror invencible, quizá estaria á aquella hora en la hacienda.... apenas repuesto de su estupor, el bandido se levantó de la mesa, cojió la mano de Jorobata, y exclamó como desatinado.

—Vamos, condúcceme.... salgamos de aquí!

Los labradores se miraron unos á otros con sorpresa.

--Iros..... ahora?..... no penseis en ello, mi buen hombre dijo el tío Chatelain.--Ah! que mosca os pica? os habeis vuelto loco!

Jorobeta se asió diestramente de esta palabra, dió un gran suspiro, hizo una señal afirmativa; y poniendo su dedo índice en la frente, dió á entender á los labradores que la razon de su padre flagido no estaba muy sana.

El viejo labrador le respondió con un signo de inteligencia y de compasion.

--Ven, ven, salgamos, repitió el Dómine procurando llevarse al muchacho.

Jorobeta, absolutamente decidido á no dejar una posada é ir á correr por los campos con el frio que hacia, dijo con voz doliente:

--Dios mio! pobre papá, te ataca un acceso, cálmate, no salgas fuera con el frio de la noche..... te hará daño..... Mejor quiero tener la pena de desobedecerte que llevarte fuera de aquí á estas horas.--Luego dirigiéndose á los labradores.--¿No es verdad, mis buenos señores, que me ayudareis á impedir que salga mi pobre papá?

Al oír esto el tío Chatelain, le dijo:

--Si, si, tranquilizate, hijo mio, no abriremos á tu padre..... Lo forzarémos á pasar la noche en la hacienda!

--No me forzareis á quedar aquí gritó el Dómine, incomodaria el amo..... Mr. Rodolfo..... Me habeis dicho que la hacienda no era un hospicio. Asi, lo repito, dejadme salir.

Incomodar á nuestro amo?.... tranquilizaos.... Por desgracia no vive en la hacienda, no viene aquí tan á menudo como quisiéramos.... Pero si estuviese aquí no le incomodariais.... Esta casa no es un hospicio; es verdad, pero os he dicho que los enfermos dignos de compasion como vos podian pasar en ella un dia y una noche....

--Vuestro amo no está aquí..... esta noche? preguntó el Dómine con un tono menos espantado.

--No; debe venir, segun acostumbra, dentro de cinco ó seis dias. Bien veis que vuestros temores son infundados.... No es probable que nuestra buena señora baje ahora; entonces os tranquilizaria. Nos ha mandado que se os haga aquí vuestra cama. Fuera de esto; si no la veis esta noche, le hablareis mañana antes de iros.... Le hacéis vuestra súplica, á fin de que interese á nuestro amo á favor vuestro, y ostenga en la hacienda....

No no! dijo el bandido he cambiado de idea.... mi hijo tiene razon; mi parienta de Louvres se compadecerá de mí.... Iré á buscarla.

Como quisiéreis, dijo complacientemente el tío Chatelain, creyendo hablar con un hombre que tenia trastornada un poco la cabeza. Partireis mañana por la mañana: en cuanto á poner os en camino esta noche con este pobre niño, no penséis en ello. Lo arreglaremos.

Aunque Rodolfo no estuviese en la hacienda, no se había calmado el terror del Dómine; aunque horriblemente desfigurado, temia ser conocido por su muger, que podia bajar de un momento á otro; en cuyo caso, no dudaba que esta lo denunciase y lo hiciese prender; persuadido que Rodolfo, al imponerle un castigo terrible, habia satisfecho sobre todo al odio y á la venganza de Mad. Georges.

Pero el bandido no podia dejar la quinta, se hallaba á merced de Jorobeta. Se conformó, pues, mas para evitar ser sorprendido por su muger, dijo al labrador.

--Pues me asegurais que esto no incómodará á vuestro amo, ni á vuestra señora..... acepto la hospitalidad que me ofreceis; pero como estoy muy fatigado, voy, si lo permitis, á acostarme; quisiera partir mañana al amanecer.

--Oh! mañana por la mañana, como gustéis! aqui se madruga; y porque no os estraviéis de nuevo, se os pondrá en vuestro camino.

--Si quereis, acompañaré á este pobre hombre un buen trozo de camino, dijo Juan René, pues la señora me ha dicho que avie el calesin para ir mañana por dinero á casa del notario, en Villierste-Bel.

--Pondrás á este pobre ciego en su camino, pero irás á pie, dijo el tío Chatelain.--La señora ha cambiado despues de parecer, ha reflexionado con razon que no debia tenerse en la ha-

cienda tan gran suma; habrá tiempo de ir el Lunes próximo á Villiers-le-Bel; hasta entonces el dinero está tan bien en casa del notario como aquí.

--La señora sabe mejor que yo lo que debe hacer; pero qué hay que temer aquí por el dinero, tío Chatelain?

--Nada, hijo mio, á Dios gracias! Pero mejor querría tener aquí quinientos sacos de trigo que diez de escudos.

--Vamos, prosiguió el tío Chatelain dirigiéndose al bandido y á Jorobeta, venid mi buen hombre, y tú sígueme, hijo mio, añadió, tomando una luz. Luego precediendo á los dos huéspedes, los condujo á un cuartito del primer piso donde llegaron despues de haber atravesado un corredor ancho al cual daban muchas puertas.

Puso el labrador la luz sobre una mesa y dijo al Damié:

Esta es vuestra cama; Dios os dé una buena noche, mi buen hombre, en cuanto á ti, hijo mio, dormirás bien, es propio de tu edad.

El bandido se sentó triste y pensativo en el borde de la cama á la cual fue conducido por Jorobeta.

Hizo este una seña de inteligencia al labrador en el momento en que salia del cuarto, y se le reunió en el corredor.

--Qué quieres, hijo mio? le preguntó el tío Chatelain.

--Por Dios! mi buen señor, soy digno de compasión! algunas veces mi pobre papá es atacado de noche de convulsiones; no puedo socorrerlo yo solo; si me fuese preciso pedir auxilio..... se me oirá?

--Pobre muchacho, dijo el labrador con interés, tranquilízate..... Ves esa puerta junto á la escalera?

--Si mi buen señor, la veo....

--Pues bien, un criado de la hacienda duerme siempre allí; no tendrás mas que ir á llamarlo, la llave está puesta; irá á ayudarte á socorrer á tu padre.

--Ay! señor mio, ese mozo de la hacienda y yo no podríamos quizá aventarnos con mi pobre papá si le atacasen sus convulsiones..... No podríais venir tambien, vos que pareceis tan bueno..... tan bueno?

--Yo, hijo mio, duermo como los demas labradores en un departamento al fin del patio; pero tranquilízate; Juan René es vigoroso, sugetaria un toro por los cuernos. Ademas, si fuere menester que alguien os ayudara, advertíselo á nuestra vieja cocinera, duerme en el primer piso al lado de nuestra ama, y de nuestra señorita..... y en caso necesario la buena muger servirá de enfermera, pues es muy para el caso.

--Oh!..... gracias, gracias, mi buen señor, voy á pedir á Dios por vos, porque sois tan caritativo que os compadeceis de mi pobre papá.....

--Nada, hijo mio..... Vamos, buenas noches, debemos esperar que no necesites socorros de nadie para sugetar á tu buen padre; vuélvete, quizá te está aguardando.

Voy corriendo. Buenas noches.

Dios te guarda hijo mio....

--Y el viejo labrador se retiró.

Apenas hubo vuelto la espalda, cuando Jorobeta le hizo un gesto supremamente burlon é insultante, familiar á los pillos de Paris, gesto que consiste en darse en la nuca con el plano de la mano izquierda, y muchas veces echando delante cada vez la mano derecha enteramente abierta.

Con una astucia diabólica, este peligroso niño acababa de saber una parte de las noticias que quería tener para servir los siniestros proyectos del Mochuelo y del Dómine. Sabia ya que la parte de la casa donde iba á dormir no estaba habitada sino por Mad. Georges, Flor-celestial, una vieja cocinera y un criado de la hacienda.

Jorobeta, al volver al cuarto que ocupaba con el Dómine, tuvo buen cuidado de no arrimarse á él. Este último lo oyó y le dijo en voz baja:

--¿De donde vienes ahora, pícaro?

--Sois muy curioso, sin ojos....

--Oblí vas ha pagarme todo lo que me has hecho paüecer y aguantar esta noche, hijo de la desgracia, exclamó el Dómine; y se levantó furioso

buscando á Jorobeta á tientas, apoyándose en las paredes para que le sirviesen de guia.--Te agradeceré; sí..... maldita vivora.....

--Pobre papá..... estamos tan alegres, que jugamos á la gallina ciega con nuestro querido niño, dijo Jorobeta con una risa falsa y librándose con mucha facilidad de las manos del Dómine.

Este, en un principio arrebatado por un movimiento inconsiderado de cólera, se vió luego obligado á renunciar como siempre á cojer al hijo de Brazo-rojo.

Forzado el Dómine á sufrir la insolente persecucion de Jorobeta hasta el momento en que pudiese vengarse sin peligro, devorando su impotente ira, se echó en su cama blasfemando.

--Pobre papá..... estás rabiando..... por qué juras así? Que diria el señor cura si te oyesen..... te impondria una penitencia....

--Bien! bien! replicó el bandido con voz apagada y contenida despues de un largo silencio, búrlate de mi, abusa de mi desgracia.... vill..... Eso es bueno, vaya, es generoso!

--Oh! esto te hace bailar? Te levanta el copete? exclamó Jorobeta riéndose á carcajada; dispensadme..... usábais á troche y moche de cualesquiera medios para engañar á todo el mundo cuando no estábais ciego.

--Pero nunca te he hecho mal..... á tí..... Por qué me atormentas?

--Porque habeis dicho necesidades al Mochuelo.... Y cuando pienso que soltásteis la especie de quedar aquí, haciendo el molondro con los aldeanos.... ¿Quería el caballero ponerse á leche de burra?

--Picaro, si hubiese tenido posibilidad de quedarme en esta hacienda, que el rayo destruya, tú casi me lo hubieras estorbado con tus insolencias....

--Vos, quedar aquí, vaya una farsa! Y quién hubiera sido la bestia de carga de Mad. el Mochuelo? yo quizá? Gracias, Dios me libre!

--Malvado engendro....

--Engendro, mira, una razon mas; digo como menta al Mochuelo, no hay nada mas divertido que hacerlo rabiar.... á vos que me mataríais de un puñetazo.... Habeis estado muy ehusco, vaya, esta noche en la mesa.... Dios mio! que comedia me representaba yo á mi solo.... A cada patada qué os daba á la sordina, se os subia la sangre á la cabeza, y vuestros ojos blancos se ponian rojos por los bordes; no les faltaba mas que un poquito de azul en medio; con oro hubieron estado tricolores..... dos verdaderas cucardas de aguacil.

--Vamos, quieres reírte, estás contento..... es propio de tu edad; no me incomodes, dijo el Dómine con tono afectuoso y despejado, esperando mover á compasion á Jorobeta: pero en vez de estar allí desesperándome, hubieras hecho me-

jor en acordarte de lo que te dijo el Mochuelo, á quien tanto quieretes; debias examinarlo todo, tomar las señales de las cerraduras. Escuchaste? hablaron de una grande suma de dinero que tendrán aquí el Lunes..... Vendremos con los amigos y daremos un gran golpe..... Vaya, era yo un bestia en quererme quedar..... me hubiera enterado bastante al cabo de ocho dias de estos honrazos aldeanos..... No es así, hijo mio? dijo el bandido para lisongear á Jorobeta.

--Me hubierais dado una pesadumbre, bajo palabra de honor, dijo Jorobeta burlándose.

--Sí, sí, hay un buen golpe que dar aquí... Y aun cuando no hubiese nada que robar, volveré á esta casa con el Mochuelo para vengarme, dijo el bandido con una voz alterada por el furor y por el odio; porque es bien seguro que mi muger es la que ha escitado contra mí á ese infernal Rodolfo; y dejándome ciego me ha puesto á merced de todo el mundo..... del Mochuelo, de un muchacho despreciable como tú..... Y bien..... pues no puedo vengarme de él..... me vengaré en mi muger..... ella pagará por todos..... pegaré fuego á esta casa y me sepultaré yo mismo bajo sus escombros..... Oh! querria..... querria....

--Quisierais tener ahí á vuestra muger, eh! viejo..... y decir que está á diez pasos de vos no os gusta..... Si quisiese os conduciria á la puerta de su habitacion..... porque sé donde está..... Lo sé,

lo sé, lo sé, añadió Jorobeta, medio cantando según su costumbre.

--Sabes donde está su habitación?..... exclamó el Dómine con feroz alegría, lo sabes?

--Os veo venir, dijo Jorobeta; voy á haceros andar sobre vuestras patastraseras, como un perro á quien se le enseña un hueso..... Atención, viejo Azor.

--Sabes donde está la habitación de mi mujer?..... repitió el Dómine volviéndose hácia el lado en que oía la voz de Jorobeta.

--Sí, lo sé; y lo que hay de famoso es que solo un mozo de la hacienda duerme en la parte de la casa en que estamos; sé donde está su puerta, la llave está puesta; tras! una vuelta y está encerrado.... Vamos arriba! viejo Azor.

--Quién te ha dicho esto! exclamó el bandido levantándose involuntariamente.

--Bien, Azor.... Al lado de la habitación de vuestra muger duerme una vieja cocinera.... otra vuelta de llave y somos dueños de la casa, dueños de vuestra muger y de la jóven del capote oscuro que venimos á robar.... Ahora, arriba, viejo Azor en dos pies por vuestro amo! inmediatamente.

--Mientes, mientes..... Como puedes saber eso?

Yo soy cojo pero no bestia.... Ahora poco inventé decir á ese viejo labrador que por la noche solias algunas veces ser atacado de convulsiones

y le pregunté donde podia hallar socorro si fuese necesario.... Entonces me respondió que si os acontecia eso, podria llamar al mozo y á la cocinera, y me enseñó el sitio donde dormian..... uno ábajo y la otra arriba.... en el primer piso al lado de vuestra muger, vuestra muger, vuestra muger!

Y Jorobeta lo repitió con su canto monotonico.

Despues de un largo silencio, el Dómine le dijo con voz sosegada, y con una sincera y espantosa resolucion!

--Escucha.... He visto bastante.... Ahora..... pues bien, sí.... lo confieso..... tengo una esperanza que hace al presente que mi suerte me parezca méenos horrorosa..... la cárcel, el presidio, la guillotina no son nada respecto de lo que he aguantado desde esta mañana..... y esto tendré que sufrir siempre..... Conduceme á la habitacion de mi muger, tengo aquí un cuchillo..... la mataré..... Me matarán despues á mi, me es igual.... El odio me ahoga..... Seré vengado..... esto me consolará..... Lo que sufro es demasiado para mí ante quien todos temblaban. Mira, si supieses lo que padezco..... tendrías compasion de mí..... me parece que el cráneo se me salta..... mis venas laten en estremo..... mi cerebro se trastorna.....

--Una fusión de cerebro?..... cosa sabida..... Estornudad, eso aprovecha, dijo Jorobeta riéndose.

dose. ¿Quereis un polvo?

Y dándose ruidosamente en el dorso de la mano izquierda cerrada, como si pegase en la tapa de una caja de tabaco, cantó.

Tengo buen tabaco aquí en mi cajita,

Tengo buen tabaco, no lo probarás.

--Oh! Dios mio! Dios mio! quieren volvérmelo loco, exclamó el bandido, casi fuera de sí por una especie de arrebató de venganza sanguinaria, ardiente, implacable, que procuraba en vano satisfacer.

La exuberancia de las fuerzas de este monstruo no podia igualarse sino con su impotencia.

Figúrese cualquiera un lobo hambriento, furioso, hidrófobo, provocado todo un día por un niño al traves de los hierros de su jaula, y sintiendo á dos pasos de él una víctima que satisfaría á la vez su hambre y su rabia.

Con el último sarcasmo de Jorobeta, perdió casi la cabeza.

Por falta de víctima, quiso, en su frenesí, deramar su propia sangre..... La sangre lo ahogaba.

Un momento estuvo decidido á matarse; si hubiera tenido á la mano una pistola cargada, no hubiera titubeado. Sacó de su faltriquera un cuchillo puñal-grande lo levantó para herirse... Pero por rápidos que fueron estos movimientos, la reflexion, el miedo, el instinto vital se le adelantaron.

Faltó valor al asesino, su brazo armado cayó sobre sus piernas.

Jorobeta había seguido los movimientos del Dómine con mucha atención; gritó medio cantando:

--Muchachos, un duelo, pelead los patos.....

El Dómine, temiendo perdér la razón en un inútil rasgo de furor, no quiso, si así puede decirse, escuchar este nuevo insulto de Jorobeta que se burlaba tan insolentemente de la infamia de este asesino que retrocedía á la vista del suicidio. Desesperado de librarse de lo que él llamaba, por una especie de fatalidad vengativa, la crueldad de este maldito niño, el bandido quiso probar un último esfuerzo dirigiéndose á la codicia del hijo de Brazo-rojo.

--Oh! le dijo con voz casi suplicante, condúceme á la puerta de mi muger; tomarás todo lo que quieras en su habitación, y luego te salvarás, me dejarás solo..... gritarás al asesino, si quieres. Me cogerán, me matarán en el sitio..... Tanto mejor..... moriré vengado, pues no he tenido valor para concluir..... oh! condúceme. condúceme, seguramente hay allí oro, alhajas; te digo que lo tomarás todo... para ti solo todo..... entiendes..... para ti solo todo no te pido mas sino que me conduzcas á la puerta, cerca de ella.

--Sí.....entiendo bien: quereis que os lleve á su puerta.... y luego á su cama....y despues que

os diga donde habeis de herir, y luego que os guíe el brazo, no es así? quereis en fin hacerme servir de mango á vuestro cuchillo..... viejo monstruo, replicó Jorobeta con una espresion de desprecio, de cólera y de horrot que, por primera vez en aquel dia, puso seria su cara de garduña, hasta entouces burlona y desvergonzada, primero matarme..... entendeis..... que forzarme á conducirnos á la habitacion de vuestra muger.

--Te niegas á ello?

--El hijo de Brazo-rojo no contestó.

Se acercó con los pies descalzos y sin ser oido del Dòmme, que, sentado sobre su cama, tenia siempre su gran cuchillo en la mano; luego, con un tino y una agilidad maravillosa, Jorobeta le quitó el arma y se puso de un brinco en el otro extremo del cuarto.

--Mi cuchillo, mi cuchillo, exclamó el bandido estendiendo los brazos.

--No, porque seriais capaz de pedir mañana por la mañana que queriais hablar con vuestra muger y lanzaros á ella para matarla..... pues teneis bastante vida, como decis, y sois muy collon para atreveros á mataros á vos mismo...

--Defiendes ahora á mi muger! dijo el bandido, cuyo pensamiento comenzaba á trastornarse.

--El Demonio es este monstruo chiquito! donde estoy? por que la defiendes?

--Para hacerte pepitoria..... dijo Jorobeta, y su

cara volvió á tomar su máscara de impudente zumba.

--Ah! ya te entiendo! dijo entre dientes el Dómine, en un completo desacuerdo, pues bien! voy á pegar fuego á la casa!..... nos quemaremos todos..... todos..... mejor quiero este horno que el otro..... la vela..... la vela.....

--Ah! ah! ah! exclamó Jorobeta riéndose de nuevo; si no te se hubiera apagado la vela.... y para siempre..... verías que la nuestra está apagada hace una hora.....

Y Jorobeta dijo melio cantando:

 Mi vela está apagada,

 No tengo ya luz...

El Dómine lanzó un quejido sordo, estendió los brazos, y cayó de toda su altura al suelo, la cara contra la tierra fué herido del golpe y quedó sin movimiento.

--Está visto, viejo!..... dijo Jorobeta; esta es una treta para hacerme arrimar á ti y pegármela..... Cuando hubieres ya hecho bien el papel en el suelo te levantarás. Y el hijo de Brazo-rojo, decidido á no dormir por temor de ser sorprendido á tientas por el Dómine, se quedó sentado en su silla sin quitar los ojos del bandido, persuadido que este le armaba una asechanza, y no creyéndolo de ninguna manera en peligro.

Para ocuparse agradablemente, sacó Jorobeta misteriosamente de su faltriquera una bolsita

desceda encarnada y contó lentamente y con miradas de codicia y de alegría diez y siete monedas de oro que contenia.

He aqui el origen de las riquezas mal adquiridas de Jorobeta.

Debe recordarse que Mad. de Harville iba á ser sorprendida por su marido cuando la fatal cita que habia concedido al comandante Rodolfo, dando una bolsa á la jóven, le dijo subiese al quinto piso á la habitacion de Morel, con el pretexto de llevarle socorros. Mad. de Harville subia rápidamente la escalera, llevando la bolsa en la mano, cuando Jorobeta que bajaba de la habitacion del curandero, echó los ojos sobre la bolsa, fijó que se caia al pasar por junto á la marquesa, tropezó con ella, y, en el choque, le quitó súbitamente la bolsa. Mad. de Harville, desahogada, oyendo los pasos de su marido, se dió prisa á llegar al quinto piso, sin poder quejarse del robo atrevido del jorobadito.

Después de haber contado y recontado su oro, Jorobeta, no oyendo ruido alguno en la hacienda, se fué descalzo, escuchando con cuidado, ocultando la luz con sus manos, á tomar en cera las cerraduras de las cuatro puertas que daban al corredor, preparado para decir, si lo sorprendían fuera de su cuarto, que iba á buscar socorro para su padre.

Al volver, encontró Jorobeta al Dómine todavía tendido en el suelo..... Inquieto un mo-

mento, aplicó el oído, oyó al bandido respirar libremente, y creyó que prolongaba indefinidamente su ardid.....

- Siempre lo mismo; viejo? le dijo.

Una casualidad habia salvado al Dómine de una congestión cerebral, mortal sin duda. Su caída le ocasionó una saludable y abundante sangría de la nariz.

Cayó en seguida en una especie de entorpecimiento febril, medio sueño, medio delirio, y tuvo entonces un sueño extraño, un sueño espantoso.....

CAPITULO XXI.

El Ensueño.



uelve á ver á Rodolfo en la casa del paseo de las Viudas.

Nada ha variado en el salon que sufrió el bandido su horrible suplicio.

Rodolfo está sentado en la mesa en que se hallan los papeles del Dómine, y el pequeño relicario de lapizlazuli que habia dado al Mochuelo.

La cara de Rodolfo está grave, y triste.

A la derecha el negro David! impasible, silencioso, se mantiene en pie; á su izquierda está el Terrible, mira esta escena como espantado.

El Dómine no está ciego aun, pero ve al través de una sangre cristalina, que llena la cavidad de sus órbitas.....

Todos los objetos le parecen colorados con un tinte rojo.

Asi como las aves de rapiña se ciernen inmóviles en los aires sobre la victima que fascinan antes de devorarla, un monstruoso mochuelo, cuya cabeza es la horrorosa cara de la Tuerta, se cierne encima del Dómine..... Fija incesantemente sobre él una mirada brillante, verdosa.

Esta mirada continua pesando inmensamente sobre su pecho.

Lo mismo que habituándose á la oscuridad se distinguen en ella poco á poco los objetos imperceptibles en un principio, el Dómine percibe que un inmenso lago de sangre lo separa de la mesa en que está sentado Rodolfo.

Este juez inflexible toma poco á poco asi como el Terrible y el Negro, un tamaño colosal... estas tres fantasmas tocan, segun crecen, los fisos del techo que se elevan á proporcion.

El lago de sangre está sossegado; liso como un espejo rojo.

El Dómine ve reflejarse en él su horrible cara.

Pero luego esta imagen se borra con el hervidero de las olas que se hinchan.

De su agitada superficie se eleva como exhalacion fétida de un pântano, una niebla cárdena..... cárdena como aquel calor particular de los labios de los cadáveres.

Pero á proporcion que esta niebla sube, sube..... las figuras de Rodolfo, del Terrible y del Negro continuan creciendo, creciendo de una manera inconmensurable, y dominan siempre á aquel vapor siniestro. En medio de este vapor el Dómine ve aparecer los espectros pálidos, las escenas sangrientas de que era autor.....

En este fanástico espejo ve desde luego un viejecito calvo, con un redingote oscuro y una pantalla de tafetan verde, está ocupado, en una habitacion arruinada, en cortar y arreglar montones de monedas de oro, á la luz de una lámpara.

Por en medio de la ventana alumbrada por una luna pálida, que blanquea la copa de algunos árboles movidos por el viento, el Dómine se vé él mismo afuera..... pegada al cristal su horrible cara.

Sigue los menores movimientos del viejecito con ojos relumbrantes..... rompe luego un vidrio, abre la ventana, salta de un brinco sobre su victima, y le clava un gran cuchillo en las espaldas.

La accion es tan rápida, el golpe tan pron-

to, tan seguro, que el cadáver del anciano queda sentado sobre la silla.....

El asesino quiere sacar su cuchillo..... de aquel cuerpo muerto.

No puede

Redobla sus esfuerzos.

Son en vano.

Quiere entonces abandonar su cuchillo...

Imposible.....

La mano del asesino está unida al puño del cuchillo, como la hoja lo está el cadáver del asesinado.....

El criminal oye entonces ruido de espuelas y de sables en la pieza inmediata.

Quiere escapar á todo precio, y trata de llevarse consigo el cuerpo del infeliz anciano, de donde no puede apartar ni su puñal ni su mano..... pero no lo consigue tampoco..... El cadáver pesa como una masa de plomo. A pesar de sus hercúleas espaldas, á pesar de sus desesperados esfuerzos, el Dómine no puede llevar tan enorme carga.

El ruido de los pasos y los sables se acerca cada vez mas.....

La llave suena en la cerradura. La puerta se abre..... La vision desaparece.

La taeta sale gritando:

--ES EL VIEJO RICHARD, DE LA CALLE DE ROULE.... TU PRIMER ENSAYO DE ASESINATO..... DE ASESINATO..... DE ASESINATO!

El vapor que cubre el lago de sangre se va volviendo trasparente, y deja percibir otro nuevo espectro.....

Va amaneciendo..... la neblina es espesa y sombría..... Un hombre vestido de ganadero está muerto sobre el camino. La tierra removida y la yerba arrancada prueban que la víctima ha hecho una resistencia desesperada.....

Cinco heridas mortales tiene en el pecho.... Está muerto, y sin embargo silba á sus perros y grita pidiendo socorro; á mi..... á mi!.....

Pero silba y llama por sus cinco heridas, que horadadas y saugricutas se agitan como labios que hablan.....

Esos cinco gritos, esos cinco silbidos simultáneos, saliendo del cadáver por la boca de sus heridas, son espantosos.....

En este momento parodia la tuerta los fúnebres gemidos de la víctima, dando cinco carcajadas, con una risa sardónica y montaraz como la risa de los locos:

EL GANADERO DE POISSY..... ¡ASESINO! ¡ASESINO!

Ecos subterráneos y prolongados repitiendo con estrépito las siniestras carcajadas del Mochuelo van á perderse en las entrañas de la tierra.

A este ruido contestan dos perros grandes, negros como el ébano, de ojos brillantes como carbones encendidos, que acercándose al Dómine empiezan á aullar ,y van y vuelven en derre-

dor suyo con una rapidez vertiginosa.

Casi le muerden, y sin embargo son tan lejanos sus aullidos, que parecen sonar en medio del aire.

Poco á poco los espectros van palideciendo, desvaneciéndose como las sombras, y disipándose en el vapor lívido que continúa su meléfica ascension.

Un nuevo gas fétido cubre la superficie del lago sangriento como la bruma verde y trasparente de un canal lleno de agua.

En el fango tumundo de ese pantano se descubre una masa compuesta de innumerables reptiles imperceptibles á primera vista, pero gruesos luego, como si se les mirase con un microscopio, van tomando aspectos monstruosos y proporciones enormes.

Eso sin embargo no es la lama comun de los estanques; es una masa compacta, viva, herviente, que hormiguea y pulula elevando á compas el ondulaote nivel de las aguas.

Lentamente corre un agua fangosa que arrastra en su pesado curso las inmundicias que continuamente vomitan los sumideros de una gran poblacion, llevando allí los restos de toda especie de cadáveres animales.

El Dómine oye el ruido de un cuerpo que cae con estrépito en el pantano.

El agua en su brusco reflujo salpica el rostro del bandido.

A través de una porcion de burbujas de aire que suben á la superficie del canal, ve sumirse una mujer que lucha..... que lucha con las agonias de la muerte.

Y él mismo..... él mismo y la tuerta, salvándose en los bordes del canal de San Martín, con una caja envuelta en un pañuelo negro.

El mismo asiste paso á paso á la agonizante victima, y él mismo y la tuerta la acaban de arrojar al canal.

Pasada esta primer immersion, sube otra vez la mujer á flor de agua, agitando sus brazos como quien no sabiendo nadar ensaya en vano su salvacion.

Despues oye un gran grito desesperado, que termina por el ruido sordo y reprimido..... La mujer descendié por segunda vez al fondo del agua.

El Mochuelo, que permanecía inmóvil, parodia el convulsivo estertor de la infeliz mujer que se ahoga, como parodiaba los gemidos del ganadero.

Entre sùncbres carcajadas de risa sardónica repite la tuerta:

- *Glo.... Glo.... Glo....*

Los ecos subterráneos repiten esos gritos.

Sumergida de nuevo la desdichada, hace á pesar suyo un movimiento de aspiracion violenta; pero no es aire, es agua lo que aspira....

Su cabeza se tuerce, el rostro se hincha, su cuello se torna lívido, y sus brazos convulsos salen sobre la superficie del agua.

Apenas la ahogada exhala su último aliento, cuando ya está cubierta de una infinidad de reptiles microscópicos, voraz y horrible plaga del cieno.

El cadáver queda flotando un momento, se mueve todavía, luego se hunde lenta, horizontalmente, los pies mas bajos que la cabeza; y comienza á seguir entre dos aguas la corriente del canal.

Algunas veces el cadáver se vuelve sobre sí mismo, y su cara se halla en frente del Dómine; entonces el espectro lo mira atentamente con sus dos gruesos ojos blancos, vitreos, opacos..... sus labios morados se mueven.....

El Dómine está distante de la ahogada; y sin embargo esta le dice al oído.... clo.... clo.... clo.... acompañando estas extrañas palabras con el ruido singular que hace un frasco sumergido cuando se llena de agua.

El Mochuelo repite clo.... clo.... clo.... batiendo sus alas, y grita.

«La mujer del canal de S. Martín!..... asesinol!..... asesinol!..... asesinol!.....»

Los ecos subterráneos le responden..... pero, en vez de perderse poco á poco en las entrañas de la tierra, cada vez resuecan mas y parece que se aproximan.

El Dómine cree oír aquellas carcajadas de risa resonar de uno á otro polo.

La vision de la abogada desaparece.

El lago de sangre al otro lado del cual el Dómine vé siempre á Rodolfo se pone de color negro bronceado, luego se entrojece y se cambia despues en un horno liquida como el metal fundido; en seguida este lago de fuego se eleva, sube.... sube.... hácia el cielo como una inmensa manga.

Presto es un horizonte candente como el hierro fundido.

Este horizonte inmenso, infinito, deslumbra y quema al mismo tiempo las miradas del Dómine; detenido en su sitio, no puede apartar la vista de él.....

Entonces sobre aquel fondo de lava ardiente, cuya reverberacion le devora, ve pasar y volver á pasar leu amente uno á uno los espectros negros y gigantescos de sus victimas.....

«La linterna mágica de los remordimientos... de los remordimientos..... de los remordimientos.»

Gritó el Mochuelo, batiendo las alas y riéndose á carcajadas.

A pesar de los dolores intolerables que le causa esta contemplacion incesante, el Dómine tiene siempre los ojos sobre los espectros que se mueven en aquel fondo inflamado.

Siente entonces alguna cosa espantosa.

Pasando por todos los grados de un tormento sin nombre, á fuerza de mirar a aquel foco de fuego, siente que sus pupilas, que han reemplazado á la sangre que llenaba sus orbitas se han puesto calientes, abrasadoras, derretirse en aquel horno, humear, horbotar, y en fin calcinarse en sus cavidades como en dos crisoles de hierro encendido.

Por una horrible facultad, despues de haber visto como sentido las transformaciones sucesivas de sus pupilas en ceniza, vuelve a las tinieblas de su primera ceguera.

Pero he aquí que de repente sus intolerables dolores se aplacan por encanto.

Un soplo aromático de un fresco delicioso ha pasado sobre sus orbitas ardientes todavía.

Este soplo aromático es una mezcla suave de los olores de la primavera que exhalan las flores del campo bañadas con un rocío húmedo.

El Dómine oye á su alrededor un ligero zumbido como el de la brisa que suena en las ramas, como el de un arroyo que corre y murmura sobre su lecho de guijarros y de musgo.

Millares de pájaros gorgoran de cuando en cuando las mas melodiosas fantasías; si callan, voces de niños, de una pureza angelical, cantan palabras estrañas, desconocidas, palabras por decirlo así aladas, que el Dómine oye subir á los cielos con un ligero estremecimiento.

Un sentimiento de bienestar moral, de una

delicia, de una languidez indefinibles, se apodera poco á poco de él.....

Ensanche del corazón, enagenamiento del ánimo, difusión del alma de la que ninguna impresión física, por embriagante que sea, podría dar una idea.

El Dómine se siente suavemente sostener en una esfera luminosa, etérea: le parece que se clava á una distancia incommensurable de la humanidad.....

Después de haber gustado algunos momentos esta felicidad sin nombre, se vuelve á hallar en el tenebroso abismo de sus pensamientos habituales.

Sigue soñando, pero no es ya sino el bandido enfiestado que blasfema, y se condena en sus accesos de furor impotente.

Se oye una voz sonora, solemne.....

Es la voz de Rodolfo.

El Dómine asustado se estremece; tiene vagamente el conocimiento de que está soñando, pero el espanto que le inspiraba Rodolfo es tan formidable que hace, pero en vano, todos sus esfuerzos para librarse de esta nueva vision.

La voz habla.... Él escucha.....

El acento de Rodolfo no está irritado: está lleno de tristeza, de compasion.....

--Pobre miserable, dijo al Dómine, la hora del arrepentimiento no ha sonado todavía para vos...

Dios solo sabe cuando sonará..... El castigo de vuestros crímenes está incompleto todavía..... Habéis padecido, no habéis espiado; el destino prosigue su obra de suprema justicia..... vuestros cómplices han vuelto á atormentaros; una mujer, un muchacho, os dominan, os atormentan.....

Al imponeros un castigo terrible como vuestros crímenes, os dije..... recordad mis palabras.

«Has abusado criminalmente de tu fuerza, yo paralizaré tus fuerzas.....--Los mas vigorosos, los mas feroces temblaban delante de ti; tú temblarás delante de los mas débiles,»....

Habéis dejado el oscuro retiro en que podiais vivir para el arrepentimiento y para la expiación.....

Habéis temido al silencio y á la soledad....

Ahora mismo envidiasteis un momento la vida pacífica de los labradores de esta hacienda... pero era muy tarde..... muy tarde.

Casi sin defensa, os habéis lanzado otra vez en medio de una turba de malvados y de asesinos, y habéis temido habitar al lado de la personas honradas en cuya casa se os habia colocado.....

Habéis querido distraeros con nuevas maldades..... Habéis retado ferozmente al que quiso ponerlos fuera de estado de hacer daño á vuestros semejantes, y este reto criminal ha sido vano. A

pesar de vuestra audacia, á pesar de vuestra maldad, á pesar de vuestra fuerza, estais encadenado..... La sed del crimen os devora, no podeis satisfacerla..... Ahora mismo, en un espantoso y sanguinario heretismo, habeis querido matar á vuestra mujer; ella está ahí bajo el mismo techo que vos; duerme sin defensa; teneis un cuchillo, su habitacion está á dos pasos; ningun obstáculo os impide llegar hasta ella; nada puede sustraerla á vuestra rabia; nada sino vuestra impotencia.....

El ensueño presente, el que ahora soñais, os podrá servir de sagrada enseñanza, podrá salvaros..... Las imágenes misteriosas de este sueño tienen un sentido profundo

El lago de sangre donde se os han aparecido vuestras victimas.. la ardiente lava que lo ha reemplazado..... es el remordimiento devorador que hubiera debido consumirnos á fin de que un dia Dios, teniendo piedad de vuestros prolongados tormentos, os llamase á si.... y os hiciese gustar las dulzuras del perdón. Pero no será así..... no! no! estas advertencias serán inútiles..... lejos de arrepentiros, echaéis menos cada dia con horribles blasfemias, el tiempo en que cometiais vuestros crímenes..... Ah! de esta lucha continua entre vuestros hábitos de opresion feroz y la necesidad de someteros á seres tan débiles como crueles, resultará para vos una suerte tan horrorosa..... tan horrible! Oh, pobre desdichado.....

Y se alteró la voz de Rodolfo.

Se calló un momento, como si la emoción y el espanto le hubiesen impedido continuar.

El Dómine sintió que se le herizaban los cabellos.....

¿Cuál era esta suerte..... que movia á compasión á su verdugo?

--La suerte que os espera es tan espantosa, prosiguió Rodolfo, que Dios, en su venganza inexorable y todo poderosa, queriendo haceros espantar á vos solo los crímenes de todos los hombres, no imaginaria un suplicio mas espantoso.... Desgraciado.... desgraciado de vos..... la fatalidad quiere que sepais el espantoso castigo que os espera, y quiere que no hagais nada para sustraeros á él.

--Que el porvenir os sea conocido....

Le pareció al Dómine que le habia vuelto la vista.....

Abrió los ojos.... vió.....

Pero lo que vió, lo llenó de tal espanto que lanzó un grito penetrante y se despertó sobresaltado con este horrible ensueño.

CAPITULO XXII.

La Carta.



abau las nueve de la mañana en el reloj de la hacienda de Bouqueval cuando Mad. Georges entró poco á poco en la alcoba de Flor-cestial.

El ensueño de la jóven era tan ligero que casi al instante se despertó. Un sol brillante de invierno cuyos rayos entraban por las persianas y las cortinas, daba un triste encarnado á la alcoba de la Guillabaora, y á su pálido y dulce semblante los colores que le faltaban.

--Y bien, hija, dijo Mad. Georges sentándose en la cama de la jóven, y besándole la frente, como os hallais?

--Mejor, señora..... es doy gracias.....

--¿Habeis despertado esta mañana muy temprano?

--No, señora.....

--Tanto mejor. Este pobre ciego y su hijo á quienes se le dejó anoche dormir quisieron salir de la hacienda al amanecer; temia que el rui-

do que se hizo al abrir las puertas os hubiese despertado.

--Pobres gentes! por qué se han ido tan pronto?.....

--No sé, ayer noche, dejándoos un poco sosegada bajé á la cocina para verlos; pero los dos estaban tan cansados que habian pedido permiso para retirarse. El tío Chatelain me dijo que el ciego parecia no tener la cabeza muy sana, y á toda nuestra gente la ha llamado la atencion lo que el hijo cuida á su padre. Pero atended, Maria, habeis tenido calentura; no quiero que os espongais hoy al frio; no saldreis de la sala.

--Señora, perdonadme: es preciso que vaya esta tarde á las cinco á la rectoria; el señor cura me espera.

--Eso seria una imprudencia; habeis, estoy segura de ello, pasado mala noche, vuestros ojos están cargados, habeis dormido mal.

--Es verdad he tenido tambien sueños espantosos.--He vuelto á ver en sueños la mujer que me atormentó cuando era niña; me desperté sobresaltada, asustada.... esta es una debilidad ridicula de que me avergüenzo.

--Y á mí, esa debilidad me afije, pues os hace padecer, pobre niña, dijo Mad. Georges con afectuoso interes, viendo los ojos de la Guilla-baora llenarse de lágrimas.

Esta, arrojándose al cuello de su madre adop-

tiva ocultó su cara en su pecho.

--Dios mio.....que teneis, Maria, me asustais.....

--Sois tan buena conmigo, señora, que me reprendo de no haberos confiado lo que he confiado al señor cura; mañana él mismo os lo dirá todo, me costaría mucho repetiros aquella confesion.....

--Vamos, vamos, niña sed razonable; estoy segura de que habrá más que alabar que vituperar en ese grande secreto que habeis dicho á nuestro buen clérigo. No lloreis así..... os hacéis mal.

--Perdon, señora: pero, no sé porqué hace dos dias, por instantes mi corazón se destroza... A pesar mio me vienen las lágrimas á los ojos... tengo tristes presentimientos..... Me parece que me va á acontecer alguna desgracia....

--Maria..... Maria..... os reñiré si os afectais así con terrores imaginarios. No hastan las penas efectivas que nos abruman.....

--Teneis razon, señora; soy culpable, procuraré vencer esta debilidad..... Si supiéseis, Dios mio! cuanto me reprendo de no estar siempre alegre, festiva, feliz como debia estarlo; ay! mi tristeza debe pareceros ingratitud!

Mad. Georges iba á tranquilizar á la Guillaubaora, cuando entró Claudia, despues de haber llamado á la puerta.

--¿Qué quereis, Claudia?

--Señora, Pedro acaba de llegar de Arnouville en el birlocho de Mad. Dubreuil; trae esta carta para vos, dijo que era urgente.

Mad. Georges leyó en alto lo que sigue.

--"Mi querida Mad. Georges: me haréis un gran servicio y pudiérais sacarme de un gran apuro viniéndoos en seguida á la hacienda. Pedro os traerá y os volverá á llevar despues de comer. No sé verdaderamente donde volver la cabeza; Mr. Dubreuil está en Pontoise en la venta de lanas, recorro pues á vos y á Maria: Clara abraza á su buena hermanita y la aguarda con impaciencia. Procurad venir á las once para almorzar.

"Vuestra sincera amiga.--DUBREUIL."

--¿De qué puede tratarse? dijo Mad. Georges á Flor celestial.--Afortunadamente el tono de la carta de Mad. Dubreuil prueba que no se trata de ninguna cosa grave.....

--¿Os acompañaré, señora? preguntó la Guilla-baora.....

--Eso quizá no es muy prudente; porque hace mucho frio. Pero, repuso Mad. Georges, os distraerá; abrigándoos bien, este paseo os será favorable.....

--Pero, señora dijo Maria reflexionando; el señor cura me espera esta tarde á las cinco, en la rectoria.

--Teneis razon; estarémos de vuelta antes de las cinco, os lo prometo.

--Oh! gracias, señora, me alegraré mucho de ver á la señorita Clara....

--Todavía, dijo Mad. Georges con tono de dulce reprension, señorita Clara.....?Es para que diga señorita Maria, al hablar de vcs?

--No, señora..... replicó la Guillabaora bajando los ojos, es porque yo..... yo.....

--Vos..... sois una niña cruel que no pensais mas que en atormentaros; olvidais las promesas que me habeis hecho ahora mismo. Vestios pronto y abrigaos bien. Podremos llegar antes de las once á Arnouville.

Luego, saliendo con Claudia, Mad. Georges le dijo:

--A Pedro que espere un momento; estaremos listas dentro de algunos minutos.

CAPITULO XXIII.

Reconocimiento.



Media hora después de esta conversación, Mad. Georges y Flor-celestial subían á uno de aquellos grandes birlochos que usan los labradores ricos de las inmediaciones de París: este carruaje, tirado por cuatro vigorosos caballos conducidos por Pedro, corrió rápidamente por el camino que va de Bouqueval á Arnouville.

Los vastos edificios, y las numerosas dependencias de la hacienda que labraba Mr. Dubreuil atestiguaban la importancia de esta magnífica propiedad, que la señorita Cesarea de Noirmont llevó á su matrimonio con el duque de Lucenay.

El ruido del látigo de Pedro advirtió á Mad. Dubreuil la llegada de Flor-celestial y de Mad. Georges. Estas, al bajar del carruaje, fueron recibidas por la arrendadora y por su hija.

Mad. Dubreuil tenía unos cincuenta años; su fisonomía era afectuosa y afable; las facciones de su hija, morena, agraciada, con ojos azules, me-

jillas hermosas y coloradas, respiraban candor y bondad.

Con gran admiracion suya, cuando Clara fué á abrazarla, vió la Guillabaora á su amiga vestida de aldeana como ella, en vez de estarlo de señorita.

--¿Qué es eso, vos tambien Clara estais disfrazada de lugareña? dijo Mad. Georges abrazando á esta jóven.

--¿No es bueno que imite en todo á su hermana Maria? dijo Mad. Dubreuil.--No ha dejado de decir incesantemente que queria tener tambien su casaquilla de paño, su basquiña de bombasí lo mismo que vuestra Maria..... Pero ya basta de los caprichos de estas muchachas. Mi pobre Mad. Georges dijo Mad. Dubreuil suspirando, venid y os contaré mis apuros.

Al llegar al salen con su madre y Mad. Georges, Clara se sentó junto á Flor-celestial, le dió el mejor asiento junto al fuego, la colmó de caricias, le tomó las manos para ver si las tenia frias, la abrazó otra vez y la llamó su picaruela hermanita, haciéndole en voz baja amables reconvecciones por lo tardío de sus visitas.

Si se recuerda la conversacion de la pobre Guillabaora y del cura, se comprenderá que esta debia recibir tan tiernas é ingenuas caricias con una mezcla de humildad, de felicidad y de temor.

--Y que os sucede, mi querida Mad. de Du-

breuil, dijo Mad. Georges, y en que puedo seros útil?

--Dios mio! para muchas cosas. Voy á explicárosló. Sabeis, segun creo, que esta hacienda es propiedad de la duquesa de Lucenay. Con ella es con quien nos entendemos directamente sin pasar por las manos del administrador del señor duque.

--Ignoraba esta circunstancia.

--Vais á saber porque os instruyo de ella.... A la duquesa, pues, ó á la señorita Simon, su primera doncella, es á quien pagamos los arrendamientos. La duquesa es tan buena, tan buena aunque un poco viva, que da gusto tener relaciones con ella; Dubreuil y yo nos echábamos al fuego por servirla.... Vaya! es todo muy sencillo: la veia cuando niña, siempre que venia aquí con su padre el principe de Noirmont.... Ahora poco nos ha pedido seis meses de arrendamiento adelantados Cuarenta mil francos, esto no se halla al volver de una esquina..... pero teníamos la suya reservada para el dote de nuestra Clara, y al día siguiente tuvo la duquesa su dinero en buenos loises de oro.... Estas grandes señoras tienen tantas necesidades como lujos.... sin embargo, hace poco mas de un año que la duquesa es exacta en cobrar sus arrendamientos cuando vencen; en otro tiempo parecia no necesitar dinero..... Pero ahora es muy diferente!

--Hasta aquí, mi querida Mad Dubreuil no veo en que os pueda servir.

--A eso voy, á eso voy; os decia esto para haceros comprender que la duquesa tiene entera confianza con nosotras..... Sin contar que á la edad de doce ó trece años, fué, con su padre, madrina de Clara..... á quien siempre ha colinado de favores..... Ayer tarde recibo por un esposo esta carta de la duquesa:

„Es preciso absolutamente, mi querida Mad. Dubreuil, que el pequeño pabellon del huerto esté en disposicion de ser ocupado pasado mañana por la noche; haced llevar allí todos los muebles necesarios, alfombras, cortinas etc. en fin que nada falte, y que esté todo lo *confortable* que fuere posible.....”

Confortable! entendéis Mad. Georges: está ademas subrayado dijo Mad. Dubreuil, mirando á su amiga con aire á la vez meditativo y confuso, luego continuó:

„Haced que se haga fuego día y noche en el pabellon para quitar la humedad; porque haec mucho tiempo que no está habitado. Traeréis á la persona que irá á establecerse allí como á *mi misma*; una carta de esta persona os instruirá de lo que espero de vuestro celo siempre tan servicial. Cuento con él esta vez, sin temor de engañarme; sé cuan buena y afectuosa sois. A Dios mi querida Mad. Dubreuil. Abrazad á mi linda abijada; y creed en mis sen-

«timientos bien apasionados.--Noirmont de Lu-
«cenay.

«Posdata.-- La persona que debe habitar el
«pabellon llegará pasado mañana á prima no-
«che. Sobre todo no olvidéis, os lo suplico, de
«poner el pabellon todo lo *confortable* que sea
«posible.»

--Vaya..... otra vez este diablo de palabra
subrayada!..... dijo Mad. Dubrenil metiendo en
su faltriquera la carta de la duquesa de Lu-
cenay.

--Pues bien! nada mas sencillo; replicó Mad.
Georges.

--Como, nada mas sencillo!..... No habeis en-
tendido? La duquesa quiere sobre todo que el
pabellon esté tan *confortable* como fuere posi-
ble..... por esto es por lo que os he suplicado
que viniéseis. Clara y yo hemos trabajado mu-
cho en buscar que quiere decir *confortable* y
no hemos podido conseguirlo..... Clara sin em-
bargo ha estado de pupila en Villiers-le-Bel, y
ganó no se cuantos premios de historia y de geo-
grafia..... y bien lo mismo, no ha podido ade-
lantar mas que yo respecto á esa palabra es-
trambótica; es preciso que sea palabra de la cór-
te..... ó del gran mundo..... Pero es lo mismo,
concebis cuan apurado es esto: la duquesa quie-
re sobre todo que el pabellon esté *confortable*,
subraya la palabra, la repite dos veces, y no sa-
bemos lo que quiere decir!

--Gracias á Dios! puedo explicaros este gran misterio dijo Mad. Georges sonriéndose, *confortable*, en esta ocasion, quiere decir una habitacion cómoda, bien arreglada, bien cerrada, bien caliente, una habitacion en fin donde no falte nada de lo necesario y aun de lo superfluo.

Ah Dios mio! comprendo..... pero entonces... estoy mas apurada!

--Por qué?

--La señora duquesa habla de alfombras, de muebles y de muchas *etceteras*, y no tenemos alfombras aqui, nuestros muebles son de los mas comunes; y no sé si la persona que debemos esperar es un caballero ó una señora, y es preciso que todo esté dispuesto mañana en la noche..... Que he de hacer? qué he de hacer? aqui no hay recurso alguno. En verdad, Mad. Georges, esto es cosa de perder la cabeza!

--Pero, mamá, dijo Clara, si tomas los muebles de mi alcoba, mientras que no se amuebla me puedo ir á pasar tres ó cuatro dias á Bouqueval con María.

--Tu alcoba, tu alcoba, hija mia, es demasiado buena, dijo Mad. Dubreuil encogiéndose de hombros; es bastante..... bastante *confortable* como dice la duquesa.... Dios mio! Dios mio! donde se van á buscar semejantes palabras.

--Ese pabellon está ordinariamente inhabitado? preguntó Mad. Georges.

--Sin duda, es la casita blanca que está en-

teramente sola al fin del huerto. El príncipe la hizo construir para la señora duquesa, antes que se casara, cuando venia a la hacienda con su padre, allí era donde descansaban. Tienen tres bonitas habitaciones, y al extremo del jardín una lechería suiza, donde la duquesa, siendo niña, se divertía en jugar á la lechera; desde que se casó no la hemos visto en la hacienda mas que dos veces, y cada una de ellas ha pasado algunas horas en el pabellón. La primera vez..... habrá unos seis años, vino á caballo con....

Luego, como si la presencia de Flor-celestial y de Clara le impidiese decir mas, Mad. Duboual prosiguió:

--Pero hablo, hablo, y todo esto no me saca del apuro.... Venid á mi ayuda, mi pobre Mad. Georges ayudadme!

--Vamos, decidme; como está ahora amueblado el pabellón?

Apenas lo está: en la pieza principal, una estera de paja en el suelo, un canapé de junco, sillones de lo mismo, una mesa, algunas sillas, he lo aquí todo. De esto á estar *confortable* hay mucha diferencia como veis.

--Pues bien! yo, en lugar vuestro, he aquí lo que haría: sou las onze, enviria á París un hombre inteligente.

Nuestro aperador..... no hay nadie mas activo.

--A las mil maravillas..... en dos horas ó poco

mas está en Paris; va á casa de un tapicero poco impotta el que sea; le entrega la lista que voy á hacerlos, despues de ver lo que falta en el pabellon, y le dirá que cueste lo que cueste...

--Oh! á buen seguro..... con tal que la señora duquesa quede contenta no repararé en nada.....

--Le dirá, que cueste lo que cueste, es preciso que lo contenido en la lista esté aqui esta tarde ó por la noche, y tres ó cuatro oficiales para ponerlo todo en su lugar.

--Podrán venir por el coche de Gonesse, sale á las ocho de la noche de Paris.

--Y como no se trata sino de trasportar muebles, colocar alfombras y poner las cortinas, todo puede estar fácilmente listo mañana á la noche.

Ah! mi buena Mad. Georges, de que apuro me sacais!.... Nunca hubiera pensado en eso..... Sois un providencia..... vais á tener la bondad de hacerme la lista de lo que se necesita para que el pabellon esté... ..

--*Comfortable?* si, sin duda.

- Ah, Dios mio! otra dificultad..... Repito, no sabemos si es un caballero ó una señora á quien esperamos. En su carta, la señora duquesa dice *una persona*, esto es muy confuso.

--Haced como si esperáseis á una muger, querida Mad. Dubreuil; si es un hombre, se hallará mejor.

--Teneis razon..... muchisima razon.

--Una criada vino á decir que el almuerzo estaba servido.

--Nos desayunarémos ahora, dijo Mad. Georges; pero mientras escribo la lista de lo que es necesario, haced tomar la medida de lo alto y ancho de las tres piezas, á fin de que se puedan con anticipacion arreglar las cortinas y las alfombras.

--Bien, bien..... voy á decíselo todo á nuestro aperiodor

--Señora, repuso la criada de la hacienda, ahí está aquella lechera de Stains; su ajuar está en una carreta chica tirada por un burolo... Vaya..... no pesa mucho su ajuar!....

--Pobre muger!..... dijo con interes Mad. Dabreuil.

--Quien es esa muger? preguntó Mad. Georges.

--Una aldeana de Stains, que tenia cuatro vacas y ganaba regularmente yendo á vender su leche todas las mañanas á Paris. Su marido era herrador; un dia, necesitado comprar hierro, acompañó á su muger, convino con él en ir á buscarla á la esquina de la calle donde habitualmente vendia su leche. Por desgracia la lechera se habia establecido en un barrio indecente, segun parecia; cuando vino su marido, la encontró riendo con unos pícaros borrachos que habian tenido la maldad de derramarle la leche en el caño. El herrador trata de

hacerlos entrar en razón; ellos lo maltratan, se defiende, y en la riña recibe una puñalada que lo dejó tendido muerto.

--Ah! que horror!... exclamó Mad. Georges, y prendieron al asesino?

--Por desgracia no: en la bulla se escapó; la pobre viuda asegura que lo conocería muy bien, porque lo había visto muchas veces con otros camaradas suyos que vivían en aquel barrio, pero hasta ahora todas las investigaciones para descubrir al asesino han sido inútiles. En pocas palabras, después de la muerte de su marido, la lechera se vió obligada, para pagar diversas deudas, á vender sus vacas y algunos trozos de tierra que tenía; el arrendador del castillo de Stains me recomendó esta buena muger, tan honrada como desgraciada, porque tiene tres hijos, el mayor no lleva á doce años; tenía justamente una plaza vacante; se la dió, y viene á establecerse á la hacienda.

Esta bondad vuestra no me admira, mi buena Mad. Dubreuil.

--Dime, Clara, prosiguió la arrendadora, quieres ir á instalar á esa buena muger en su habitación, mientras voy á prevenir al aperador que se prepare para ir á Paris?

--Sí mamá; Maria vendrá conmigo.

--Sin duda, no podeis pasar una sin otra? dijo la arrendadora.

--Y yo, repuso Mad. Georges, sentándose de-

lante de una mesa, voy á empezar mi lista para no perder tiempo, pues es preciso que estemos de vuelta en Bouqueval á las cuatro.

--A las cuatro..... tanta prisa teneis? dijo Mad. Dubreuil.

--Sí, es preciso que Maria esté en la rectoria á las cinco.

--Oh! si se trata del buen clérigo Laporte... es cosa sagrada, dijo Mad. Dubreuil.--Voy á dar mis órdenes..... estas dos niñas tienen muchas... muchas cosas que decirse..... es menester darles tiempo para que hablen.

--Partiremos á las tres, querida Mad. Dubreuil.

--Lo he entendido..... Pero os doy otra vez las gracias! que buena idea tuve en suplicaros que vioséis en mi ayuda! dijo Mad. Dubreuil.

--Vamos, Clara, vamos Maria!

--Mientras que Mad. Georges escribia, Mad. Dubreuil salió por un lado y las dos jóvenes por otro con la sirviente que habia anunciado la llegada de la lechera de Stains.

--Dunde está esa pobre muger? preguntó Clara.

--Está con sus hijos, su carro y su burro en el patio de los trojes, señorita.

--Verás, Maria á esa pobre muger, dijo Clara tomando el brazo de la Guillaborta; que descolorida está, que aire tan triste con su luto de viuda. La última vez que vino á ver á mamá,

me partió el corazón; lloraba á lágrima viva al hablar de su marido, y luego de pronto se contenian sus lágrimas, y entraba en accesos de furor contra el asesino. Entonces..... me causaba miedo, pues tomaba un aspecto malvado! pero en verdad, su resentimiento es muy natural!.... desventurada!..... Hay algunas personas tan desgraciadas, no es así Maria?

--Oh, sí, sí..... sin duda..... respondió la Guillabaora, suspirando como distraida, hay personas muy desgraciadas, tenéis razon, señorita.....

--Vamos! exclamó Clara dando una patada de impaciencia, todavía me hablas y me llamas con cumpliment-, estás enojada conmigo, Maria?

--Yo, gran Dios.

--Pues bien, entonces..... por qué me hablas así?.... Ya lo sabes, mi madre y Mad. Georges te han reñido ya por eso..... Te lo prevengo, haré que te riñan otra vez, tanto peor para ti.

--Clara, perdóname: estaba distraida.

--Distraida..... cuando no me ves despues de ocho dias largos de separacion, dijo tristemente Clara. Distraida..... eso seria malo; pero no, no no es eso, mi ta, Maria.... concluíè por creer que eres orgullosa.

Flor-celestial se puso pálida como una muerta y no respondió.

--Al verla, una muger vestida de luto dió un grito de cólera y de horror.....

Esta muger era la lechera que todas las mañanas vendía la leche á la Guillabaora; cuando esta vivía en casa de la tía Quica del *Concejo blanco*.

CAPITULO XXIV.

La Lechera.



a escena que vamos á referir pasó en uno de los patios de la hacienda en presencia de los labradores y de las mozas de servicio que volvían de sus trabajos.

Bajo un tinglado se veía un carro pequeño tirado por un burro; en el cual estaba el rústico y pobre ajuar de la viuda; un muchacho de doce años, ayudado por dos de menos edad empezaban á descargar el carruaje.

La lechera, completamente enlutada, era una muger de unos cuarenta años, de figura tosca, varonil y atrevida, sus párpados manifestaban que habia derramado muchas lágrimas poco antes. Al ver á Flor-celestial, dió un grito de espanto; pero pronto el dolor, la indignacion, la cólera, contrajeron sus facciones, se arrojó á la Guillabaora, la asió brutalmente por el brazo, y

gritó mostrándola á la gente de la hacienda.

--Esta es una desdichada que conoce al asesino de mi pobre marido.....la he visto muchas veces hablar con aquel bandido, cuando vendia leche en la esquina de la calle de la antigua Fábrica de paños; venia á comprarme un sueldo todas las mañanas, ella debe saber quien es el malvado qua le hirió, es de la trinca de esos bandidos..... Oh! no te escaparás, picara..... gritó la lechera desesperada por injusta sospecha, y agarró por el brazo á Flor-celestial, que, temblando, desatinada, queria huir.

Clara asombrada con tan brusca agresion, no habia podido hasta entonces decir una palabra, pero, al redoblar la violencia, exclamó dirigiéndose á la viuda:

--Estais loca!.....la pena os ha trastornado!... os engañais!

--Me engaño!..... repitió la aldeana con amarga ironia, me engaño! Oh no!.....no me engaño..... Mirad, mirad como pierde el color..... la infeliz ...! como castañeteau sus dientes..... La justicia te obligará á hablar; vas á venir conmigo á casa del corregidor..... entiendes? Oh! no tratarás de resistir..... tengo buenos puños..... te llevaré cuanto antes.

--Sois una insolente, gritó Clara irritada, salid de aqui..... atreverse asi á faltar á mi amiga, á mi hermana.

--Vuestra hermana..... señorita, vamos..... vos

sois la que estais loca, respondió groseramente la viuda.--Vuestra hermana..... uea muchacha callejera, que, por espacio de seis meses, la he visto andar rodando en la ciudad.....

A estas palabras, los labradores hablaron entre sí contra Flor-celestial; tomaban naturalmente partido por la lechera, que era de su clase y cuya desgracia les interesaba.

Los tres niños, al oír á su madre alzar la voz, acudieron á su lado y la rodearon llorando, sin saber de que se trataba. El aspecto de estos pobrecitos, tambien de luto, redobló la simpatía que inspiraba la viuda y aumentó la indignación de los aldeanos contra Flor-celestial.

Clara, asustada con estas demostraciones casi amenazantes, dijo á la gente de la hacienda con voz alterada:

--Echad de aquí á esa muger; os repito que la pena la tiene trastornada. Maria, Maria, perdona, Dios mio, esta loca, no sabe lo que dice.....

La Guillabaora, descolorida, la cabeza baja para librarse de todas las miradas, estaba callada, y no hacia movimiento alguno para salvarse de la robusta lechera.

Clara, atribuyendo este abatimiento al susto que semejante escena debia producir á su amiga, dijo de nuevo á los labradores:

--No me entendeis? Os mando que echeis esa muger..... Puesto que persiste en sus injurias, para

castigarla de su insolencia, no ocupará aquí el lugar que mi madre le había prometido: en su vida, volverá á poner los pies en la hacienda.

Ningun labrador se movió para obedecer las órdenes de Clara; uno de ellos se atrevió á decir.

--Vaya.... señorita, si es una muchacha callejera y conoce al asesino del marido de esta pobre muger es menester que vaya á explicarse en casa del correjidor.....

--Os repito que no entrareis nunca mas en la hacienda, dijo Clara á la lechera, á menos que en el instante pidais perdon á María de vuestras desvergüenzas.

--Me echais, señorita.... En hora buena, respondió la viuda apesadumbrada.--Vamos, mis pobres huérfanos, añadió ahrazando á sus hijos, volved á cargar el carro iremos á ganar el pan á otra parte; pero, al menos, cuando nos vayamos, nos llevaremos á casa del señor correjidor á esta infeliz que se verá forzada á denunciar el asesinato de mi pobre marido..... pues conoce á toda la cuadrilla.... Porque sois rica, señorita, repuso mirando insolentemente á Clara, porque teneis amigas entre esas criaturas..... es menester ser tan dura con los pobres.

--Es verdad, dijo un labrador, la lechera tiene razon.....

--Pobre muger!

--Está en su derecho.....

--Han asesinado á su marido..... cómo ha

de estar contenta?

--No se le puede impedir que haga todo lo que le parezca descubrir los malvados que le acometieron.

--Es una injusticia despedirla.

--Es culpa de ella que la amiga de la señorita Clara se descubra que es.... una muger pública?

--No se echa á la calle á una muger honrada.... una madre de familia.... por causa de una infeliz de esta clase!

Y los murmullos iban subiendo á ser amenazas cuando Clara exclamó:

--Loado sea Dios!.... ahí está mi madre....

--Y bien Clara, y bien Maria, dijo la arrendadora al acercarse al grupo, veid á almorzar.... vamos hijas mías... ya es tarde....

--Mamá, dijo Clara, defended á mi hermana de los insultos de esta muger, y señaló á la viuda; por favor, echadla de aquí..... Si supiéseis las insolencias que se ha atrevido á decir á Maria....

--Cómo? se habrá atrevido?

--Si, mamá... Mirad como tiembla mi pobre hermanita.... apenas puede sostenerse.... Ay! es una vergüenza para nosotras..... que semejante escena pase en casa..... Maria perdónanos..... te lo suplico....

--Pero qué significa esto? preguntó Mad. Dubreuil mirando en tono suyo como inquieta, des-

pues de haber notado la postracion de la Guillabaora.

--Señora, será justo, ella..... á buen seguro.... murmuraron los labradores.

--Aquí está Mad. Dubreuil..... tú eres la que vas á ser echada, dijo la viuda á Flor-celestial.

--Es verdad! gritó Mad. Dubreuil á la lechera, que no soltaba el brazo de Flor-celestial; os atreveis á hablar de esa suerte á la amiga de mi hija? Asi es como agradeceis mis bondades; quereis dejar tranquila á esa jóven?

--Os respeto, señora, y estoy reconocida á vuestras bondades, dijo la viuda abandonando el brazo de Flor-celestial. Pero antes de acusarme y de echarme de vuestra casa con mis hijos, preguntad á esa desdichada..... No tendrá quizá cara para negar que la conocia y que ella me conocia tambien.

--Dios mío! Maria, oís le que dice esta muger? exclamó Mad. Dubreuil en el colmo de la sorpresa.

--Te llamas si ó no la Guillabaora? dijo la lechera á Maria.

--Sí.... dijo la infeliz en voz baja como alterada y sin mirar a Mad. Dubreuil.--Sí, asi me llamaban.....

--Ah! veis! exclamaron los labradores enfadados.--Ella lo confiesa!..... ella lo confiesa!

--Ella lo confiesa.... pero qué? qué confiesa ella? exclamó Mad. Dubreuil medio asustada con la de-

claracion de Flor-celestial.

--Dejadla responder, señora, repuso la viuda, va tambien á declarar que estaba en una casa infame de la calle de Feves, en la ciudad, donde le vendia un sueldo de leche todas las mañanas; va tambien á declaraa que ha hablado muchas veces delante de mí al asesino de mi pobre marido..... Oh!..... lo conoce bien, estoy segura de ello.. Un jóven descolorido que fumaba mucho y que usaba una gorrilla, una blusa y el cabello largo; debe saber su nombre..... Es verdad esto?..... responderás, infeliz, dijo la lechera:

Flor-celestial dijo con voz desfallecida:

--He podido hablar con el asesino de vuestro marido; porque en la ciudad hay por desgracia mas de uno pero no sé de que quereis hablar.

--Como... qué dice? exclamó Mad. Dubreuil con espanto.-- Ha hablado con asesinos.....

--Las personas como ella no conocen mas que á esa clase de gente..... respondió la viuda.

Pasmada en un principio con tan estraña revelacion confirmada por las últimas palabras de Flor-celestial, Mad. Dubreuil, comprendiéndolo todo entónce, se retiró un poco con disgusto y horror, frajo así violenta y bruscamente á su hija Clara, que se habia arrimado á la Guillabaora para sostenerla, y dijo:

--Ah! que abominacion!..... Clara, cuidado..... No os acerqueis á esa desdichada..... Pero como ha podido Mad. Georges recibirla en su casa? Como se

ha atrevido á presentármela, y tolerar que mi hija... Dios mío! Dios mío! que horrible es esto! apenas puedo creer lo que veo! Pero no, no, Mad. Georges es incapaz de semejante indignidad. Habrá sido engañada como nosotras.... A no ser así... oh! sería cosa abominable por su parte.

Clara, aflijida, asustada con esta escena cruel, creía que soñaba. En su cándida ignorancia no comprendía las terribles recriminaciones que hacían á su amiga; su corazón se conmovió, sus ojos se inundaron de lágrimas viendo el estupor de la Guillabaora, muda, aterrada como un criminal delante de sus jueces.

--Ven... ven, hija mía, dijo Mad. Dubreuil á Clara, luego, volviéndose hácia Flor-celestial.-- Y vos, indigna criatura, Dios os castigará por vuestra infame hipocresía. Atreverse á tolerar que mi hija.... un ángel de virtud... os llame su hermana... su amiga.... su hermana.... vos.... la escoria de lo más vil que hay en el mundo... que desvergüenza.... Atreverse á mezclarse con la gente honrada, cuando mereceis sin duda ir á reunirnos con vuestros iguales en la cárcel.

--Sí, sí, gritaron los labradores; es menester que vaya á la cárcel.... Conoce al asesino.

--Quizá es su cómplice, cuando ménos...

--Ves como hay una justicia en el cielo, dijo la viuda amenazando con el puño á la Guillabaora.

--En cuanto á vos, mi buena muger, dijo Mad.

Dubrenil á la lechera, lejos de despediros estaré reconocida al servicio que me habeis hecho descubriéndome á esta desdichada.

--Está bien, nuestra ama es justa... murmuraron los labradores.

Ven Clara, prosiguió la arrendadora, Mad. Georges nos explicará su conducta, o si no lo hace no la volveré á ver mas en mi vida, porque si no ha sido engañada, se ha conducido con nosotros de una manera horrorosa.

--Pero, mamá..... mirad á esa pobre Maria...

--Que se muerda de verguenza, se quiere, tanto mejor! desprecíala..... no quiero que quedes un momento con ella..... es una de aquellas criaturas con quien no habla, sin desbentarse, una jóven como tú.

--Dios miol! Dios miol! mamá, dijo Clara resistiéndose á su madre, que queria llevársela, no sé que significa esto..... Maria puede ser culpable, puesto que lo decis, pero mirad... está desfallecida..... tened compasion de ella, á lo menos.....

--Oh! señorita Clara, sois buena, me perdonais... Muy á pesar mio, creedlo, os he engañado..... muchas veces me lo he echado en cara... dijo Flor-celestal lanzando á su protectora una mirada de inefable reconocimiento.

--Pero, mamá, no os compadeceis! exclamó Clara con voz que despedazaba el corazon.

--Compasion..... por ella?..... Vámonos pues.....

sino fuera porque Mad. Georges nos va á librar de ella, la haria poner en la puerta de la hacienda como á una persona apestada, respondió con dureza Mad. Dubreuil, y se llevó á su hija que, volviéndose por última vez á la Guillabaora, exclamó:

—María! hermana! no se de que se te acusa, pero estoy segura de que no eres culpable, y te amo siempre....

—Cállate... cállate... dijo Mad. Dubreuil poniendo la mano en la boca de su hija, cállate, por fortuna todo el mundo es testigo de que despues de esa odiosa revelacion no has quedado un momento sola con esa muchacha perdida.... no es así, amigos míos?

—Sí, si señora, dijo un labrador, somos testigos de que la señorita Clara no ha estado un momento sola con esta muchacha, que es seguramente una ladrona, pues conoce á los asesinos.

Mad. Dubreuil se llevó á Clara.

La Guillabaora quedó sola en medio del grupo amenazador que se habia formado en torno suyo.

A pesar de las reconvenciones con que la abrumaba Mad. Dubreuil, la presencia de esta y de Clara habian tranquilizado un poco á Flor-celestial sobre los resultados de esta escena; pero despues de haberse ido estas dos mujeres, hallándose á merced de los aldeanos, le faltaron las

fuerzas, se vió obligada á apoyarse en el pétil del abrevadero de los caballos de la hacienda.

Nada mas lastimero que la actitud de esta desgraciada.

Nada mas amenazador que las palabras, que la actitud de los aldeanos que la rodeaban.

Medio sentada sobre el brocal de piedra, la cabeza baja, tapada con sus dos manos, su cuello y pecho cubiertos con las puntas del pañuelo de indiana que llevaba encima del gorro, la Guillaora, inmóvil, ofrecía la expresión mas interesante del dolor y de la resignación.

A pocos pasos de ella, la viuda del asesinado, triunfante y exasperada aun contra Flor-celestial por las imprecaciones de Mad. Dubreuil, mostraba la joven á sus hijos y á los labradores con gestos de odio y de desprecio.

La gente de la hacienda, agrupada en círculo, no disimulaba los sentimientos hostiles que la animaban, sus soces y groseros semblantes expresaban á la vez indignación, enfado y una especie de burla brutal é insultante; las mugeres eran las mas enfurecidas, las mas indignadas. La belleza de la Guillaora no era una de las menores causas de su encarnizamiento contra ella.

Hombres y mugeres no podían perdonar á Flor-celestial haber sido hasta entonces tratada como igual por sus amos.

Y luego, algunos labradores de Arnouville,

no habiendo podido justificar antecedentes bastante buenos para obtener en la hacienda de Bouqueval una de las plazas tan envidiadas en el país, existía entre estos, contra Mad. Georges, una especie de descontento de que debía resentirse su protejida.

Los primeros movimientos de la naturaleza incultas son siempre estremosos...

Escelescentes ó detestables.

Pero llegan á ser horriblemente peligrosos cuando una muchedumbre cree sus brutalidades autorizadas por las culpas reales ó aparentes de aquellos á quienes persigue su cólera ó su odio.

Aunque la mayor parte de los labradores de esta hacienda no tuviese quizá todo el derecho posible para hacer alarde de una fiera susceptibilidad con respecto á la Guillabaora, se creían con tajosamente manchados con su sola presencia; su pudor se sublevaba al pensar á qué clase habia pertenecido esta desgraciada, que además, confesaba que habia hablado muchas veces con asesinos.

¿Era menester mas para escaltar la cólera de estos campesinos escitados además por el ejemplo de Mad. Dubreuil?

--Es preciso llevarla en casa del correjidor, gritó uno.

--Sí, si..... y si no quiere ir..... se le obligará.

--Y se atreve á vestirse como nosotras las mozas honradas del campo, añadió una de las

mos feos maritornes de la hacienda.

--Con su aparieneia de santita, repuso otro, se le hubiera dado la comunion sin que confesase...

--Y no tenia descaro de ir á misa?

--Sin vergüenza..... por qué no comulgaba despues?

--Y le era preciso hacer buenas migas tambien con los amos....

--Como si fuésemos menos que ella!

--Afortunadamente á todos, les llega su vez.

--Oh! será preciso que hables y que denuncies al asesino, gritó la viuda. Todos sois de la misma cuadrilla..... No estoy aun muy segura..... de no haberte visto aquel dia con ellos. Vamos, vamos no se trata de gimotear, ahora que ya eres conocida. Muéstramos tu cara! es hermosa á la vista!

Y la viuda bajó las dos manos de la jóven, que tapaban su cara bañada en lágrimas.

La Guillabaora, desde luego muerta de vergüenza, empezaba á temblar de espanto al hallarse sola á merced de aquella furiosa gente; juntó las manos, volvió hacia la lechera sus ojos suplicantes y temerosos, y dijo, con voz dulce:

--Por Dios, señora..... hace dos meses que vivo retirada en la hacienda de Bouqueval..... No he podido ser testigo de la desgracia de que hablais..... y.....

La voz tímida de Flor-celestial fué cubierta con estos gritos amenazadores:

--Llevómosla á casa del corregidor..... ella se esplicará.

--Vamos, andad, hermosa!

--Y el grupo amenazador se acercaba cada vez mas á la Guillabaora; esta cruzando sus manos por un movimiento maquinal miraba á ambos lados con espanto ó parecia que imploraba socorro.

--Oh! dijo la lechera, parece que buscas á tu alrededor, la señorita no está aquí para defenderte; no te escaparás.

--Ay! señora, dijo temblando, no quiero escaparme; no pido mas que responder á lo que se me preguntare.....pues esto puede seros útil..... Pero ¿qué mal he hecho á todas las personas que me rodean?

--Lo que nos has hecho es haber tenido el descaro de ir con nuestros amos, cuando nosotros, que valemos mil veces mas que tú, no alternamos con ellos..... Esto es lo que nos has hecho.

--Y entonces, ¿por qué quisiste que se echase de aquí á esta pobre viuda y á sus hijos? dijo otro.

--No soy yo, la señorita Clara..... es la que queria.....

--Déjanos tranquilos, repuso un labrador interrumpiéndola, no solamente no pediste por ella sino que estabas contenta de que se le quitase su pan!.....

--No, no, no pidió por ella!

--Es mala....

--Una pobre viuda... madre de tres hijos....

--Si no pedí por ella, dijo Flor-celestial; es porque no tuve fuerza para decir una palabra.

--Pues buenas fuerzas tenias para hablar á los asesinos....

Como sucede siempre en las conmociones populares los aldeanos, mas rústicos que malvados, se irritaban, se escitaban, se embriagaban al ruido de sus propias palabras, y se animaban en razon de las injurias y de las amenazas que prodigaban á su victima.

Asi el populacho llega algunas veces sin saberlo, por una exaltacion progresiva, á cometer los actos mas injustos y mas feroces.

El grupo amenazador de los trabajadores se acercaba cada vez mas á Flor-celestial; todos gesticulaban hablando; la viuda del herrador no era dueña de sí.

Separada tan solo del hondo abrevadero por el pretil en que se apoyaba, la Guilla baora tuvo miedo que la echasen al agua, y gritó estendiendo hácia ellos las manos:

--Pero, por Dios! qué queréis de mí? Por piedad no me hagais mal!....

Y como la lechera no dejaba de accionar, acercándose cada vez mas, casi poniéndole los puños en la cara, Flor-celestial gritó echándose atrás con espanto.

--Os lo suplico, señora..... no os acerqueis tanto; vais á hacer que me caiga al agua.

Estas palabras de Flor-celestial despertaron en aquellas gentes groseras una idea cruel. No pensando sino en hacer una de aquellas bromas de los aldeanos, que muchas veces dejan á uno medio muerto, dijo uno de los mas furiosos:

--Sí..... sí..... al agua!..... al agua!.....

Se repitió con carcajadas de risa y aplausos frenéticos.

--Eso, una buena zambullida!..... No se morirá!

--Aprenderá á no venir á mezclarse con las personas honradas.

--Sí, sí..... al agua! al agua!

--Justamente se ha roto el hierro esta mañana.

La muchacha callejera se acordará de la buena gente de la hacienda de Arnonville!

Al oír estos gritos inhumanos, estas bárbaras burlas, al ver la desesperacion de todas aquellas caras irritadas estúpidamente que se adelantaban para cojerla, Flor-celestial se tuvo por muerta.

A su primer susto sucedió una especie de contento amargo; descubria el porvenir bajo tan negros colores, que dió gracias mentalmente al cielo porque abreviaba sus penas; no pronoució ninguna palabra de queja, se dejó caer de rodillas, cerró los ojos y esperó encomendándose á Dios.

Los labradores, sorprendidos con la actitud y

la resignación de la Guillabaera, titubearon un momento en cumplir sus háchbaros proyectos; pero, reprendidos de su debilidad por la parte femenina de la reunión, volvieron á empezar á dar voces para tener ánimo de cumplir sus malignos intentos.

Dos de los mas furiosos iban á agarrar á Flor-celestial, cuando una voz conmovida, vibrante, le gritó:

--Deteneos!

En el mismo instante Mad. Georges, que se habia abierto paso por medio de aquella muchedumbre, llegó junto á la Guillabaera, que seguía arrodillada, la tomó en sus brazos, la levantó gritando.

--En pie, hija mia..... en pie, mi querida hija..... nadie se arrodilla sino delante de Dios.

La espresion, la actitud de Mad. Georges, fué tan esforzadamente imperiosa, que la muchedumbre retrocedió y quedó muda.

La indignacion coloraba vivamente la cara de Mad. Georges ordinariamente pálida. Lanzó á los labradores una mirada firme, y les dijo en voz alta y amenazadora.

--Infelices.... no os da vergüenza de cometer tales violencias contra esta desgraciada niña?

--Es una...

--Es mi hija, dijo Mad. Georges interrumpiendo á uno de los labradores. El Sr. cura Laporte, á quien todo el mundo bendice y venera, la quiere y la pro-

tege, y los que él estima deben ser respetados por todo el mundo...

Estas sencillas palabras impusieron á los labradores.

El cura de Bouquevalera mirado en el pais como un santo; muchos aldeanos no ignoraban el interes que se tomaba por la Guillahaora. Sin embargo, se oyeron todavia algunos confusos murmullos; Mad. Georges comprendió su sentido y gritó:

--Esta desgraciada jóven aunque fuese la última de las criaturas, aunque estuviese abandonada de todos, vuestra conducta respecto á ella no seria por eso menos odiosa? ¿de qué quereis castigarla? ¿y ademas con qué derecho? ¿Cuál es vuestra autoridad? ¿La fuerza? No es una cosa vil, vergonzosa ver á los hombres tomar por víctima á una jóven sin defensa? Ven, Maria, ven, querida hija mia volvamos á casa; allí á lo menos eres conocida y apreciada....

Mad. Georges cogió el brazo de Flor-celestial; los labradores, confusos, y reconociendo la brutalidad de su conducta, se separaron respetuosamente.

Solo la viuda se adelantó y dijo resueltamente á Mad. Georges:

Esta mochacha no saldrá de aquí hasta que dé su declaracion en casa del corregidor, respecto al asesinato de mi marido.

--Querida amiga, dijo Mad. Georges contentándose, mi hija no tiene declaracion alguna que dar aquí; mas adelante, si la justicia tiene á bien invo-

car su testimonio, lo hará llamar, y yo la acompañaré..... Hasta entónces nadie tiene derecho á interrogarla.

--Pero señora..... yo os digo...

Mad. Georges interrumpió á la lechera y le respondió con severidad.

--La desgracia de que sois víctima apenas puede excusar vuestro procedimiento; algun dia sentireis las violencias que tan imprudentemente habeis escitado; la señorita Maria vive conmigo en la hacienda de Bouqueval, instruid de ello al juez que recibió vuestra primera declaracion, esperaremos sus órdenes.

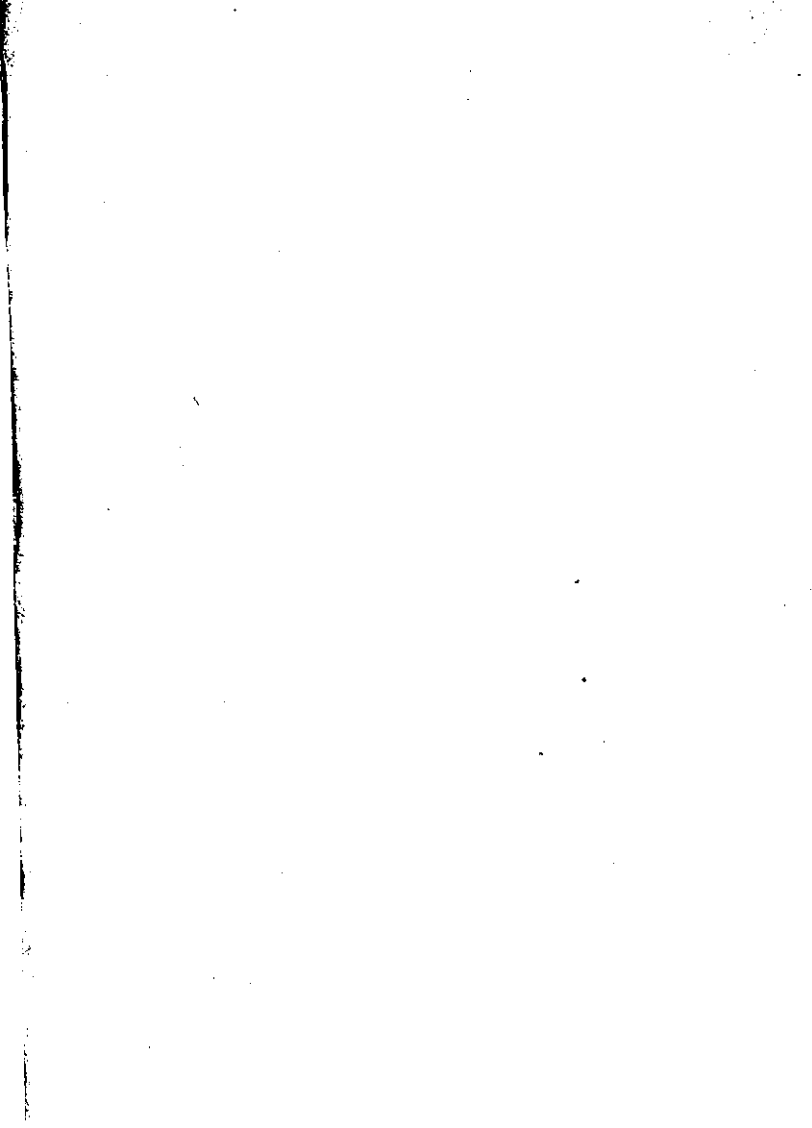
La viuda ne pudo responder á tan prudentes palabras; se sentó en el pretil del abrevadero, y se hecho á llorar amargamente abrazando á sus hijos.

Algunos minutos despues de esta escena, trajo Pedro el birlocho; Mad. Georges y Flor-celestial subieron á él para volver á Bouqueval.

Al pasar por delante de la casa de la arrendadora de Arnouville, la Guillabera divisó á Clara, que lloraba medio escondida detrás de una petstiana entre abierta, é hizo á Flor-celestial una señal de despedida con su pañuelo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.







D